

AYELLANEDA

—
ESCRITOS
LITERARIOS

UEX

BICC

TS-6027





R/49B2

615313177
A 15215109

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



TS-6027

"LA CULTURA ARGENTINA"

R114B2
72
CEXECI

NICOLÁS AVELLANEDA

Escritos literarios

Con una introducción de
ALVARO MELIÁN LAFINUR



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646

1915

Escritos
Literarios

EDICIÓN DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

1984

AVELLANEDA ESCRITOR

Todo se sabe si se sabe escribir.

La frase bella y útil será siempre un medio de gobierno porque es un medio de acción y de influencia...

AVELLANEDA

Nacido a la vida pública en una época de grandes agitaciones intestinas y con una herencia de gloria que aparejaba responsabilidades indeclinables; mezclado siempre en lo más árduo de la lucha y dirigiendo la suerte de su país durante un período turbulento, que se inicia con una revolución y termina con otra, Avellaneda no claudicó nunca de aquel amor por las letras, que trajo ya al bajar a Buenos Aires, después de haber disciplinado su mente en los severos claustros de la Universidad de Córdoba, y halló tiempo, en medio de dificultades apremiantes y de angustiosas situaciones, para satisfacer a ratos esa afición que fué en su espíritu el rasgo más acentuado, la facultad predominante, el *quilate-rey*, como diría Gracián. Si se atiende a que no obstante esas sollicitaciones divergentes que obstaculizaban una labor continua e intensa alcanzó a producir diversas piezas de mérito excepcional y a fijar siempre, en cuanto saliera de su pluma o brotara de sus labios, el sello de un sen-

tido artístico delicado y de una segura vocación literaria, cabe suponer que, a no mediar tales circunstancias, adversas a una consagración exclusiva, hubiera Avellaneda llegado a realizar dentro de nuestra literatura una obra de extraordinario relieve. Lo que de él queda, empero, con ser fragmentario y heterogéneo, no carece por cierto de valor y basta para conceptuarle uno de nuestros "clásicos" más representativos y estimables.

I

El juicio común de la posteridad le ha fijado en una postura un tanto afectada de tribuno académico,—grandilocuente y enfático. Permanece para muchos como un tipo de orador alambicado, como un retórico más atento a las frases que a las ideas y cuyos períodos sonoros sólo podían aspirar al aplauso efímero de los auditores contemporáneos; no sé, en fin, qué especie de *precieux ridicule* culterano y meticuloso, a quien mortificara hasta la desesperación una coma mal puesta, o un vocablo plebeyo, dentro la amanerada pulcritud de sus páginas.

Algo de eso había, con efecto, en este constante amator de las formas verbales, que, según una frase felizmente expresiva, "hacía arte en una esquila", pero con todo, está muy lejos de ser exacto ese juicio ligero, arraigado principalmente entre quienes no le han leído... Avellaneda, sin duda gran escritor, y con frecuencia verdadero artista del estilo, no se pagaba tan sólo de la eufonía y el ritmo de sus cláusulas. Aparece como una preocupación constante de su espíritu, el infundir siempre en la frase tersa y armónica una idea madura, una noción exacta. Bastan para corroborarlo las páginas escogidas

entre los doce volúmenes de su obra completa que ofrece hoy este libro a la atención de lectores algo distintos espiritualmente de los coetáneos del autor por diferencias de educación y de gusto y que, no obstante estar exentos de la influencia de la época y del ambiente, no podrán desconocer en ellas calidades perdurables y valores incontrovertibles, como ser la adecuación de una prosa límpida y flexible a asuntos tratados con hondura de pensamiento y erudición oportuna; la gracia de la imagen coloreando la grave seriedad del concepto; la concisión de la frase, a menudo lapidaria, concretando, en síntesis feliz, la idea más o menos trascendente.

El gusto literario varía en cada época influenciado por las circunstancias ambientes del propio modo que varía en las diversas latitudes, siendo por ejemplo, casi siempre, las literaturas de los países tropicales, frondosas y coruscantes. Las condiciones del medio concurren indefectiblemente a la formación del gusto, al igual que la orientación filosófica del momento. El naturalismo correspondió así al positivismo, como correspondiera anteriormente al idealismo el auge de las escuelas románticas. El modo de concebir lo bello literario es, pues, relativo y fluctuante. “Les beautés litteraires—afirma Remy de Gourmont, — (1) varient avec les royaumes et avec les epoques”. Esto no significa, empero, que no existan ciertas bases arquetípicas, que sirvan de fundamento a un criterio más o menos estable para juzgar las obras literarias ni que ellas puedan considerarse alternativamente buenas o malas según estén o no de acuerdo con la concepción del arte que prive en cada época. Pues si bien las

(1) Le probleme du Style. Pág. 17.

formas literarias *devienen* constantemente, como todas las cosas, ese *devenir* no altera ciertos valores básicos, merced a los cuales y a través de todas las transformaciones del gusto, las producciones que los atesoran perduran y conservan su significación íntima. Quiero decir con esto que aun cuando el estilo de Avellaneda y su forma de cultivar el lenguaje pudiera no estar de acuerdo para algunos con el sentido actual de la prosa artística, sus escritos tienen, desde este punto de vista, el mérito que les confieren las calidades a que me he referido y que ulteriormente tendremos ocasión de analizar.

II

Desde su iniciación en la vida cívica ejerció Avellaneda sus aptitudes de escritor, si bien entonces exclusivamente como arma combativa. Unía a sus conocimientos jurídicos una regular cultura literaria y manejaba ya su instrumento con facilidad y con destreza. Sus seis años de universidad cordubense se habían dividido entre la filosofía y el derecho y tal vez su espíritu no hubiera florecido muy lozanamente entre los silogismos latinos del Padre Altieri y otros textos aherrojantes, a no conservar la adolescente frescura, merced a los poetas e historiadores que llenaban sus furtivas vigiliás. De su familiaridad con ellos le vendría sin duda aquella afición a la elocuencia clásica y a los maestros antiguos, que gustaba evocar siempre en pertinentes latines.

Al llegar a Buenos Aires en 1857, había ya hecho sus primeras armas en su Tucumán nativa como colaborador de *El Guardia Nacional* y redactor de *El Eco del Norte* por él mismo funda-

do, y contaba apenas veintidós años cuando después de redactar durante algún tiempo con Cané el viejo, *El Comercio del Plata*, heredó de Juan Carlos Gómez la alta cátedra de *El Nacional*, merced al prestigio ya consolidado de su ilustración y su talento. Ofrecía entonces el diarismo militante el fragor de un rudo campo de pelea, en que al choque de las ideas y de las invectivas brotaban chispas las recias plumas partidarias como otras tantas lanzas de combate. “Eran tiempos duros para Buenos Aires los que por entonces corrían, — dice un escritor refiriéndose a esta época. — El antiguo partido unitario temía la resurrección del viejo bando federal que había servido incondicionalmente a Rosas. El estadio de la prensa se presentaba erizado de dificultades y los escritores de primera fila que por una u otra divisa contendían, llevaban encarnizadamente sus terribles ataques en una batalla que no daba treguas” (1). Era imposible mantener la discusión en términos impersonales y tranquilos. Sarmiento, que polemizando en Chile con Bello, aun sobre cuestiones puramente literarias, tratábase según la frase de Lucio Vicente López “con modales de Atila”, había trasladado a la prensa de Buenos Aires su rudo lenguaje sin eufemismos. La violencia agresiva de Nicolás Calvo, — uno de los más fieros antagonistas de Mitre, Sarmiento y Gómez, — mantenía latente el rencor entre aquellos furibundos aquivos, beligeros como Agamenón y como Ajax clamorosos. Avellaneda llegado a la arena poco después, no podría, a pesar de aquel *suaviter in modo* que señala Groussac (2), sustraerse al am-

(1) Luis Melián Lafinur. “Semblanzas del pasado. Juan Carlos Gómez.” Pág. 115.

(2) La Biblioteca. Tomo VIII, Pág. 253

biente ardoroso de esos debates memorables. Sus artículos polémicos y partidistas son, como dice Garro, (1) “de una combatividad apasionada y entusiasta”. Alistábase *par droit de naissance* entre los que procuraban la unidad del país, haciendo su profesión de fé en una *Declaración* inicial: “En el mes pasado me presentaba por primera vez en la prensa, ocupando un lugar en la redacción de *El Comercio del Plata*, y he escrito en ese diario sin hacer preceder declaración alguna sobre los principios políticos que iban a tener en mí un débil pero ardiente y convencido sostenedor. Lo reputaba inútil. Por mi sangre, por las tradiciones todas de mi familia, me encontraba ligado al gran partido que hace cuarenta años agota su vida y sus fuerzas por constituir uno, soberano e indivisible, al pueblo que el Sol de Mayo presentó libre al mundo; y al aparecer en la prensa defendiendo sus nobles y santos principios, no me enrolaba cual un extraño en sus filas; ocupaba por derecho de nacimiento mi modesto puesto...” (2). Nieto de Nicolás de Avellaneda y Tula, Gobernador de Catamarca y congresal del año 26, que fuera luego perseguido por la tiranía, hijo de aquel Marco de Avellaneda, cuya cabeza pensativa segaran los sectarios de Rosas, el escritor invocaba así su origen ilustre al tomar partido en las luchas ciudadanas para servir los mismos ideales que sus progenitores.

Avellaneda introdujo en la hoja periódica, el molde de una manera personal y vigorosa. Escribía en períodos más bien breves, sin llegar, mediante cláusulas incidentales o divergentes ana-

(1) N. Avellaneda. “Escritos y Discursos”. Tomo X. Nota a la pág. 359.

(2) “El Nacional” 17 de noviembre de 1859.

celutos, al párrafo tenso y prolongado. Era su estilo *numeroso*, según la denominación de la vieja retórica, es decir, que tenía medida y cadencia, tan raras entre los publicistas de ese tiempo. Sobrio, con una sobriedad que no sospechan quienes le reputan declamatorio y difuso, argumentaba con firmeza y enunciaba con claridad y sencillez, destacando aquí y allá en breves líneas, aquellos conceptos que se le antojaban y eran con frecuencia sustanciales. Esa forma sentenciosa, prestando gravedad y fuerza al discurso, volvía sus artículos de una eficacia pujante. Trataba las cuestiones con buen acopio de doctrina, introduciendo en sus escritos ideas generales e indicando a menudo, concretamente, temperamentos y soluciones viables y satisfactorias, que es decir cumpliendo con largueza la función docente de la prensa. El hombre de gobierno que se mostró más tarde en los parlamentos, en los ministerios y en la presidencia, despuntaba ya en aquella faena periodística, de virtual eficiencia dirigente. Recorriendo la colección de *El Nacional* de 1859 a 1861, años en que con ligeras interrupciones fuera este diario redactado por él, adviértese la importante labor del diarista hábil, informado y juicioso.

Cuando se exhuman las páginas amarillentas de esos viejos diarios en los que ha quedado así fijada la historia fragmentaria de épocas pretéritas, no vemos al pronto más que frases inanimadas y yertas que semejan carecer para nosotros de significado y de interés. Contemplémoslas, empero, con simpatía; tratemos de transportarnos con la imaginación al tiempo en que ellas fueron escritas. Esas palabras parecer entonces animarse y vivir y recobran, por un instante, el vigor de la pasión y de la idea que las

engendró. Reconstruimos, merced a su poder evocativo, el cuadro del momento lejano: la álgida contienda política, las tendencias encontradas, los diversos intereses en pugna... Y algo así como un sentimiento de veneración se infiltra entonces en nuestro espíritu. ¡Es el pasado argentino! La lucha obstinada y bravía de que ha surgido la nacionalidad ya tranquila y unida para siempre. Las viejas discordias se nos representan como prolegómenos indispensables de la armonía actual y sólo vemos en ellas tentativas previas con que los que nos precedieron, buscaban, por caminos diversos, la misma luz de la realidad presente...

Los editoriales o sueltos de Avellaneda sobre materia constitucional, comercio, finanzas, instrucción pública o sucesos políticos del momento, muestran, pues, una fuerte dialéctica al servicio de la amplia sindéresis con que encaraba los asuntos fundamentales de la república. En sus escritos de polémica, las citas de Armand Carrel, de Paul Louis Courier o de Girardin, denotan que tenía en cierto modo como modelos a los panfletistas franceses del Imperio y de la Restauración. No usa sin embargo frecuentemente de la ironía ni del sarcasmo. Su tono es más bien solemne y grave. Al atacar no ríe, apostrofa. No desdeña a veces lo pintoresco como en el artículo titulado *Madame Lagrange y el estado de sitio*. Por lo demás, guarda en todo momento su acompañado andar literario. "Nadie ha tenido en América, en más alto grado que Avellaneda, — dice con razón Carlos María Ramírez (1) — ese mágico secreto de conciliar las bellezas del pensamiento y del estilo, con la meditación profun-

(1) Citado por el Dr. Garro. Avellaneda. "Escritos y Discursos". Tomo I. Noticia Biográfica. Pág. XLIV.

da y las duras exigencias de los temas áridos. Sus documentos oficiales, aun en los instantes de angustia y peligro, llevan el sello del estadista y el sello del literato, sin que el uno perjudique al otro, como el brillo retórico no quita fuerzas a las arengas de Cicerón y Demóstenes”.

Lo que representaba la manera de Avellaneda en ese tiempo de escritores gerundianos y foliularios sin estilo, (si exceptuamos a Gómez y algún otro), puede aquilatarse bien en los dos artículos denominados *No vacilemos* y *Declaración* (1), que escribiera para destruir la sospecha de haber insinuado en su diario el asesinato político de Urquiza. El general Mitre, Gobernador entonces de Buenos Aires, creyó sorprender esa intención en un suelto de *El Nacional*, y retiró a este diario el subsidio que le acordaba determinando su desaparición, mientras en una carta afectuosa, paternal, explicaba a su redactor en jefe el móvil de aquella violenta medida: “Mi querido Avellaneda: Me ha sucedido con Vd. lo que con un hijo querido, a quien viendo un arma peligrosa en las manos se la he arrebatado de ellas, aun a riesgo de herirme. No me guarde rencor...”.

Avellaneda respondió primero en una carta particular; luego se sinceró ante el público, en los dos artículos mencionados. Defiéndose en ellos serenamente, elocuentemente, de aquella imputación agraviosa. Su acento es de una flagrante sinceridad. Condena el asesinato político, horrorizándose de que se le suponga su instigador. La pluma nerviosa bajo la impresión del momento, no pierde por ello aquella firme templanza que es la *qualité maîtresse* de su ánimo. Hay una emoción contenida, mezcla de sorpresa, de indig-

(1) “El Nacional”, 18 y 19 de febrero de 1861.

nación, de noble altivez, que pasa por sus frases henchíendolas de belleza moral y de energía. Acierta de tanto en tanto con la frase lapidaria acuñada como pieza de oro, que cae sobre la tabla del debate, pregonando con su claro timbre la "lealtad nativa" del metal: "Al ver tanto peligro como amenaza la suerte de nuestra causa y la libertad de la república, en medio de estos siniestros presagios, que cruzan por el aire, anunciando tal vez la borrasca, queremos contestar las incertidumbres que se apoderan de tantos espíritus con la palabra más viva, más encendida de nuestra fe, y damos testimonio público de ella en un artículo de diario, mostrando como vemos nosotros al través de las nubes del presente, el triunfo definitivo que siempre espera a los que combaten por la justicia que es inmortal y por el derecho que es invencible". Y más adelante: "Eramos niños e inclinándonos sobre un libro que contaba los dramas sangrientos de la más grande de las convulsiones sociales que han conmovido la Europa, veíamos deslizarse con los ojos preñados de lágrimas esa figura conmovedora de Carlota Corday, armada por el fanatismo de un puñal, ella tan inocente y pura como era, para ir a morir sonriendo, con muerte estéril, en un cadalso, dejando tras sí un tirano muerto, pero su patria siempre esclava. Nuestras impresiones de niño, heridas por la imagen melancólica de Carlota Corday, ya nos dijeron: — el tiranicidio, que es bárbaro, es también inútil... Más tarde fuimos jóvenes, y meditábamos en la ley de la historia, con Vico, con Michelet, con todos los grandes hombres que tienen atento el siglo escuchándolos; y entonces, razonando nuestras impresiones de niño, nos dijimos: El puñal es impotente para obrar una transformación so-

cial; allí donde ha herido una víctima, sólo ha conseguido cambiar un cuadro histórico por otro siempre dejando el mal en el fondo. César muerto, renació más terrible en Octavio”.

Se nota cierto movimiento oratorio en estos párrafos vibrantes, pero su belleza es innegable, y ellos constituyen al propio tiempo un alegato definitivo. Muestran, por lo demás, la altura moral que caracterizaba a quien creyó siempre en la virtud, en el bien, en la justicia, y cuya elocuencia fincaba por mucho en un fondo de sinceridad austera y de entusiasmo romántico por los más nobles ideales. *Pectus est quod disertum facit*, dice Quintiliano. Es el corazón lo que engendra la verdadera elocuencia...

III

El único libro orgánico que Avellaneda nos ha dejado es el que titulara “Estudios sobre las leyes de tierras públicas”, aparecido alrededor de 1865 y que fué elogiado sin reservas por Alberdi. En él estudia a fondo los antecedentes de nuestra política agraria y formula, sobre amplios fundamentos doctrinarios, sus ideas acerca del régimen económico del suelo. Se reconoce en esa obra al estadista ilustrado y sagaz, al repúblico inspirado por el ideal del bienestar común, al escritor seguro y meduloso. Sus páginas sobre la propiedad, por ejemplo, alcanzan una gran intensidad de pensamiento y cedemos al deseo de transcribir aquí algunos de sus párrafos característicos, aunque no sean precisamente de los más importantes que encierra el libro, desde el punto de vista histórico, jurídico o económico: “La propiedad engrandece y dignifica al hombre y el

propietario de ayer, cuando ha conseguido después de algunos años de penosa labor adquirir su campo, se siente revestido con nuevas fuerzas y ennoblecido a sus propios ojos. No se considera ya como un huésped de tránsito por su propio país y parece que la propiedad ha venido como un segundo nacimiento a vincularlo al suelo de su cuna. Si es extranjero, la peregrinación ha concluído desde que se encuentra ligado a una tierra que es suya. El país del destino se ha presentado por fin para fijar su paso errante y hasta el carácter aventurero que en él habían desenvuelto los largos viajes, desaparece bajo el impulso de aquella ley, que da por patria estable al hombre el lugar de su bienestar o de su fortuna.—*Ubi bene, ibi Patria*”.

“La propiedad levanta la condición del hombre e imprime a su carácter la independencia que en vida asume; y como ha sido adquirida por el trabajo, que es un esfuerzo y preparada por la economía que es una previsión, le da la conciencia enérgica de sus facultades y de sus fuerzas. El propietario se reconoce entonces dueño de su destino porque ha luchado hasta realizar el sueño de su ambición y porque ha vencido”.

“De ahí en adelante principia para él una nueva vida, porque la propiedad la ocupa y la dilata, trayendo consigo aquellas preocupaciones de porvenir, que son el tormento y el orgullo del hombre. Su alma deja de flotar incierta, porque sus pensamientos tienen ya un rumbo y su voluntad una dirección. La propiedad lo ha incorporado al mismo tiempo a la vida del país. Sus leyes la protegen, la prosperidad general acrecienta su valor; y sus instituciones libres le aseguran el empleo de su inteligencia y de sus brazos para continuar siempre ascendiendo por

el camino de la fortuna y de la consideración social”.

“Así el propietario, aunque haya nacido en lejanas regiones, se convierte en *ciudadano*, porque realiza la hermosa definición de la ley romana, *viviendo del derecho* y de la *vida* de la *ciudad*. Hay entre ambos identidad de interés y de destinos. El hombre pertenece a la ciudad. La ciudad posee al hombre (1)”.

“Luego, entonces, si hay un país regido por una constitución social no basada sobre el privilegio que favorece y que excluye, sino sobre la igualdad que omite distinciones y en el que se requiere, sobre todas las cosas, respecto de los individuos que lo componen, amor a las instituciones públicas, inteligencia y energía para ejercer los propios derechos, firmeza para mantenerlos. este país debe tener por ciudadanos propietarios libres, porque sólo la libertad y la propiedad pueden desenvolver estas calidades y estos sentimientos en el hombre. Las palabras de Benthon en el Senado de los Estados Unidos deben por lo tanto ser nuestra bandera, principiando por abjurar a su sombra viejas preocupaciones: “Multipliquemos por todos los medios la clase de los propietarios libres para perpetuar la república”.

En parágrafos posteriores describe los efectos de ese régimen sobre la vida norteamericana; cómo a su influjo se desenvuelve la acción de los bravos *pioneers* cantados por Walt Whitman, y cómo se forman los grandes ciudadanos de la Unión: “Pero la propiedad territorial libre y

(1) “Véase la definición del Derecho Civil en el texto 2.º del Título 2.º de las Institutas. Vinnio y otros comentadores han descrito esta toma de posesión, si así puede hablarse, de la ciudad sobre el hombre.” (N. del A.)

generosamente constituida, ha hecho algo más en la Unión Americana. Ha creado para todos los trabajadores el hogar; y el hogar es el alma del pueblo americano. Allí está su vida, su fuerza y el secreto de todos sus grandes hechos”.

“¿Por qué el sentimiento del hogar, el culto doméstico, ese amor que incrusta la vida del hombre con la piedra y con el árbol, con la sombra del bosque, con la plegaria de la tarde y la sonrisa del niño, cielo viviente que el hombre lleva en su corazón, y sobre el que le basta replegarse en las horas de fatiga y en los días de inquietud para sentirse mecido por el murmullo de un mundo de felicidades; por qué, decimos, este sentimiento santo, que multiplica y difunde la vida, se encuentra desenvuelto en el pueblo angloamericano, con una intensidad, con una fuerza, con una universalidad desconocidas hasta hoy en la historia del género humano?”. Es que nunca ha sido conocido tampoco el fenómeno social que lo produce: el advenimiento de un pueblo entero a la propiedad territorial. El hogar es su resultado, como es también su glorificación”.

“El hogar es el sueño, el ideal norteamericano. Para realizarlo, el *pioneer* sale al desierto y desmonta el bosque, ahuyentando al salvaje y a la fiera. Su primer trabajo le ha dado un derecho de preferencia al suelo y materiales de construcción que vende. Un año después ha comprado al Gobierno Federal su tierra. Es ya propietario. Una nueva vida se abre delante de él. Su porvenir se halla seguro, y puede oponer, a la soledad, la familia. La casa se construye. El invierno pasa. La primavera viene; y al penetrar en la espesura del bosque, se escuchan las palabras inarticuladas de un niño, mezclándose al grito jubiloso de

los pájaros". "La madre de este niño es la sacerdotisa del nuevo culto que tiene por dioses la gloria de la Unión Americana, la independencia y el trabajo. Ella se llama tal vez Nancy Hanks la madre de Abraham Lincoln, nacido en las soledades del Kentucky. El niño crece, y cuando ella le ha enseñado la misión que la vida impone a todo hombre nacido bajo el cielo de la Unión, lo conduce un día al bosque y dándole un hacha, y señalándole el árbol que debe derribar a fin de que principie agrandando con su primer esfuerzo el dominio civilizado de su país, la santa mujer se inclina radiante sobre él, para bendecirlo con las palabras con que fué bendito el nieto de Franklin: Dios y la libertad".

Posteriormente a este libro, notable por el dominio del asunto que revela y por la excelencia de la forma, produjo Avellaneda, con las intermitencias ocasionadas por sus graves preocupaciones de político y gobernante y aparte escritos forenses, memorias y documentos oficiales, (1) interesantes cartas, etc., los valiosos estudios que casi en su totalidad contiene este volumen. Lo último que trazara su pluma es el "Rivadavia", que quedó manuscrito al ocurrir su muerte.

(1) Avellaneda fué quien instituyó la práctica de las memorias ministeriales, y ha podido decir al respecto lo siguiente:—"Soy el hombre público de Sud-América que haya escrito mayor número de "Memorias", lo que demuestra a lo menos que mi carrera política ha sido lentamente elaborada en los servicios administrativos. Las introduje en el régimen de la provincia de Buenos Aires siendo ministro de gobierno y cuando no existía ninguna prescripción que las hiciera obligatorias..." Más adelante agrega refiriéndose a una de ellas, esta interesante declaración: "Este trabajo y mi libro sobre "Tierras" fueron cuidadosamente redactados. He escrito hasta "diez" veces algunas de sus páginas". "Notas y fragmentos inéditos". "La Biblioteca" Tomo 2, pág. 321.

IV

Posee el estilo de Avellaneda caracteres que lo diferencian notablemente del de sus coetáneos antecesores y sucesores inmediatos en nuestra literatura. El es el primero que ha tenido el culto de la forma a la manera de un Chateaubriand o de un Flaubert y sin llegar al *preciosismo* estéril, ha cuidado severamente su prosa, persiguiendo siempre al escribir un propósito de economía verbal y de intensidad en los rasgos. Es curioso que, como decía al principio, pueda existir — sin duda debido a la falta de análisis crítico y a una falsa impresión de conjunto — el juicio que presenta a Avellaneda como un escritor y orador tropical, en cuanto este término significa desproporción, excesiva pompa y abuso del colorido y de la metáfora. Suele suceder que arraigue en la opinión general un concepto erróneo acerca de las modalidades de un autor, y perdure gracias a la ignorancia e indolencia comunes. Ha poco, en su último libro, protestaba Azorín de que se siga hablando en España del estilo laberíntico de Cánovas del Castillo, debido a una opinión caprichosa emitida un día por Leopoldo Alas y que nadie se ha preocupado de rectificar. Azorín demuestra lo infundado de esa observación, sosteniendo que la prosa de Cánovas es, por el contrario, “varonil, recia, un poco dura, pero clara y concreta”, no obstante lo cual se continúa aludiendo a su complicación y obscuridad. Algo de esto ocurre con Avellaneda. Se le considera vulgarmente — y he oído a menudo expresiones que lo confirman — como un autor frondoso, hiperbólico, declamatorio. Tal vez en alguna de sus producciones especialmente entre los discursos, se halle a las veces algo de esto, pero por lo general

puede afirmarse que es tan parco en los tropos como sucinto en la dición. Su prosa pulcra, clara, sobria, se acercaría más bien a las formas clásicas, si no hubiera mucho de moderno en su modo de concebir y lograr la armonía verbal y la sugestión artística, mediante procedimientos que parecen a veces propios de un escritor actual. El sentido del ritmo es casi privativo de él entre los prosistas de su época. Su concepto de la composición supera al de la mayor parte de los mismos. Inferior a ellos en ciertos aspectos aislados, resulta quizás el más completo por la alianza de sus cualidades nativas con una más sólida educación literaria. Sarmiento triunfa en el color y el relieve por la opulencia de su paleta, e imprime poderoso movimiento a sus descripciones. Pertenece al grupo de los escritores *visuales*. Sus escenas cobran vida extraordinaria merced a su capacidad pictórica. *La muerte de Quiroga* es por ejemplo, de una dramaticidad maravillosa que recuerda *La Noche de las Espuelas* de Carlyle. Pero por otro lado Sarmiento es torrencioso, incoercible, desigual, *bárbaro*, carece de gusto, e ignora o desdeña el valor fonético de las palabras y el arte de su colocación armoniosa, lo que explica su notorio desprecio del verso. Su lenguaje, no desbastado, corre áspero y bravío y en vano se buscaría entre sus páginas el equilibrio, la exactitud, la suavidad del matiz, la ática pureza.

Alberdi tiene la *línea recta brevísima*, y su prosa, que “semeja un velo blanco sobre una blanca desnudez”, como dice Groussac — gran juez de estilos — ostenta la virtud soberana de una limpidez solar. Pocos lenguajes tan aptos para la disquisición didáctica y el desarrollo teórico. No se le pida en cambio colorido, ni vivacidad. Ese estilo es como un mármol perfecto en

sus contornos, pero pálido, inmóvil y sin vibración.

López, especie de Suetonio, *locuassissimus*, pintoresco, fuertemente expresivo, insuperable en las impresiones de conjunto, es a menudo impreciso, desordenado y ligeramente confuso. A Gutiérrez, sereno, aliñado, literato de alta escuela, fáltale brío y robustez. Es un *arcade* suave poético y amable, pero sin mayor carácter ni relieve. En Mitre se encuentra gravedad, ponderación y abundancia. Carece en cambio de ligereza, sutilidad y gracia escultural. Félix Frías cuya austeridad se traslucía hasta en las líneas severas de su palabra, posee rotundidad y concisión, pero su lenguaje, seco y rígido como el de Guizot, sólo resulta adecuado a la exposición doctrinaria y abstracta. Lamas, fácil y directo, apenas se cuida de la forma. Goyena se distingue por la fluidez, la construcción perfecta y la limpieza de su frase, pero se diluye perdiendo en intensidad, por el hábito docente de ser explícito en demasía. La afluencia elocuente, la imaginación y fogosidad que son cualidades de Estrada, se encuentran contrapesadas por su falta de orden, medida y transparencia. Wilde se caracteriza por el desarreglo de su prosa informe, casi *hablada*. Todo molde resulta incómodo para el desenfado de su *humour* originalísimo. Mansilla pertenece al mismo género: escribe a trazos rápidos e inconexos sin curarse de la composición ni preservarse de las cacofonías frecuentes en el tono ameno de su *causerie* chispeante. La prosa de Santiago Estrada presenta cierto esmero y donaire castizo. La de García Merou distinción y soltura. Hay en Cané una gracia ligera de mariposa que revolotea por sobre los temas sin profundizar demasiado... *Glissez, n'appuyez pas.*

Por lo demás, describe con fidelidad y colorido. En cuanto a Lucio López, con la admirable aptitud del retrato y la caricatura a lo Dickens, se destaca por la *intención* mordente y la elegancia sutil.

Avellaneda, repito, les es inferior en ciertos aspectos. No tiene el color de Sarmiento, ni la trabazón lógica impecable de Alberdi, ni la espontaneidad de López, ni la ironía del autor de *La Gran Aldea*, pero es el que conserva más permanentemente su *allure* literaria. En todas sus producciones aspira a imprimir un sello personal. Lo que en otros es exclusivamente producto del instinto como en Sarmiento, es en él resultado del empeño cuidadoso y del cincel experto. Sus medios externos son simples y eficaces: sin ser su léxico de una gran riqueza, abastece con suficiencia sus necesidades de expresión, bien que no sorprenda con el uso de esas voces poco frecuentes, cuya oportunidad, en un momento dado, revela un dominio perfecto del lenguaje. Su adjetivación no es extraordinaria, pero justo es recordar que esto del epíteto exacto, único, ha aparecido en nuestras letras posteriormente, con Groussac, con Lugones y algún otro escritor, que han llegado a señorear plenamente el idioma. Apenas si Wilde, entre los anteriores, suele adjetivar de un modo imprevisto aunque tampoco con precisión lógica, sino de manera paradojal, caprichosa y humorística.

Los procedimientos sintácticos de Avellaneda son variados pero sencillos siempre. Su hipérbaton no es violento y sólo lo emplea para mejor lograr un efecto cadencioso. No usa de la elipsis sino en cuanto ella puede redundar en favor de la brevedad y concisión, sin llegar al retorcimiento ni a la obscuridad. En general es diáfano.

mesurado, armonioso. El tono de sus escritos, dada la elevación natural de las ideas y de los sentimientos, es de dignidad grave y gracia decorosa. La tesitura de su instrumento, subida y tensa, está en conformidad con los temas siempre selectos: la biografía de varones eminentes, la crítica de libros escogidos, el comentario de hechos históricos importantes, en todo lo cual muestra cierta aptitud filosófica para apreciar los hombres y las cosas. Al describir, procede por explicación directa y detallada, más que por tentativas de expresión inmediata y total. Cuando se trata de ideas abstractas, procura agregar a la exposición razonada el complemento de la imagen que la resume y abrillanta, bien así como una concreción diamantina, en que cristaliza el carbono dimorfo del pensamiento. El mismo alude a este modo de tornar más ostensibles y penetrantes las ideas: "No basta el razonamiento. Es necesaria la imagen para dejar incrustado por siempre un pensamiento." Usa también del epifonema, que como oportuno corolario cierra un período, sintetizando con elocuencia su contenido.

La habilidad de la composición es una facultad que Avellaneda ostenta en alto grado. Su sentido estético de las proporciones le capacita para prescindir de un estricto método en la ordenación de las partes y lograr sin embargo una excelente euritmia de conjunto. Es decir, que no construye simétricamente como corresponde a la exposición científica, sino que con una aparente desarmonía en los detalles obtiene la armonía total, como conviene a la obra artística. Su ensayo sobre Rivadavia es típico a este respecto: nada falta allí, nada sobra; y a pesar de la dificultad del asunto, saltando de una cosa a otra,

sin observar precisamente el orden cronológico ni trazarse de antemano plan alguno, llega el escritor a dar una síntesis magistral, un cuadro completo y animado del personaje y de la época. Otro tanto podría decirse de su estudio sobre el padre Esquiú y de otros trabajos no menos notables por esa faz arquitectural. Esta aptitud empleábala Avellaneda hasta en los documentos oficiales, a los que prestaba así interés y elegancia, despojándolos de la sequedad monótona que les es habitual. “En los extensos mensajes destinados a inaugurar las sesiones del Congreso — dice don Manuel Marcos Zorrilla (1) — no seguía (Avellaneda) en la exposición de los asuntos, el orden riguroso con que los ministerios están mencionados en la constitución, regla que se observa generalmente y en cuya ejecución se recarga muchas veces la atención del auditorio o de los lectores, con la larga y pesada sucesión de materias áridas y secas. El Dr. Avellaneda mezclaba ministerios y reparticiones, formando un conjunto armónico, una especie de *menú* intelectual en que estuviesen matizadas las cosas frías y monótonas por su naturaleza, con otras de mayor amenidad y movimiento, siendo de advertir que entre los mismos datos estadísticos y los cuadros de la hacienda pública dejaba caer las gracias de su lenguaje o de su espíritu, hasta el punto de hacer atrayente su lectura para personas que tenían horror a los números y a los cálculos.”

V

A través de todos estos escritos, descúbrese fácilmente la índole moral de su autor. “Debe haber

(1) Recuerdos de un Secretario. Tomo II. Pág. 86.

— como observa Emerson — un hombre tras de cada libro: una personalidad que por su nacimiento y cualidades esté ligada a las doctrinas del libro y que las disponga y las pese; que se achiera a las cosas porque son cosas... En los párrafos de un buen libro — agrega el ensayista yankee — veo los ojos de un hombre resuelto que lo inunda todo de fuerza y de terror: las comas y los puntos cobran vida; y así lo escrito es atlético y ágil; llega lejos y vive mucho". (1) Tras las producciones de nuestro estilista se ve efectivamente al hombre. En el espíritu que las informa, en las reflexiones accidentales, revélase un ánimo templado y generoso. La misma elección de sus asuntos y el modo de desarrollarlos denuncia fielmente su idiosincrasia; los caracteres relevantes de su personalidad. El elogio de Fray Mamerto Esquiú evidencia su amor por la grandeza moral, por el bien y la justicia, como su estudio sobre el *legitimista* Berryer denuncia su apasionada admiración por los grandes maestros de la elocuencia cuando éstos — como en su propio caso — unen al poder soberano de la palabra la superioridad del *vir bonus*... Avellaneda se nos aparece, pues, como un espíritu sano y ponderado, poseedor de un talento claro y flexible. Sin llegar al rasgo genial, mantiénese siempre a gran altura por el equilibrio constante entre la inteligencia, el corazón y el carácter que se resuelve en un sereno optimismo, en el amor a la vida y la fe en la acción, en esa elevación moral que es la más bella enseñanza que debemos a los grandes argentinos del pasado. No sólo sabía pensar, sino que sabía también sentir profundamente, y de sus páginas fluye una emoción comunicativa que no es el resultado de la

(1) Emerson. "Essays".

simple habilidad literaria y que sólo se logra por una compenetración simpática con las cosas, o, como dice Montaigne, “*non tant par dexterité de la main, comme pour avoir l'object plus vifvement empreinct en l'ame...*”

Por todo ello Avellaneda ejerció un gran influjo espiritual entre los hombres de su tiempo. Lo ejerció con su pluma y con su palabra magnífica, ya en sus grandes discursos ante asambleas rebosantes de entusiasmo, ya en sus amenas conversaciones íntimas. Gusto de imaginármelo en su biblioteca, cuando después de haber despachado con Adolfo Alsina algún grave asunto de gobierno, y de haber hojeado el último libro de Renan o de Taine que le llegara, departía sobre dilectos tópicos de arte, de literatura o de historia, ante la rueda de familiares, dispuesta en torno a su figura magra y pequeña, apenas acrecentada merced a los tacones célebres; sombreado el rostro por la negra barba fluvial; la voz suave modulada con lentitud, teniendo por oyentes a hombres de mundo como Diego Alvear — el infaltable *arbiter elegantiarum* — o a hombres de pensamiento como Aristóbulo del Valle, a quien cupiera el triste privilegio de envolver su cuerpo en la bandera patria, cuando tornan-do de Europa le sorprendió la muerte en alta mar, al igual que a Moreno y a Luca...

Este ilustre escritor merece ser leído con atención y con afecto, como todos los otros publicistas argentinos de épocas anteriores. Es necesario ir volviendo los ojos al pasado intelectual; contemplarlo *con largo estudio y grande amor*, en busca de la tradición genuina de nuestra cultura. Durante mucho tiempo hemos vivido alimentándonos de cosas exóticas, limitando toda atención y curiosidad a las manifestaciones de literaturas

feráneas, olvidando a Andrade por Verlaine, prefiriendo el Wilde decadente a nuestro incomparable Wilde... Y si ello puede haber sido no del todo inútil al aportarnos algunos elementos de renovación para nuestro lenguaje y nuestra estética, ¿quién negará que ante todo es menester conocer y amar lo propio y armonizar al menos la lectura de los autores extraños con la de los historiadores, sociólogos y poetas que nos pertenecen? Tenemos una tradición intelectual llena de sugerencias fecundas, cuya evocación debe contribuir intensamente a moldear los caracteres definitivos de la argentinidad. "El pensamiento, la palabra, la pluma — dice con verdad Rodó—han sido, pues, en las grandes épocas de ese pueblo, fuerzas positivas que han mantenido la perseverancia de su civilización en un derrotero de altivez e idealidad. Esta condición tradicional *obliga*, como todo timbre de *nobleza*. La energía de las generaciones jóvenes tiene un precioso estímulo en la necesidad de confirmar ese noble rasgo del pasado; y gloria de ellas sería dejar demostrada su permanencia característica, su persistencia en lo íntimo, impidiendo que él se desvanezca y confunda en la vaguedad del cosmopolitismo invasor..." (1)

Atraídos por el brillo muchas veces ficticio de lo ajeno, hemos descuidado hasta ahora mantener vivo el recuerdo de los orígenes y el desarrollo del pensamiento argentino. Hemos sido, en verdad, un poco ingratos con los pobres grandes maestros del pasado! Comenzamos hoy, por fortuna, a comprender el deber ineludible que nos fuerza a recoger y aprovechar su herencia para bien del propio espíritu. Volvemos, hijos pródi-

(1) José Enrique Rodó. "La tradición intelectual Argentina." "El Mirador de Próspero". Pág. 191.

gos que arrancó del hogar una engañosa veleidad... Y entonces aparecen, allá en el fondo, la figura pensativa y melancólica de Alberdi, llamándonos a la visión real de los intereses nativos; la faz siempre ceñuda de Sarmiento, como reprochándonos aún no “hacer las cosas aunque sea mal”; la serena silueta de Mitre forjando y escribiendo la historia; la patriarcal de Gutiérrez enseñándonos a amar a nuestros autores; la romántica de Echeverría combatiendo por la libertad; la enérgica de López dándonos lecciones de civismo y de amor al pasado nacional; la fisonomía consular de Avellaneda, en fin, con su ática frase armoniosa, permaneciendo fiel en medio de sus grandes deberes al arte predilecto y legándonos a los que hemos venido detrás de él—en medio de otros altos ejemplos—la demostración de cómo la utilidad puede ser conciliada con la belleza...

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

1915.

ESCRITOS LITERARIOS

ESCRITOS LITERARIOS

BERNARDINO RIVADAVIA

Recorriamos en el año pasado las calles de Río de Janeiro, y se nos mostró cerca de Botafogo la casa que ocupó don Bernardino Rivadavia durante su larga residencia en aquella ciudad. Es una casa alta de dos pisos, con dos estrechas ventanas en el segundo, pero que se abren sobre aquel mar azulado de la bahía que se dilata dulcemente hasta perderse confundido en el horizonte siempre despejado y sereno. Vivía allí el señor Rivadavia solitario y en el ais-

El presente estudio fué publicado en "La Biblioteca", acompañado de la siguiente nota: "Estas páginas inéditas (las últimas, sin duda, del eminente escritor) parecen trazadas rápidamente — muchas de ellas con lápiz — en hojas volantes de varios formatos, como en el primer arranque de la improvisación. Descifrado el manuscrito, se descubre que el supuesto borrador reviste forma acabada en su soltura oratoria, y que el firme pensamiento se desenvuelve sin hesitación hasta completar, no sólo el retrato vivo del personaje, sino el resumen sinóptico de su medio político y social; el esbozo resulta pintura. Fuera de su valor propio, tiene, pues, este escrito el de un documento psicológico. Demuestra que pertenecía Avellaneda a la familia de los escritores que llamaremos "peripatéticos", — cuyo jefe es Rousseau, — los que tienen la facultad de componer mentalmente sus producciones antes de darlas a luz: de tal suerte que, llegada la hora, su primera redacción es definitiva. Breve o larga la gestación, es suficiente para que el organismo literario nazca completo. Así se explica cómo los manuscritos de Avellaneda, a pesar de sus escrúpulos de artista, no presentan más enmiendas y borraduras que los de Sarmiento, improvisador genial, a lo Diderot. Estos últimos crean "ex nihilo" al escribir, y sus ideas nacen realmente al ritmo tumultuoso de la pluma que rebota sobre el papel. — "La Biblioteca", tomo IV. — N. del E.

lamiento más completo. Cuéntase que golpearon un día a sus puertas dos jóvenes de Buenos Aires que pasaban para Europa, y que Rivadavia se negó a recibirlos cuando conoció sus nombres, diciéndoles: "Para los argentinos no vive ya don Bernardino Rivadavia". Revelaría, a ser cierto este rasgo, no precisamente la tristeza de su alma, como decíamos en el *Discurso* (1), sino la misantropía, en la que suelen predominar, más que la tristeza, cierta fiereza herida y el menosprecio de los hombres.

Habríamos ensayado en esta vez bosquejar un retrato de don Bernardino Rivadavia, tal como lo concebimos, pero nos detenemos ante una consideración para nosotros decisiva. El retrato de un personaje histórico no es sino la concentración de los rasgos que se desprenden de su vida bien penetrada y conocida; y el señor don Andrés Lamas da a la prensa, en estos momentos, su anunciada historia de Rivadavia. Ahora bien: sabemos todos en el Río de la Plata que su pluma rejuvenece cuanto toca. El señor Lamas pertenece a la escuela de Thierry, y las paciencias de la investigación le sirven para dar mayor valimiento a su talento de escritor; pero queremos aprovechar la ocasión para consignar sencillamente algunas reflexiones.

Cuando se estudia a don Bernardino Rivadavia en sus actos, que ocupan páginas hermosas de nuestra historia, llama sobre todo la atención lo abierto de su alma, su aptitud para acoger y hacer suyas las ideas nuevas en todos los rumbos del pensamiento, y, para decirlo de una vez en términos más concretos, su exención de toda preocupación, desígnese ésta con cualquier

(1) Discurso del Centenario.

nombre: política, religiosa, intelectual, de pueblo o de raza.

En la mente de Rivadavia hay por cierto límites, porque no imaginamos que lo hubiera escrutado todo, y pensamos, por el contrario, que su instrucción, tanto literaria como científica, no era extensa. Pero en la mente de Rivadavia no existían los resabios que suelen perturbar las más nobles inteligencias: no había sombras.

Había nacido y educándose en una colonia española, y no era español, ni aun siquiera *criollo*, sino por su amor a la nueva patria que concibió, desde el principio, organizada bajo ciertas formas que no se modificaron mucho en su espíritu a través de la variedad de los tiempos.

No tenía, como el español, la preocupación contra el extranjero, y fué el primero en llamarlo por un decreto solemne, ofreciendo gratuitamente tierras a los que quisieran cultivarlas; no tenía, como el criollo, la prevención tradicional contra el español, nunca más explicable que en medio de la lucha que la avivaba; y lleva la firma de Rivadavia, como secretario, el primer formulario para expedir cartas de ciudadanía en que se iguala el español al hijo del país. No tenía esas preocupaciones que Spencer llama de *habitud*, y que nacen de lo que se ha visto siempre y que forma como una atmósfera natural; y así le vemos, desde su primera aparición en el Gobierno (1811-1813), abolir los estancos, suprimir las corporaciones, buscando realizar en su plenitud la libertad de comercio y la de la industria.

Rivadavia no había estudiado en las universidades coloniales. No era clérigo, ni abogado, ni comerciante o médico. No tenía borlas doctorales

ni en teología, ni en jurisprudencia; y aunque todo ello le valiera en su juventud el punzante programa de Mariano Moreno, — cuando lo presenta afrontando con afectada grandeza todas las carreras sin tener en realidad ninguna, — dejábale en cambio la ventaja de ser ajeno hasta de esas preocupaciones de estado o profesionales que suelen advertirse en los hombres más eminentes. No tiene apego a lo que existe, o a lo que fué bajo las formas más consagradas. Así le vemos, desde el principio de la Revolución (1812), proyectar el “Establecimiento Científico” para enseñar ciencias nuevas, anunciando que su plan era hacer venir profesores de Europa. ¡Cuántos doctores hemos visto, henchidos por el sentimiento de su suficiencia y creyendo hasta ayer no más que nos bastamos en todo y para todo a nosotros mismos!

Pero lleguemos a lo que es más portentoso en un argentino, y sobre todo en un porteño, cuando se trata de sentimientos que engendraba naturalmente la importancia excepcional de su provincia. En Rivadavia no se descubre un átomo de localismo. Las hegemonías producen como una consecuencia natural este sentimiento, ya de recelo o de preponderancia respecto a las otras secciones de un país, y que, cuando se trataba de Atenas, cabía en el alma elevada de Sócrates y en el corazón justo de Aristides. Rivadavia propone y hace prevalecer en el Congreso la constitución de la capital de la República en Buenos Aires, nacionalizando la ciudad con extenso radio para que sirviera de asiento permanente al gobierno de la Nación, y proyecta la doble división de la provincia de Buenos Aires para mejor distribuir y ponderar las fuerzas políticas y sociales del país. Bajo todos estos

aspectos, ningún otro argentino puede ser comparado a Rivadavia, incluyendo a Mariano Moreno, que es, más que argentino, — el hijo predilecto de la metrópoli, — abogado de causas, y al que se le ve en cada frase asomar la toga. ¡Ah, las almas nacidas en plena luz son en todas partes un milagro, pero lo son más apareciendo, como Rivadavia, en una colonia española y en una extremidad del mundo civilizado! Estos son los rasgos que constituyen la grandeza moral e intelectual de Rivadavia, en cuanto una rápida pincelada puede resumirlos. Pero tenemos también con ellos la explicación de la debilidad de su gobierno, hasta precipitarse, al parecer por sí mismo, en una caída pavorosa que resuena hasta hoy con fragor en la historia argentina. ¿Quién podría afirmar que estén ya agotadas para nosotros las consecuencias de aquel formidable acontecimiento?

Expliquémonos, empezando por establecer una diferencia que es indispensable para nuestro propósito. Hay dos clases de gobiernos: los gobiernos que pueden llamarse *iniciales*, porque se encuentran en los principios de una organización política y social, y los gobiernos *institucionales*, es decir, ya instituidos y que se transmiten y se perpetúan dentro de formas prescriptas que tienen el asentimiento público. Un gobierno institucional subsiste por la fuerza de su propia estructura; vive porque es el gobierno y hay el hábito de obedecerle, y porque es un organismo encarnado en la nación, de la que recibe la vida por todas sus arterias. En estos gobiernos las calidades personales de los que los desempeñan no son indiferentes al bien o al mal de los pueblos, pero pueden traer raras veces las catástrofes en que aquéllos desaparecen. Su-

cede lo contrario cuando empieza una organización, tratándose de consolidar una nación y de fundar su gobierno. Toda la suerte del ensayo, su buen éxito o su malogro, dependen casi totalmente de las personas que dan su fisonomía al gobierno, pues no ha podido aún recibirla de las instituciones que no existen.

Este último era el caso del gobierno presidencial de Rivadavia. Adviértase, además, que lo que había en su persona trascendía a su partido, porque pocos hombres han tenido como él ese don singular de provocar imitadores. Sus palabras circulaban como proverbios. Se imitaba su voz hueca, su ademán reposado, su porte solemne. El partido unitario se hallaba vaciado por entero en el molde rivadaviano. Rivadavia no era colonial, criollo, metropolitano, y ni aún siquiera localista; y estaba destinado a ser vencido en sus nobles propósitos de unificación y de gobierno, por las preocupaciones coloniales, por las desagregaciones criollas, por las prepotencias metropolitanas y por las pasiones localistas. Todos estos elementos, cuán diversos y hasta cuán adversos entre sí fueran, se convocaron al principio instintivamente; se dieron cita con signos convenidos y se juntaron por fin con alianza visible para pelear la batalla contra el enemigo común. Tenían desde su punto de vista razón sobrada. Rivadavia era el enemigo de las preocupaciones coloniales, de las petulancias criollas, del metropolitanismo que no quería desaparecer ante la nación y de las desagregaciones locales, que, mezclando pasiones bárbaras a intereses sórdidos, oponían otros tantos estorbos a una organización nacional.

La resistencia a la obra de Rivadavia se llama también con un nombre propio en nuestra

historia, y este es el de don Manuel Dorrego. Carlyle dice que si es cierto que la naturaleza aborrece el vacío, como lo proclamaba la física de la Edad Media, puede sostenerse con mayor verdad que los pueblos en su desenvolvimiento histórico aman las condensaciones vivientes, y que éstos son sus caudillos. Los suscitan y los promueven sobre todo las pasiones populares, y Dorrego apareció en aquellos días, brotado como la espuma ardiente, en medio de nuestras convulsiones sociales.

Era hijo de Buenos Aires y se educaba en Chile cuando fué conocido el movimiento revolucionario que había estallado en las márgenes del Plata. Chile se conmueve, y Dorrego, agitando pasiones y removiendo hombres, presta los mayores servicios a su primera y rápida revolución. Vuelve a Buenos Aires y sale voluntariamente como soldado para las campañas del Alto Perú. Pelea en Suipacha, es herido en Nazareno, su valor resplandece en Salta, salva poblaciones del incendio o del saqueo, afrontando peligros como en Pozo Verde, y alcanzaba ya a mandar una parte del ejército en la victoria de Tucumán. Es amado por el soldado, atrayente para sus inferiores y altanero con sus jefes. No promueve desobediencias abiertas; pero se burla, desgastando con su sonrisa, como con una lima, la autoridad del mando. ¡Ah, cuántos reflejos tristes tiene en nuestra historia esa sonrisa de Dorrego! Obsérvese: es valiente, es generoso, es heroico, pero deja de pertenecer a los ejércitos de la Independencia cuando empieza a introducirse en ellos, con la presencia de San Martín en el Norte, la verdadera disciplina militar. No es ésta su atmósfera. Entra luego en luchas, frívolas en las apariencias, mortales en

el fondo, con el Director Supremo, don Martín Pueyrredón, que ensaya un gobierno serio para la nación y el Director lo destierra, sin querer dar mayor trascendencia al acto, por *insubordinación* y *altanería*. Esta es la primera parte de su vida pública, que se refleja al brillo de su espada. Sábese, además, que tiene como ninguno la sagacidad del criollo, la inteligencia fácil y clara, la palabra abundante, el don de la atracción personal; y estas calidades juntas son sus mejores armas en la gran contienda con Rivadavia, — su partido, su sistema, — porque le sirven para dar expresión viva, activa y militante a todos nuestros atrasos que, con todos sus nombres y bajo las personificaciones más varias, entran a ocupar la escena.

Describir la contienda sería redactar un volumen. Decimos siempre que el año 20 es el más tumultuoso de nuestra revuelta historia; pero lo es materialmente por las caídas de los gobiernos que duran apenas un día, por los motines en las calles, por las asonadas de barrios, por la algazara y el polvo de los jinetes que vienen cabalgando desde la vecina Pampa para imponer su ley. Durante los dos años de la presidencia de Rivadavia se siente como el rumor de un mundo en ebullición. Todo fermenta, se remueve, toma una fisonomía o un acento, sale a la superficie. Hay lo bueno: y es el extranjero que llega, el comercio que se agranda, la industria pastoril que mejora sus productos, la nueva tierra que se arranca al desierto bajo el amparo de la ley enfiteútica, el río interior que se navega. El movimiento es también intelectual y hasta artístico. Se escucha por las tardes en el Congreso el elegante discurso de don Valentín Gómez, se recita en el salón el soneto de Lafie-

nur, al mismo tiempo que se muestran los retratos en que Pellegrini ha hecho llegar hasta nosotros la sonrisa ya suave, ya altanera, de tanta hermosa dama... Ahí está Juan Cruz Varela, propagador del entusiasmo literario, más que poeta con inspiración, y que había formado su atmósfera dentro de la que cabían el actor y la actriz, Lapuerta y la Trinidad, el pintor venido de Europa, como Monvoisin, y los jóvenes todos que amaban la música de los versos. La Trinidad, con su voz empapada en lágrimas, atraía al escenario del Victoria la sociedad culta de Buenos Aires, para darle en espectáculo los lamentos de Dido acongojada, en aquellos endecasílabos de Varela que podrían hoy encontrarse monótonos, pero que se incrustaron dulcemente en muchas vidas conmoviendo el corazón de tantas beldades. Lapuerta hacía vibrar su acento trágico en *El delincuente honrado*, mientras recogía su gesto y grababa su voz el joven Casacuberta, que debía también subir a la escena para sobrepasar a su maestro en *Los siete escalones del crimen*, — espectáculo de otra generación, — como el drama patibulario de Víctor Ducange excede al drama lacrimoso de don José Cadalso. ¡Varela mismo entraba en los bastidores del teatro de la Victoria!

Pero hay también lo malo, lo sombrío, lo atrasado, lo receloso, y se halla del mismo modo en movimiento. Existe la pequeña prensa para esparcir falsas alarmas, denigrar hombres y suscitar malas pasiones. Se prodiga la fiesta oficial hasta para inaugurar la construcción de una arca en el cementerio, y cada una de ellas es el tema de burlas inextinguibles. El criollismo más neto se halla representado por el *compadre*, y éste se burla con sorna del sabio extranjero que

se ha hecho venir de Europa, rabia contra la esquina ochavada, habla de los millones perdidos o por perderse en el pozo artesiano que se cava en la plaza de la Recoleta, hasta que llegando al famoso Canal de los Andes, los nervios se templan, las fisonomía se aplacan y el coro de la risa es universal. La reforma eclesiástica ha herido en carnes vivas, y de las celdas mismas de los conventos se escapan rumores siniestros y hasta embozadas amenazas. La pompa presidencial es repulsiva a estos mismos sentimientos, y se acecha en las calles el séquito del presidente para soltar la carcajada a su paso. La ley de la capital encontraba resistencia en la pasión popular que azuzaban diariamente hombres graves, al mismo tiempo que sus agentes buscaban alianzas en el interior para la resistencia o para la lucha. A la hegemonía de Buenos Aires respondió el grito bárbaro de los caudillos apoderándose de su presa. Lo fué para cada uno la provincia en que gobernaba.

La primera figura en la lucha contra la presidencia es sin duda la de don Manuel Dorrego. Da impulso a todas las resistencias, fuego a las pasiones, expresión a los descontentos, y presta su voz simpática y clara a las preocupaciones más oscuras. Perora en el Congreso, declama en las reuniones populares, habla en el café, en los círculos sociales, en las trastiendas; se guiña de ojos con el transeunte, escribe hasta en las secciones más secundarias de su prensa, parte migajas con el Padre Castañeda y se encuentra al habla con los caudillos del interior. Es el artista del desorden, cediendo tal vez a necesidades de su organización, sin odios en el alma, con la sonrisa ligera en los labios y sin la conciencia verdadera de la trascendencia subversi-

va de sus actos, él mismo se exalta y se embriaga envolviéndose cada día en el formidable ruido que ha promovido a su rededor. Háblase de sus conocimientos sobre el sistema federal: no eran en mucho superiores a los del Padre Monteroso, que fué entre nosotros su primer expositor. Se menciona su ciencia. Léanse sus discursos, que son hábiles, verbosos, hasta atrayentes por su falta de hiel: pero no se columbra en ellos otra ciencia que su bricsa petulancia criolla, rica de savia y de ignorancia.

La Constitución que tan luminosamente había elaborado el Congreso y a cuya formación concurrieron los hombres más notables de la Nación, fué rechazada por los caudillos del interior, no porque fuera federal o unitaria, sino porque era simplemente una "Constitución", según la frase del canónigo Gorriti que empieza a ser recogida como un juicio por la historia. A su sombra no podían subsistir gobiernos personales y bárbaros. Era el comienzo del fin. La famosa presidencia que había inquietado los celos de Bolívar y cuya fama se extendía por la Europa, iba a desaparecer; no después de formidables batallas, sino como se recogen los pintados bastidores de un teatro improvisado. Rivadavia presentó su renuncia, y desde aquel día debió presentirse la disolución del Congreso que había compartido con él las fascinaciones de los vastos proyectos, las pompas de un poder vano y las exaltaciones de un partido que mostraba su presencia en el Gobierno como el más aito testimonio de la civilización de su país. El documento de Rivadavia es sobrio y solemne. "Me es penoso, decía, no poder exponer a la faz del mundo los motivos que justifican mi irrevocable resolución, pero ellos son bien conocidos de

la representación nacional. La historia me hará justicia; la espero de la posteridad”.

El proceso histórico se halla desde entonces abierto y no ha sido aún fallado definitivamente. Somos hijos de los autores y no podemos todavía ser sus jueces. Pero estos aplazamientos ante la historia no son sino una forma para invocar el testimonio de la propia conciencia. Se siente recta la intención y se reputa acertado el acto, en lo que puede haber error. Rivadavia y Lavalle invocan igualmente la historia, el uno abdicando el mando y el otro ante el patíbulo de Dorrego. La renuncia de Rivadavia abrió paso franco al predominio de la barbarie bajo sus formas más odiosas. El fusilamiento de Dorrego no trajo, pero apresuró el advenimiento de Rosas, dejando interrumpido el drama intermedio (1).

II

¡Cómo es lleno de angustiosos recuerdos el pobre hogar del emigrado político, mientras dura su expatriación en la tierra extranjera! Los días se van y los años se acumulan, y no se piensa sino en la catástrofe que le condujo al destierro. Se pasan y se repasan en la memoria los acontecimientos últimos para comentarlos, para mutilarlos, para agrandarlos y hasta para modificarlos a su voluntad, porque la imaginación del proscrito, que no ve luz por delante, se vuelve hacia atrás, deshaciendo los hechos que fueron a su causa más funestos, para complacer-

(1) No conocemos página más dolorosa que la escrita por el general La Madrid describiendo la trágica muerte de don Manuel Dorrego.

se, siquiera por un momento, en absurdas perspectivas... ¡Ah! Si no se separan en Catamarca Lavalle y La Madrid... Si juntan sus ejércitos, Oribe es vencido en el Norte y nos vamos en seguida a subyugar a Cuyo... ¿Por qué dio Lavalle la triste batalla de Famaillá? ¿Dónde estuvo el héroe en aquel día?... Y este eterno re-venir alrededor de los mismos sucesos no tiene término. La conversación de la tarde se prolonga por la noche y es la misma al día siguiente.

La casa del emigrado es estrecha y no hay lugar separado para los niños. Todo se habla, se hace, se dice, en su presencia. Tienen el derecho de intervenir en la plática más grave y preguntan, y se estimula su curiosidad para tener quizá ocasión de volver a los mismos temas. ¿Pues qué, el niño no se halla investido de igual título? ¡Es también un desterrado, y él mismo lo comprende y lo siente!

Las familias argentinas que salieron en 1841, emigradas del Norte de la República, encontraron en los más próximos pueblos de Bolivia a otras que las habían precedido de seis, de ocho, de diez años, en la tierra de la proscripción. Estaban Pedraza y el doctor Figueroa en Talina; Wilde, Valle, Ferrer, Villamonte y Usandivaras en Tupiza; Rojo y los Alvarados en Tarija; los Frías, Zuviría, Zorrilla, Paunero, Gorriti, Rueda y Bustamante en Potosí, en Chuquisaca y en Cochabamba. Estos primeros emigrados no tenían todavía, como los que vinieron más tarde, el pie ligero, y no alcanzaron a internarse por el Norte sino hasta el centro de Bolivia; y por el Río de la Plata, como Carril, los Agüeros, hasta Santa Catalina, en el Brasil. Nombrarlos ha sido decir quiénes son. Eran los antiguos unitarios de las provincias del interior.

Eran los que habían conseguido escaparse, arrancando sus familias enteras después de la captura de Paz en Córdoba; después que Ibarra, cuya crueldad no tiene otro ejemplo entre los hombres, se sintió seguro; después de las dos terribles derrotas de La Madrid, en las que el valor infausto, prodigado hasta la locura, sólo sirvió para multiplicar las víctimas, dejando empapados en sangre los campos; desde la aparición de Quiroga en Catamarca, o después de su paseo beduino por Tucumán y hasta Salta, en cuyas calles no quiso el bárbaro penetrar!

Las dos emigraciones se juntaron en los pueblos de Bolivia, para asociarse recíprocamente en su miseria, confundiendo al mismo tiempo sus lamentaciones y sus quejas. Los unos hablaban de Oribe y respondían los otros describiendo a Quiroga. El relato de un episodio del Quebracho Herrado era sobrepasado por el recuerdo de un acto de barbarie o de sangre, ejecutado por los feroces vencedores de la Ciudadela. Hemos podido así oír desde niños en Talina, en Tupiza, Tarija, Potosí, las dolorosas recriminaciones de los unitarios del interior contra los directores del gobierno presidencial. Ellos decían que su desaparición voluntaria los había entregado sin defensa a las garras de los tigres; que el gobierno presidencial tenía elementos para resistir a los embates de la barbarie y sobreponerse; que los hombres principales del interior, por su posición, inteligencia y fortuna le pertenecían, y que habrían sabido defenderlo hasta la muerte, como lo mostraron, arrostrándola un poco más tarde en luchas aisladas, casi obscuras y, por eso mismo, más terribles y sangrientas. Allí estaban los militares como Wilde, que había figurado entre los combatientes de Ituzain-

gó; y ellos añadían que el ejército vencedor era fiel al gobierno y que sus jefes y oficiales, destinados a perecer en su mayor parte, como Plaza o el noble Barcala, bajo el puñal de los bárbaros, llevaban hasta el fanatismo su consagración a las nuevas instituciones. ¡ Ah! ¿ Qué? ¿ No habrían bastado dos mil hombres del ejército de Ituzaingó, — con un general como Alvear o como Paz, bajo la dirección de un gobierno nacional llamado a suplir, por la persistencia de su acción y por sus recursos, los accidentes de la mala fortuna, — para barrer los caudillos y sus hordas, que no les estaban aún sino débilmente adheridas?...

Era esto lo que se hablaba allí, por los años 47 o 48, entre los emigrados argentinos que se habían transportado con sus familias a Bolivia, después de la desaparición del general Paz y de la caída de Corrientes, cuando la República volvía a entrar bajo la garra de su tirano. No se entreveía un rayo de esperanza, y el destierro, como una fatalidad ciega, extendía nuevamente para aquellos desgraciados sus sombras implacables.

Apareció por ese tiempo un cometa cuya vuelta está anunciada para los primeros años del siglo próximo; no lo vimos subir en el horizonte, porque se halla éste cubierto por la alta montaña rocallosa que circunda por uno de sus costados la antigua villa de Tupiza, y sólo fué apercibido cuando se hubo elevado como un disco de luz rojiza sobre una de sus cumbres. Se salía a la plaza todas las noches, para contemplar el cometa durante horas enteras, — no había otro espectáculo, — hasta que se creyó notar como una disolución por la mitad de la cauda del cometa y que ella se desprendía como un

fragmento roto. “Es un buen pronóstico” dijo uno, haciendo un signo. Otro lo comprendió rápidamente y ya dijo con claridad: “es la caída de Rosas”. ¡La caída de Rosas! El anuncio no venía ya de los hombres, sino de Dios. La voz corrió entre los hombres, y había algunos sensatos y graves; llegó hasta las mujeres, y se despertó a los niños, que tuvieron esa noche fiebre, para anunciarles la buena nueva.

III

El régimen presidencial desaparecía, no porque el Congreso hubiera dado su famosa ley designando la ciudad de Buenos Aires para la capital de la Nación, lo que no era poner sino en movimiento un resorte vital para el organismo argentino; y menos aun porque se hubiera proclamado constituyente, puesto que, sin serlo, no habría tenido misión, en un país sin vínculo, sin gobierno, y que ensayaba salir de la desorganización política y social. ¿Puede ser serio aquel otro cargo de haber creado un ejército nacional, cuando iba a requerirlo tan pronto la guerra contra el Brasil? La designación de un Ejecutivo nacional no era tampoco sino una medida inevitable, desde que era necesario proveer a la acefalía de la nación, y poner, al lado del Congreso que legislaba, el poder que debía ejecutar sus leyes. No. Estas no son las causas históricas del inmenso desastre. Fueron solamente los cargos contemporáneos, o, por mejor decir, las objeciones de la oposición, resistiendo actos que contrariaban naturalmente sus intentos, y no debe dárseles otro carácter ni mayor importancia. La observación opuesta nos pare-

ce, por el contrario, más próxima a la verdad: el régimen de los unitarios desapareció, porque después de haber instituído un gobierno y colocándolo sobre su asiento natural, lo abandonó sin combate delante del enemigo. El famoso Congreso, al proclamarse constituyente, sólo se dió, inducido por lejanos ejemplos, un título vano; y después de haber discutido su obra en debates luminosos que levantaron por vez primera una tribuna a la elocuencia argentina, la inutilizó en seguida, entregándola a la aceptación de pueblos enseñoreados por caudillos que eran los enemigos naturales de la forma ordenada que constituye un gobierno. ¿Cuál gobierno? Todos, sea unitario, sea federal.

El partido unitario estaba llamado, bajo la dirección del más célebre de sus hombres de Estado, a organizar la nación por la fundación real de su gobierno, combatiendo las anarquías y superándolas hasta hacer prevalecer el sentimiento nacional, por la razón y por la fuerza, sobre los instintos de disolución local. Era, sin duda, ardua la empresa, y era por esto mismo deber suyo desplegar en línea de batalla cuanto poder tenía el país para sostener sus proclamadas instituciones. Pudo así haber sucumbido bajo la derrota, y era esto a la verdad mejor que desaparecer por la renuncia, para ir un poco más tarde a la proscripción de la que no se volvió, o para bañar con su noble sangre viles cadalsos! ¿Era falta de valor? ¡No! Los que quedaron sucumbieron heroicamente, y no se vió a los otros decaer de la fortaleza de su alma en el largo destierro. Eran, además, patriotas, tenían abnegación, y la memoria de sus virtudes cívicas es uno de los timbres del nombre argentino. Hubo en sus actos, más que error.

una obcecación; y la ceguera en la conducta de los hombres se explica hoy, como en los tiempos de Teofrasto, por no conocerse bien a sí mismos y por conocer mal a los otros. Presumían demasiado de sí y tenían por sus adversarios un desdén altanero. Veían a Dorrego tan inquieto, ardiente, ligero, que no podían concebir siquiera un gobierno manejado por sus manos. Vivían en Buenos Aires dentro de una atmósfera estrecha, escuchándose los unos a los otros, bajo las leyes de una cortesanía que ha quedado memorable en nuestros fastos sociales, y no tenían quizá una conciencia bien clara de las fuerzas políticas que se habían desatado contra su obra. ¿Eran éstas invencibles? ¡No! Pero lo fueron cuando se les abandonó la escena.

Cuéntase que los labios altivos del más intencionado entre los corifeos de este partido se entreabrieron una vez para dar en una sola frase la explicación de aquellos acontecimientos. "Esto es transitorio, dijo, hablando de los sucesos del día: volveremos pronto; seremos llamados". ¿Por quién? ¿Por qué afinidades de esa química exquisita de las almas, que Teofrasto, La Bruyère y Pascal conocieron, se mezcla siempre a estos despliegues de la vanidad soberbia, un grano de inocencia, de candidez casi infantil? ¡Seremos llamados! Lo esperaron todavía durante veinte años, primero de los hombres y después del destino, hasta que, con el desencanto tardío, llegó para ellos paso a paso la muerte inevitable!

Así concluyó la dominación del partido unitario. Funda un gobierno y lo abandona, dejando él mismo mutilada su figura histórica. No vale como partido, porque fundó un gobierno para abandonarlo; aunque valgan sus hombres

per el amor del bien, por la audacia de sus concepciones, por la pompa literaria de su palabra arrojada arrogantemente como un guante a la faz de la barbarie contra la que luchaban, y por sus sacrificios del destierro, que llegan todavía hasta nosotros trascendiendo la atmósfera con un perfume de virtud. Su pasaje por el poder no puede ser más ruidoso, lleva consigo una atmósfera de fiesta; y al notarlo tan efímero, el espíritu más desprovisto de crítica podría creer que hay en su actitud mucho de teatral. Rivadavia tenía desde años atrás su poeta, y era sin duda el que más desplegó, entre los de su tiempo, el don del canto. Cada decreto se convierte en una oda o en un himno. Hay un volumen del Registro Nacional que corresponde, por las inscripciones de sus títulos, a otro volumen de nuestro Parnaso. Los trabajos hidráulicos mismos, entrevistados entre lejanas perspectivas, estimulan la discreta musa de otro joven poeta. Se quiere sin duda el bien con patriotismo sincero, se le adivina, se le ve venir y se le proyecta en un decreto. Es, sin embargo, necesario que el aplauso estalle instantáneo, y para hacerlo dulce al oído y más penetrante al alma, debe acompañarlo el ritmo del poeta. Teníamos ya esta facultad nacional de dar simpática vibración, alas a nuestras palabras, y ellas corrían por la América y hasta por la Europa, siendo devueltas con el elogio de la gran presidencia.

De esta situación engañosa de los espíritus, y hasta enervantes, no era difícil que saliera la abdicación del gobierno, sin combate, y la dichosa explicación: "seremos llamados".

IV

Pero es en Rivadavia mismo en quien es necesario buscar la explicación de los hechos; y más de una vez nos ha sucedido preguntarnos por qué había desaparecido en 1826 el Rivadavia de 1811 y 1812. Rivadavia se había mostrado, efectivamente, en aquellos primeros años de la Revolución, como un hombre de voluntad poderosa, sin detenerse ante las dificultades de la acción política, por duras, crueles y hasta trágicas que ellas fueran. Es secretario de la Guerra, y da nervio al gobierno, impulsando al mismo tiempo la revolución por una serie de actos que son conocidos. Pertenece en seguida al Triunvirato, se impone a las disidencias de sus colegas, salva a la revolución de uno de sus mayores peligros, descubriendo y castigando con mano despiadada la conspiración de Alzaga. La ola sangrienta de las persecuciones se desata, y Rivadavia mismo le pone valla, con ánimo igualmente resuelto, por el célebre decreto. ¡Basta de sangre! Quince años después, aquel hombre poderoso es buscado y no se le encuentra. ¿Qué modificaciones se habían obrado en su espíritu? El problema psicológico es siempre un misterio. Había pasado estos años dedicándolos en gran parte a la meditación y al estudio. Había residido mucho en Europa, observando en su conjunto el movimiento social y político de sus pueblos; había entrado en comunicación frecuente con los primeros sectarios de la doctrina económica de la que debía salir un poco más tarde, a favor de ciertos desarrollos, la escuela pacífica de Manchester, que abomina de los medios violentos y execra la guerra: y no es extraño que todo

lo que había en su mente de teórico, — y era mucho — de pensador, — éste era su rasgo predominante, — y hasta de filósofo, — como lo muestra su incesante tendencia de asignar a cada hecho su causa, — se hubiera extraordinariamente desenvuelto, dejando empobrecidos los resortes de su carácter y de su voluntad.

Penetremos ahora con algunos rasgos en el fondo de esta gran figura histórica de nuestros anales. El hombre físico es por todos conocido; sus retratos son numerosos y todos son idénticos. La plancha litografiada misma, a la que faltará siempre el rayo de la vida, es en este caso casi igual al pincel. No habrá en la figura de Rivadavia ninguna de esas líneas elegantes o de esos toques delicados que necesitan en cierto modo, para reproducirse, ser sentidos por la inspiración del artista. Hemos leído que cuando el señor Rivadavia paseaba por las calles de París, con su andar medido y grave, atraía la curiosidad de los transeúntes. Pero había en su rostro tal seriedad, su porte era tan grave, su ademán tan ceremonioso, que no hubo jamás hombre alguno, entre nosotros, que supiera imponer a los demás el sentimiento de su propia importancia, que se transparentaba en todos sus movimientos. Montequieu lo ha dicho: "El mérito personal es una fuerza y puede sobreponerse a todo". El fisgón podía trazar con carbón en las paredes los contornos de la figura de Rivadavia, pero era casi imposible faltarle en su presencia al respeto: lo llevaba consigo y lo transmitía.

El señor Rivadavia escribía poco, pero son suyos hasta por la redacción casi todos los numerosos documentos que llevan su nombre. No perteneció a la Asamblea de 1813, ni al Congreso

de Tucumán que cerró sus sesiones en 1819, y no tuvo ocasión para usar de la palabra en público, sino asistiendo a la Junta Provisional como ministro del general Rodríguez. No poseemos un solo discurso suyo en el que se reconozca el vuelo o siquiera la amplitud oratoria. La palabra pública ha tenido entre nosotros su crecimiento visible, y por aquellos años no llegaba sino por accidente a las formas del discurso. Hablando o escribiendo, faltaba al señor Rivadavia la paciencia y el arte del desenvolvimiento. Su palabra no lleva su movimiento natural, y procede como por irrupciones, o incrustando en la exposición un poco confusa tales o cuales frases salientes, que no son casi siempre aquellas palabras que llevan luz, según la expresión de Cicerón — *lumina verbi* — y que dan tanta claridad como esplendor al discurso. Tenía, sin embargo, algunas expresiones felices, como cuando dijo en la Legislatura que el decreto de 1811 sobre la prensa no había sido sino “una máquina para hacerla andar”. Cuando se leen las exposiciones del señor Rivadavia en la Legislatura, no solamente se nota la falta de cierta prontitud en su inteligencia, y que no sería a la verdad conforme a su índole, sino de aquella perspicacia que se trasluce por la seguridad y el acierto de la réplica inmediata. Cuando se examinan los hechos de su conducta, algunos han creído hallar cierta ausencia de discernimiento; y la crítica es más segura si se refiere a la acción del momento, aplicada a los hombres y cosas sobre que se obra. Cuando se leen sus documentos, se descubre visiblemente que falta en el espíritu de Rivadavia lo que se llama con propiedad el sentimiento estético, es decir, el sentimiento de las proporciones: tal de-

creto es demasiado pomposo para concluir con una prescripción vulgar. Se descende desde lo alto para ordenar la bagatela.

V

En ese momento célebre de nuestra historia, Rivadavia dijo: "Soy la razón y no quiero ser la fuerza", y descendió con la solemnidad de un pontífice las gradas de la Presidencia, para ir a la proscripción, que sólo tuvo dieciocho años después por desenlace la muerte quizá anhelada. La intención era elevada y recta, porque nunca hubo bajo el cielo argentino un patriotismo como el suyo más comprobado; y el experimento fué terrible, porque hizo del más grande de nuestros hombres públicos también el más infortunado. Es necesario, sin embargo, sobreponerse a la admiración por el genio, y, lo que es más difícil, a la piedad por el infortunio, para decir que la noción de Rivadavia sobre su papel era equivocada. El gobierno es la autoridad, y la autoridad se compone igualmente de estos dos elementos ineludibles: la razón como la fuerza. Los gobernantes no son pastores de almas, y menos que orgullo, que es un sentimiento de dominación, puede haber hasta vanidad en confundir el gobierno con un pontificado.

La paz con el Brasil estaba hecha por sí misma, en los términos que conocemos, y se realiza muy luego por sus sucesores, casi sin negociaciones. ¿Era dolorosa? Adolfo Thiers ha mostrado que hay grandeza en subscribir con sus manos lo inevitable. Es necesario entrar en el fondo de la situación. La dimisión de Rivadavia no iba a dar temple a la guerra, ni crear mejo-

res condiciones para negociar con ventaja la paz. Prevalecían de este modo, por el contrario, los opositores de la guerra, y hasta los caudillos que se habían confabulado para rehusar sus contingentes al ejército. Digámoslo de una vez: la renuncia de Rivadavia no llevaba a los consejos de la nación un régimen diverso de gobierno, ni siquiera un cambio de política; sino que traía pura, simple y exclusivamente, la disolución nacional. Fué en aquellos días ya saludado en las antecámaras del Congreso, como Gobernador de Buenos Aires, el coronel don Manuel Dorrego y lo ha contado en un discurso memorable un testigo presencial de la escena.

Buenos Aires, 1884.

DALMACIO VELEZ SARFIELD

(REMINISCENCIAS)

I

En el Congreso de 1825 apareció un joven, que era el de menor edad entre todos sus miembros, con excepción de don Amancio Alcorta, que tenía dos o tres años menos y que no fué admitido por este motivo. Llamábase Dalmacio Vélez Sársfield. No era diputado por Córdoba, su provincia natal, como ha solido decirse, sino por San Luis, y debía su elección a una influencia de familia (1). Era doctor en jurisprudencia, pero aún no abogado, como lo han insinuado sus biógrafos con carencia de datos precisos; porque sólo lo fué más tarde, habiéndosele expedido su diploma por los tribunales de Buenos Aires.

Al presentarse en la vida pública, el doctor Vélez sólo podía saber lo que había aprendido en la Universidad de Córdoba. Sus conocimientos en Derecho no eran extensos, aunque sí fundamentales. Había estudiado los comentarios del famoso Arnoldo Vinnio, sus "Cuestiones Selectas", que eran reputadas en las Escuelas del siglo XVII y XVIII como una flor de la lite-

(1) Su hermano político el Dr. José Santos Ortiz.

ratura jurídica, antes de la aparición de las obras de Heinnecio, las "Recitaciones" de éste, y empezaba a familiarizarse con la lectura del gran Cujas, a cuyo estudio debía quedar adherido toda su vida, y que su profesor el doctor Saráchaga le había enseñado a conocer, siguiendo a su vez las recomendaciones de su catedrático el doctor Victorino Rodríguez, notable juriconsulto, aquel que fué el asesor del Gobernador Concha, y que murió en la tragedia de la Cabeza del Tigre, enrojeciendo con su sangre y la de sus compañeros los albores de la Revolución!

El anciano Saráchaga debía morir también en Santos Lugares por la mano de Rosas. ¡Triste suerte la que cupo en tierra argentina a los dos primeros admiradores del juriconsulto francés del siglo XVI!

No fué por cierto tan aciaga la que se hallaba reservada al doctor Vélez, que tuvo además la dicha no alcanzada por sus dos predecesores de encontrarse un día con su polvoroso maestro Cujas, puesto a la moda, mencionado hasta en los diarios, como un héroe del momento, o glorificado en los libros oratorios de Lerminier, que tuvieron su resonancia aquí mismo en los escritos juveniles de Alberdi, cuando la escuela histórica de Savigny y de Thibaud penetró en la Francia y quisieron sus escritores y juriconsultos al adoptarla, imprimirle un sello propio y nacional, haciéndola remontar por su origen a las doctrinas del juriconsulto que había intentado el primero la restauración del Derecho Romano, mutilado por los siglos, por los Bárbaros y por Triboniano.

II

Nada de descollante tuvo la figura del doctor Vélez en el célebre Congreso, según puede colegirse del Diario de sus Sesiones, aunque algunos le hayan atribuído influencia decisiva en ciertos actos del gobierno de aquella época, relacionados con las provincias del interior.

Pertenecía a la Comisión de Hacienda y hablaba a veces sobriamente en su nombre. Fué partidario fervoroso de la política presidencial, dividiendo sus admiraciones entre el Presidente Rivadavia y el Ministro Agüero, que lo atraía como orador por la fuerte trabazón de sus discursos. Tan sólo en una ocasión aparece disintiendo del grupo ministerial, cuando se aventuró a sostener que no debía encomendarse al Gobernador de la Provincia de Buenos Aires el encargo de las funciones del Ejecutivo Nacional.

Este era el famoso artículo octavo de la ley de Enero de 1825, que ocasionó el primer gran debate en las Sesiones del Congreso. El doctor Vélez se escurrió del incidente con algunas palabras de equívoca firmeza.

No puede, sin embargo, decirse que el doctor Vélez pasara inapercibido. Llamaba la atención por la seriedad de su porte, por su afición conocida al estudio y por su afán de cultivar relaciones. Fué admitido en el círculo de los familiares del Presidente, tal vez un poco en su intimidad, y Rivadavia lo destinó a inaugurar la enseñanza de la Economía Política en nuestra Universidad. Bajo estos auspicios se acrecentaba sin duda su consideración política y social; y cuando el Congreso hubo terminado su Constitución, que no rigió un solo día, fué encargado

con el doctor Gorriti (de Córdoba), el Deán Zavaleta (de Entre Ríos), y el señor Tezanos Pinto (de Santiago), para presentarla al examen y aceptación de los pueblos interiores, o más bien de los gobiernos que los oprimían. Le tocó al doctor Vélez encararse con Quiroga mismo, que le devolvió sin abrir sus comunicaciones, con un letrado que fué la verdadera inscripción de la época de desquicio y de sangre que se desatara sobre la Nación.

III

El Congreso se disuelve en 1827 y el doctor Vélez queda establecido en Buenos Aires, hasta que sobrevino el primer gobierno de Rosas, que le obliga a refugiarse por pocos meses en Córdoba. Obtiene permiso para volver, y presencia en el pueblo de San Nicolás (1831) el bárbaro fusilamiento de varios oficiales pertenecientes al Ejército del General Paz, sobre el que dió testimonio veintiséis años después ante el Juez de la causa de Rosas en un documento solemne que la historia ha de recoger. Habían sido casi todos vencedores de Ituzaingó!

El doctor Vélez reaparece tras de estas vicisitudes como abogado en Buenos Aires. Su sola ocupación es el foro, y después de pocos años (1833 a 1838) asienta su reputación como el primer abogado de nuestros Tribunales, sin exceptuar al doctor Ocampo, que lo aventajaba en cierta autoridad moral inherente a su nombre, pero que le era inferior en competencia profesional. Los alegatos forenses del doctor Vélez son los más perfectos de sus trabajos, por el fondo y por la forma. Discutía la cuestión de derecho

con magisterio científico, real a veces, artificial en ocasiones, para encubrir su habilidad de pleitista. El argumento se presenta siempre claro y vigoroso, y la expresión, aunque incorrecta, es grave oalzada de tono. Su *informe* en la revisión de la causa criminal de los Yáñez, que habían tenido por abogado al doctor Valentín Alsina en las instancias anteriores, es un modelo de composición forense (1836).

Habíase entregado el doctor Vélez, por aquellos años, a las tareas rurales, estableciendo en Arrecifes una valiosa estancia de ganado.

La mudanza del medio ambiente no altera las hábitos intelectuales del doctor Vélez, y en los campos como en la ciudad, sólo leía sus libros de Derecho. Consiguió, sin embargo, su sobrino don Miguel Piñero, en aquellos días largos y solitarios de las residencias campestres, atraerlo, poco a poco, a otros estudios. Piñero era apasionado por los clásicos romanos, poseía esmeradamente su idioma, y las *Geórgicas* o la *Eneida* de Virgilio fueron substituyendo al volumen de Pothier en la lectura común de la noche.

Este malogrado joven murió prematuramente en la emigración, antes de adquirir una reputación que los años le habrían fácilmente dado; escribía en Chile *El Mercurio*, con cierta severidad de raciocinio, y se hizo aún más notable por su estilo revestido siempre de formas depuradas y correctas. Miguel Piñero y Vicente López fueron los dos jóvenes argentinos que llegaban en aquellos días a las puertas del extranjero, con una instrucción literaria más completa. El uno se había educado en Córdoba, y el otro en Buenos Aires, con los nuevos libros, pero sin romper la tradición de los antiguos estudios. No pertenecía, por cierto, a esta escuela Sarmiento,

con su talento removedor y singularmente personal. El doctor Vélez llamaba al "Facundo" el "Sarmiento".

IV

La tiranía de Rosas se embravecía, entretanto, derramando cada día más sangre, mientras que el pavor hacía rondar alrededor de cada casa y de cada habitante el fantasma de las persecuciones, que aun siendo imaginarias no son, sin duda, menos ofuscantes y terribles, porque se presentan a la imaginación enferma bajo todos los aspectos. El doctor Vélez quiso escapar a tan cruel vida, quizá a peligros reales, y fué a encerrarse, entre tantos otros, dentro de los muros de Montevideo.

Largos y penosos debieron ser estos años del triste asedio. Cuando se suprimieron las peripecias del combate diario y el cañón del sitiador dormitaba por meses en el Cerrito, la atmósfera empezaba a ser asfixiante, y la heroicidad misma desaparecía en la monotonía de los mismos hechos cotidianamente repetidos. Se sentía la necesidad de sustraerse siquiera con el pensamiento al fatigoso encierro; y el doctor Vélez, para dar pábulo a su mente y ocupación a su vida, emprendió la traducción de la Eneida, que se conserva inédita en manos de sus herederos. La obra no tiene otro carácter ni mayor importancia.

Esta es la verdad, y no hay objeto, tratándose de un hombre tan expectable, en caer por la admiración sistemática en el éxtasis pueril. Confrontar el texto virgiliano con cuatro o cinco traducciones, en otros tantos idiomas, es ahora

un hecho de verificación facilísima para el que posee un ejemplar de una de esas ediciones políglotas de la Eneida que se renuevan a cada momento en Alemania y en Francia. Los recursos bibliográficos de que se valía el doctor Vélez, en la ciudad sitiada, eran, por el contrario, sumamente escasos, y no parece que haya siquiera tenido a su alcance los cinco volúmenes de las ediciones de Heine, que Wagner publicó en Leipzig, con adiciones propias (1830 y 1840) y que han fijado definitivamente el texto virgiliano en tantos puntos controvertidos u oscuros, según la opinión general de los humanistas.

Faltábanle, sobre todo, a nuestro gran jurisconsulto, el refinamiento artístico, el esmero de las frases, y esas delicadezas de gusto, y hasta de oído, que son indispensables para vertir siquiera con alguna elegancia el sublime canto de Virgilio en suelta y armoniosa prosa española.

Busquemos ahora en el doctor Vélez al orador, entrando de lleno dentro del cuadro radio-so que sirve de marco a su figura.

V

La caída de Rosas sobrevino, y el doctor Vélez reaparece tras de los años silenciosos de la tiranía en el primer debate parlamentario que los pueblos argentinos volvían a escuchar después de la disolución, en 1827, del Congreso Nacional. Promovióle el mismo doctor Vélez, sosteniendo que debía someterse a la aprobación de la Legislatura "el Acuerdo de San Nicolás" que acababa de ser firmado por los Gobernadores de las Provincias, incluyendo la de Buenos Aires. No hay argentino que no haya oído hablar de

este discurso, hoy célebre, y puede decirse que desde aquel día el doctor Vélez tomó posesión de la tribuna argentina para ser durante veinte años el primero de nuestros oradores. Pertenece al discurso sobre el Acuerdo, el conocido rasgo con que describía la tiranía de Rosas: "Se vivía entre pavores. Y cuando sonaba un cañonazo en Palermo, los hombres que recorrían las calles de esta ciudad se paraban temblando, como si fueran peso inútil en la tierra". La frase es, sin duda, una reminiscencia de Homero, en uno de los últimos cantos de la Iliada; pero el doctor Vélez la rejuvenecía y la hizo suya, dándole una aplicación tan propia como inesperada.

Es, sin duda, un admirable orador, y llevaba todas las flechas en su arco. Distinguíanle las cualidades por las que sobresalen los grandes improvisadores, porque si le faltaba la limpidez de la frase y el período rotundo, es de notarse que estas dotes son el patrimonio de muy pocos, como Lacordaire en la cátedra sagrada, o Pitt en la tribuna política. El doctor Vélez empezaba sus oraciones con acento entrecortado y con embarazo visible hasta en sus ideas. La voz se iba poco a poco aclarando, las frases se hacían en su construcción más correctas, el orador tomaba posesión del asunto, al mismo tiempo que el tono iba llenando el recinto, hasta que orador y oyentes quedábamos todos envueltos en la corriente de esa palabra que nos arrastraba sin descanso hacia su punto final. ¡Ah! estos oradores de raza siempre se juntan por algún punto, por diferentes que sean entre sí. Leíamos en estos días dos o tres discursos de Gambetta en la colección que lleva su nombre, y al notar la fuerza, el calor, la precipitación de algunos de sus períodos, decíamos: es el torrente que baja de la mon-

taña, y recordábamos al doctor Vélez en los momentos de su plenitud oratoria.

Buscábamos entre los oradores conocidos con quien compararlo, y nos deteníamos ante la figura de M. Dupin (ainé), que se destaca con luz tan propia en la tribuna contemporánea. Era, como el doctor Vélez, abogado de causas, jurisculto, aplicando su saber legal a las cuestiones políticas. Mostrábanse ambos incisivos en el argumento y con el don espontáneo del epigrama, que brotaba sin esfuerzos de sus palabras, espiritual siempre, nunca ático, pero sin llegar tampoco a ser grosero. Sabían los dos concentrar en los proloquios vulgares del Derecho un sentido desconocido, como para aplicarlo de improviso a la dilucidación de los asuntos con cierta *bonhomía* aparente que no se hallaba jamás desprovista de un tinte de malicia.

M. Dupin fué llamado el hombre más feo de Francia y de Navarra, y el doctor Vélez no era a la verdad un modelo de belleza; pero la fealdad daba, según el testimonio de los que los oyeron, una expresión original a sus fisonomías, que picaban como una curiosidad y que no eran por cierto repulsivas. El orador francés superaba al argentino en la distribución metódica de los razonamientos y en la mayor soltura de su frase, y éste lo aventajaba, en cuanto no nos engaña nuestro juicio, en la elevación del tono, en el poder de la palabra, en lo que se llama propiamente la fuerza oratoria, — *vis oratoria* — porque no podía ser substituído por ninguna circunlocución.

Agreguemos otros rasgos. El doctor Vélez improvisaba casi siempre, y totalmente en lo que se refiere a las formas del discurso; su sola preparación era la lectura, y no lo vimos nunca

llegar a la Cámara con un apunte escrito. De ahí provenía su expresión tan desigual y al mismo tiempo espontánea y atrayente.

Desde la primera palabra estaba ya tratando el asunto, sin ningún ornamento oratorio. Sabía no obstante encontrarlo, cuando lo buscaba; testigo, su famoso discurso en la inhumación de los restos de Rivadavia, que empieza con aquellos acentos altos en los que se siente el ruido de alas de la musa latina, y que por sus períodos concretos y lapidarios se asemeja en realidad a un monumento. Es todavía mayor ejemplo el discurso pronunciado en la Convención de Buenos Aires al presentar el plan de reformas a la Constitución Nacional, cuando comenzó contando con voz conmovida la disolución del antiguo Congreso, y que muchos reputan, por la elevación y encadenamiento de las ideas, como el discurso parlamentario más perfecto que se haya hasta hoy pronunciado en la Cámara argentina.

VI

Parece raro, y es sin embargo la verdad, que un hombre como el doctor Vélez, tan dedicado al uso de la palabra pública, se preocupara tan poco de la oratoria como arte. Nunca lo oímos ocuparse bajo este aspecto de sus discursos, ni analizar para el elogio o la censura los de los otros. Dímosle alguna vez a leer un volumen de Berryer, y nos lo devolvió, haciéndonos notar, solamente, que varios de sus argumentos en el debate famoso sobre la "Ley de disyunción" eran falsos bajo el aspecto jurídico. Recibía de manos de los taquígrafos las *pruebas* de sus discursos y no los devolvía, de tal suerte que se

encuentra a cada momento en los Diarios de Sesiones la anotación siguiente: “falta aquí un discurso del doctor Vélez”. ¿Era verdadera indiferencia, porque creía que la palabra hablada no debe sobrevivir a sí misma, yendo más allá del resultado alcanzado, o del efecto producido en el auditorio? Sólo añadiremos que los trabajos de corrección le eran penosos y hasta difíciles, por esos defectos de la educación elemental que nos son conocidos y que eran comunes a los hombres de su época.

Si un orador tan eximio no acostumbraba desenvolver teoría alguna sobre su arte, era también muy sobrio, como lo hemos dicho, en sus juicios respecto de los que abordaban al lado suyo la tribuna política. Sólo a veces, espaciando sus miradas por el pasado, solía recordar al doctor Agüero, Ministro de Rivadavia, por su argumentación trabada y vigorosa. Leíamos en su presencia un fragmento de su notorio discurso sobre la *Enfiteusis*, y el doctor Vélez nos decía: “esto se llama razonar”. Ponderaba también en estas ocasiones al doctor don Manuel Antonio Castro, cuando expuso, sobre todo, defendió y sostuvo en el mismo Congreso del año 26 la parte de la Constitución concerniente a la organización del poder judicial. Recordando su tono solemne y su dicción tan fácil como rotunda — “parecía un Cicerón” — decía el doctor Vélez. Podemos los abogados agregar con gratitud que el “Prontuario de práctica forense” del doctor Castro, extraído del revuelto laberinto de los cuviales españoles, es un modelo de composición por la claridad, la precisión, y sobre todo por su método.

VII

Volvamos al doctor Vélez para concluir. Sobresalía el gran jurisconsulto argentino por sus dichos más incisivos que sarcásticos, y que circulando por todas partes daban a veces un tema si no un rumbo a la opinión. “¿Qué buscaríamos en el pasado?”, dijo al día siguiente de Caseros y fundando la redacción de *El Nacional*: “Este pasado tan vergonzoso y triste no tiene derecho para darnos lecciones”. Y quedó por algún tiempo segada la venenosa fuente de las recriminaciones personales. Llamó *boletas de sangre* a las que acordara Rosas donando tierras por servicios prestados a su tiranía, y quedaron proscritas de nuestra legislación. Dijo “*batalla ganada, general perdido*”, días después de una victoria célebre; y se creyó en aquel tiempo que había contribuido con esta frase poderosa a dar dirección a una política hesitante.

La interrupción en el debate no lo estorbaba, y le servía, por el contrario, para embarazar al adversario con una respuesta festiva o fulminante. Habíase propuesto adoptar sin discusión el proyecto de Código de Comercio, y un Senador, conocido por su ignorancia en materias legales, exclamaba: “¿Cómo sancionaremos sin examen, a libro cerrado, un código entero de leyes!” — “¿Para qué abriría el libro el señor Senador, respondía instantáneamente el doctor Vélez, si después de abrirlo va a encontrar que tiene los ojos cerrados?”. Solía a veces decirse que sus estudios jurídicos no eran siempre de buena ley y quiso ponerlo a prueba uno de sus contradictores. Llega el momento. El doctor Vélez cita el jurisconsulto Toullier, y se oye una vez áspera que exclama:

—Es inexacto, no lo dice Toullier.

—Pues si éste no lo dice, lo dice su continuador Troplong, continúa el orador.

—Es también inexacto, replica la misma voz.

—Pues si no lo dice Toullier, contestó el doctor Vélez con acento grave, y no lo dice Troplong, lo digo yo.

Y aguardó la respuesta. Es fama que la contradicción, tan resueltamente provocada, no se hizo escuchar en aquella noche.

VIII

No había terminado la redacción del Código Civil, cuando vino el doctor Vélez a ocupar un puesto prominente como Ministro del Interior en la administración del señor Sarmiento. Tuvimos entonces ocasión para observarlo de cerca. Tenía el doctor Vélez prisa por concluir el trabajo, al que debía confiar la perpetuidad de su nombre, y es a la verdad visible la precipitación del codificador en la última parte de su obra. No era fatiga ni desfallecimiento, pero se sentía urgido por los años, y el doctor Vélez solía decir que el libro más vasto, quedando incompleto, es como un monumento derruido o mutilado. *Finis coronat opus*. El fin no es un detalle de la obra, sino su coronamiento. Ocupábase, sin embargo, de su Ministerio. Era muy matinal en las horas de su despacho, y recordamos haberlo encontrado una mañana caviloso y solo en el Ministerio. “Pienso desde ayer, nos dijo, respondiendo a una interrogación nuestra, sobre lo que este gobierno podría hacer rápidamente y que constituya para el país una gran mejora. Recorro los adelantos modernos: los ferrocarriles son costosos, lentos

en su construcción y requieren capitales ingentes; los Bancos, bajo cualquier forma, no son sino una dilatación del crédito, que no puede ser improvisado por un acto administrativo, y pasando de lo uno a lo otro me he detenido por fin en los telégrafos, que son tan útiles y tan baratos. El ingeniero Monetta calcula el costo de la milla en tantos pesos''. De este razonamiento tan sencillo salió nuestra red telegráfica.

Nosotros no habíamos comprendido el telégrafo hasta aquel momento, sino corriendo a lo largo de las vías férreas y adherido a su servido. El doctor Vélez ejecutó los primeros telégrafos que ligaron entre sí las capitales de las provincias, aplicando ciertos fondos que habían sido incluidos en el presupuesto para *puentes y caminos*; y como fuera reconvenido en el Congreso, por haberlos distraído de su objeto, el doctor Vélez repelió el cargo diciendo que "el telégrafo era también un camino: el camino de la palabra". Se afirmó en el Senado que los nuevos telégrafos sólo servirían para avivar las rencillas de barrios, llevando y trayendo chismes; y el doctor Vélez repuso que contribuirían, por el contrario, a suprimir la vida mezquina de la aldea, sirviendo al mismo tiempo poderosamente para desenvolver el sentimiento nacional. Merced a la red telegráfica que iniciara el doctor Vélez, la vida entera de la Nación afluye hoy sobre el lugar más recóndito y apartado, y es conocido, momento por momento, por sus lejanos habitantes.

IX

Elíjase cualquier escrito del doctor Vélez, el más desaliñado en su estructura, y se le encontrará, más o menos, animado por un pensamien-

to fuerte, o siquiera por una intención que basta para salvarlo de lo insípido o de lo mediocre. Este es su rasgo. Hay meditación o inteligencia en cuanto sale de sus manos. Discútese actualmente sobre la mejor forma de colocar o distribuir la tierra pública, y podrían reproducirse los artículos que ahora veintitrés años escribía el doctor Vélez en *El Nacional*, sobre la materia, porque contienen la mejor doctrina que pudieran nuestras leyes aplicar. Las controversias de nuestros límites territoriales con Chile han venido agitando de año en año durante muchos, y no acertó a salir verdaderamente del cuadro que el doctor Vélez le había trazado en su primero y magistral alegato para abonar nuestros derechos. Hablando o escribiendo, el doctor Vélez pudo ser sofístico y hasta capcioso. No era nunca vulgar.

El doctor Vélez leía constantemente, y nunca se le veía en su gabinete sino con el libro en la mano. El círculo de su lectura no era, sin embargo, extenso. Cultivaba el Derecho bajo todos sus aspectos, incluyendo, por cierto, hasta el derecho canónico mismo y la economía política en su parte doctrinal. Este era el teatro en que se movía habitualmente su pensamiento, y sólo de vez en cuando, para dar expansión a su espíritu, acudía a algún libro de historia, como la del *comercio* por Sechers, o de la *civilización* por Buckle. En los últimos años estudió la marcha constitucional de los *Estados Unidos*, de donde tuvo origen el magistral prefacio que escribió para presentar al público la traducción de Curtis, verificada por el doctor Cantilo.

Pero el doctor Vélez no leyó jamás un romance o una novela vieja o nueva, ni aun el *Quijote*, ni aun la *Corina* de Mad. Staël, que hacía prorrumpir en delirio de admiración a los jóvenes

de su época. No conocía una escena de Molière, sino al través de las comedias de Moratín, que había visto representadas en el teatro!

¿De dónde rebosaba, sin embargo, en su espíritu la savia cómica? ¿De dónde venía esa profusión de dichos agudos, picarescos, penetrantes o burlescos que chispeaban en su conversación? He ahí lo que ha desaparecido desgraciadamente, y para siempre, con el doctor Vélez, es decir, la faz, si no la más luminosa, a lo menos más delicada de su inteligencia y a la que por falta de preparación literaria o de ocasión, no alcanzó a darle manifestación durable.

De esta suerte, la posteridad más próxima no llegará a saber como nosotros, sino por accidente y con asombro, que dentro del grave y profundo autor del Código Civil había un hijo perdido de Terencio o de Molière, que no acertaba a olvidar su ignorado origen, ni aun bajo las alas señolientas de la musa del protocolo. El caso no es, sin embargo, único. ¿No ha descubierto Savigny en su libro de los glosadores que el famoso Accurcius de la escuela de *Bolonia*, cuyos inmensos infolios han hecho crujir la biblioteca durante siglos, se mostraba un hombre del ingenio más agudo cuando hablaba sueltamente fuera de las compresiones del magisterio de la doctrina, como lo insinúa uno de sus contemporáneos? *Vir acutissimus in sermone libero*. El chiste malicioso se desbordaba también de los labios galos de M. Dupin, y este es otro punto que viene a establecer una semejanza entre los dos jurisconsultos.

X

No hablamos de las leyes trascendentales que en el sistema interno de la Provincia de Buenos

Aires llevan el nombre del doctor Vélez, porque no se presta su exposición al carácter rápido de este escrito. Nos referimos a las dos leyes con que en Enero y Octubre de 1854 fué reorganizado el Banco de la Provincia, y que han sido el punto de partida y la fuente de su grandeza actual.

No son una obra laboriosa de legislación, porque las verdaderas fuerzas económicas y sociales pueden ser puestas en movimiento con resortes muy sencillos. Constan las dos de unos pocos artículos. Por una se le daba cierto régimen independiente a la administración del Banco, para inspirar confianza, sustrayéndola a la acción caprichosa o varia de los gobiernos. Se constituía por la otra una caja de depósito a fin de atraer los ahorros de todas las clases sociales y devolverlos por el préstamo fácil a los industriales o al comercio. Debe mencionarse igualmente la ley sobre redención de capellanías que dejó libre la circulación de la propiedad raíz, completando el acto legislativo que prohibía las vinculaciones del suelo, que es uno de los timbres de honor que ostenta la célebre Asamblea de 1813.

Hemos señalado en otra ocasión la influencia que el doctor Vélez ha ejercido en nuestros estudios jurídicos por la publicación del G. Meyner, del Prontuario de Castro, de las Anotaciones y Apéndices de Alvarez, y, en fin, por su obra original sobre el derecho público eclesiástico, cuya importancia trasciende más allá de las aulas.

Hemos procurado también en esa vez acentuar con algunos toques su fisonomía de jurisconsulto. Nada sustancial podríamos agregar y no hay objeto en repetirlos (1).

(1) Avellaneda, Escritos. Volumen I., págs. 69 al 80.

Recordaremos solamente haber dicho que el doctor Vélez en sus últimos años era un jurisculto de la escuela de Savigny, y que creía en la inminencia o perpetuidad del derecho romano, no marcando, según sus doctrinas, las legislaciones posteriores, sino las épocas sucesivas de su desarrollo. Recogemos este rasgo porque creemos que la concepción savigniana del derecho se amoldaba de todo punto a su índole intelectual.

El doctor Vélez era nuevo, sin haber dejado de ser viejo. ¡Cuántas veces le hemos visto pasar de una página de Menochius a otra de Mittermayer, sosteniendo que la obra de éste no era sino un desarrollo de la de aquél, después de tres siglos! Acaba de decirse en una Revista jurídica que el Código del doctor Vélez nos ha hecho romper con la tradición legislativa para adoptar la legislación francesa. Es un error. Para el codificador argentino, el Código de Napoleón no es sino una faz del derecho romano, cuyos adelantos busca en las leyes de Bélgica, de Francia y en las doctrinas de los juriscultos de Alemania, sin preocuparse de su raíz propia o nacional.

Concluyamos: Pueblos apartados y nuevos como el nuestro no alcanzan a servir sino muy difícilmente de pedestal, para poder llevar su contingente al movimiento científico; y las tentativas que en este sentido se han hecho no muestran sino la esbeltez y la lozanía del ingenio argentino.

Falta como atmósfera la tradición científica, que es una guía; y como elemento individual y de preparación la disciplina de los estudios profundos. No hemos cultivado desde la Colonia sino una ciencia: la del Derecho; y no estamos, en consecuencia, habilitados sino para producir un jurisculto.

Lo hemos dado a nuestra época y debemos quedar contentos. El Código argentino es uno de los más vastos repertorios del derecho que puedan ser consultados, y el nombre de su ilustre autor empieza a ser mencionado por todas partes entre los jurisconsultos de nuestro siglo.

El doctor Dalmacio Vélez Sársfield es sin duda el más importante entre los hombres de letras que pertenecen a nuestros tiempos intermedios, es decir, de los que nacieron en la Colonia, estudiaron en las Universidades escolásticas y tuvieron que adaptar sus conocimientos a las nuevas necesidades de estos pueblos transformados por la Revolución. El doctor Vélez llevaba sobre sí, física y moralmente, este doble sello: en su porte, que era doctoral y un poco *criollesco*; en sus modales, que eran tal vez inferiores a su cultura intelectual; y en su elocuencia misma, que era el producto de altos estudios, mezclándose a formas, acentos y hasta frases que el refinamiento social había suprimido. De este conjunto salió esa su fisonomía tan curiosa como característica.

La figura original de nuestro sabio codificador no volverá a reproducirse. Las generaciones nuevas han hecho su pleno advenimiento, y el molde singular en que fué vaciado ha sido roto.

Mayo 5 de 1884.

DOMINGO F. SARMIENTO

CARTA AL DOCTOR VALLEJO

Al fin puedo escribirle... Créalo: mis ocupaciones y la agitación en que vivimos no me han permitido hacerlo. La política bien puede ser una distracción para los espíritus frívolos, incapaces de apasionarse por nada; pero es matadora, absorbente, para los que llevamos a ella convicciones profundas, sinceras y el verdadero amor de nuestro país. Se necesita para esto un temple de alma, una robustez poderosa, como la de Sarmiento, que después de haber trabajado y escrito más que todos nuestros publicistas juntos, se halla aún con el mismo entusiasmo del principio de su carrera.

Vivo en medio de todos estos hombres, que tan grandes nos parecen vistos desde allá; los observo, los toco a cada momento, en sus defectos, en sus calidades, y puedo hacer el inventario de cada uno, exceptuando a N. N., a quien no he querido tratar (1).

Usted deseará conocerlos al través de mis impresiones, sorprendidos en los entretelones, fuera de la escena, sin el gesto convencional, la expresión estatuaria que dan a sus fisonomías para

(1) Esta prevención juvenil persistió en el doctor Avellaneda, pues nos consta que jamás hizo amistad, ni mantuvo trato social con el personaje aludido. — (N. del E.)

mostrarse al público. Voy a satisfacer su curiosidad, prometiéndole independencia en los juicios y prolijidad en las informaciones...

Desde luego, le diré sinceramente que en toda esta pléyade de políticos y escritores sólo descubro un hombre superior: Sarmiento. Prescinda usted de sus rudezas y exuberancias verbales, que tanto deslustran los escritos que diariamente se escapan de su pluma, para mezclarse a los sucesos, a la opinión, y ayudarlos a producirse, y usted reconocerá conmigo que tiene la dote característica del hombre superior: Ha dado su pensamiento a la época.

¿Quién nos había señalado antes que él la verdadera significación de nuestros fenómenos nacionales?

La guerra social soplaba por todas partes, todos los vínculos se rompían, las campañas se alzaban contra las ciudades, y éstas guerreaban entre sí; y para explicarnos el caos, la disolución y la sangre, sólo teníamos preconizadas por Zuviría y por Frías, que sigue sus huellas... las doctrinas de la teología moral sobre el desenfreno de las pasiones, la corrupción de las costumbres... y demás lugares comunes. ¡Venerables lugares comunes, que disimulan en la sonoridad del discurso la ausencia de observación y de pensamiento!

Sarmiento ha sido el primero en explicarnos el carácter de nuestras luchas; y desde el *Facundo* ya sabemos por qué peleamos, cuáles son los elementos enemigos, rivales que trabajan la vida de nuestra sociedad, y cuál la política y los principios que deben adoptarse para salir del *Infierno* que atravesamos.

Sarmiento tiene también otras credenciales de gloria que son imperecederas. Él ha sido en la

América del Sud el apóstol de los principios económicos que están llamados a cambiar la faz de este continente desierto. El primero que pidió la libre navegación de los ríos, la supresión del pasaporte, de todas las trabas fiscales, para que se muevan libremente los hombres, las mercaderías, las ideas; la abolición del sistema enfiteútico, que perpetúa el feudalismo y la estancia salvaje y solitaria, para ser reemplazado por el arrendamiento libre y la propiedad barata, que poniéndose al alcance de todos, puede hacer a todos propietarios y trabajadores.

La iniciación de este solo orden de ideas basta para asegurarle a Sarmiento notoriedad histórica; como aquel otro título que para mí eclipsa a los demás, el de haber sido el primer propagandista de la educación primaria en este país, envuelto en sombras, en el que todavía se suceden los accidentes trágicos de la Conquista, en el que siguen disputándose la posesión de su suelo el europeo analfabeto y el indígena salvaje. Cuando Sarmiento me habla de educación, de instrucción popular, se me representa un vidente, un iluminado, e inspira a mi fervor intelectual y patriótico anhelos sinceros de continuar con todas mis armas peleando la gran cruzada, aunque mi palabra y mi acción se reduzcan a un simple grito de fe, a un relámpago más en medio de la vasta tormenta (1).

Los progresos de la educación en Chile le son debidos, lo mismo que Buenos Aires le deberá los suyos... y después de un siglo, cuando nuestro gaucho, descendiendo de su caballo, y el com-

(1) Sarmiento, nueve años después elegido Presidente de la República, confió al doctor Avellaneda el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, que lo desempeñó durante casi todo su gobierno. — (N. del E.)

padrito, abandonando las *orillas*, encuentren en la escuela la revelación de sus deberes y derechos ciudadanos; cuando la República entera sea un centro de atracción de todas las fuerzas vivas y civilizadoras del mundo, entonces se reconocerá que Sarmiento ha sido el artífice más decisivo en esa obra de cultura y de regeneración.

No debemos tampoco olvidar, en lo que a nosotros los argentinos afecta, que Sarmiento ha sido el primer expositor del régimen federal, como experiencia y como doctrina; el primero que nos ha explicado las instituciones norteamericanas, que las conoce mejor que los jueces de la Corte Suprema de Washington.

Voy ahora a marcarle, con algunos rasgos, sus hábitos intelectuales y procederes literarios. En esto es originalísimo. Desde luego, verdadero autodidacta, no acepta, ni ha soportado nunca, la influencia de las disciplinas científicas. Se ha desviado de la fuente en que todos bebemos; no sigue leyendo los autores franceses que, dice, nada de estable han sabido fundar. Para él la ciencia está en la Alemania; la tradición de los derechos y de las libertades públicas en Inglaterra y Estados Unidos; y, como consecuencia, me aconseja la lectura única de libros alemanes e ingleses.

Procediendo de estos orígenes, Sarmiento profesa opiniones extrañas, profundas, que colocan la historia de las ideas y de los desenvolvimientos progresivos del espíritu humano sobre otras bases que las que todos conocemos. No entro a repetírselas detenidamente, porque se haría muy larga la disertación; pero veamos un ejemplo: ¿qué es para Sarmiento la Revolución Francesa? Lo que usted no se imagina. No la humani-

dad, que se detiene en su camino para proclamar los derechos augustos que ha conquistado en su calvario de diez y ocho siglos; no el triunfo del principio cristiano, que se apodera de un pueblo para que lo realice y lo propague por el mundo; sino únicamente la pasión por una idea que ya había dejado su luz esplendente en otras páginas del mundo y de la historia: un motín de estudiantes sublimes que pusieron en delirios a la Europa!

Y Sarmiento tiene razón. La proclamación de los derechos de los pueblos y del hombre pertenece a un movimiento consumado ya en la humanidad hace tres siglos, no a la Europa sino a la América, y es obra de los viejos y fervientes Puritanos que abandonaron el antiguo continente en busca de libertad para sus opiniones y sus creencias.

La declaración de los derechos del hombre, que era el evangelio de la Revolución Francesa, usted la encuentra en la primer Constitución que ha aparecido en el mundo, en la del Estado de Massachussets, de donde la tomó Sieyes palabra por palabra. Los revolucionarios franceses, aparentando romper con las tradiciones de la humanidad, sólo fueron unos plagiarios.

Así el movimiento de los pueblos modernos por el camino ascendente de la libertad y del derecho, puede resumirse desde la Edad Media y fijarse por los siguientes jalones: la personalidad, la conciencia del *yo*, el propio sentirse, como dicen los alemanes, desconocido de las sociedades antiguas que absorbían y sacrificaban al individuo — introducido, implantado en la Europa por la virilidad de la raza germánica; — la emancipación religiosa de la conciencia, operada por esta misma raza y, como continuación

del mismo movimiento, el primer paso dado por la anglosajona en el establecimiento de los derechos políticos. De aquí partieron los Puritanos, víctimas de la opresión y de la guerra en su país. Mientras las luchas religiosas desgarraban a la Europa, ellos desde el fondo de sus bosques las declaraban criminales e imposibles, estableciendo la libertad sin restricciones de la conciencia; y sin detenerse allí, de lo individual subieron a lo general, y después de haber sancionado los derechos del hombre, todos los que reclama el libre desenvolvimiento de su personalidad, de su pensamiento y de su conciencia en todas las manifestaciones posibles, concluyeron proclamando la soberanía de los pueblos.

Lea, querido amigo, la admirable Constitución de Massachusets, y verá que todo lo que hubo de santo y de verdadero en la explosión de las ideas francesas, fué tomado de allí. Lea usted las *Instituciones puritanas* de Wilson y los *Comentarios* de Story, y descubrirá que no hay derecho del hombre o de los pueblos que no haya sido proclamado antes que en Europa entre las selvas solitarias de la América.

La vuelta de estas ideas a la Europa, de donde habían salido en germen, produjo el incendio de la Revolución Francesa, que lógicamente ha dejado destrucción y cenizas en su camino. La Revolución Francesa se apoyaba en base falsa y deleznable, — como yo se lo he demostrado a Sarmiento, para que complete sus teorías, — y es la abjuración del pasado, con el que los pueblos no pueden romper sin precipitarse a los abismos; y es la resurrección de un viejo error, que tal vez se armonizaba con las condiciones de vida de las sociedades antiguas, pero que es la muerte de los pueblos modernos: me refiero a

la omnipotencia del legislador, llámese pueblo o rey, para suprimir o crear de un golpe leyes, instituciones; y es también, en sus conatos por establecer su universalidad en todos los países, el desconocimiento completo de lo que el derecho, la libertad, el régimen de gobierno, tienen de local, de especial, subordinados a contingencias temporales y a la idiosincrasia de los pueblos. Estos falsos puntos de partida, que abren libre campo a las utopías, a los plagios exóticos, son los que han ensangrentado la Europa y la América.

La raza germánica, fiel a su misión secular, se ha apresurado a cortar las alas de esas quimeras; y ella, que había introducido el sentimiento de la individualidad, es la que también ha demostrado lo individual del derecho, para que no se sacrifique la existencia del hombre y de las naciones a engañosas teorías. Es la escuela histórica de la Alemania la que ha mostrado con la historia del mundo que el derecho, como el idioma, es una encarnación de la vida de los pueblos, de su carácter, de sus hábitos, de sus transformaciones sucesivas, de los respetos que se deben al pasado, con el que marchan inflexiblemente ligados; y probado también que no se puede sacarlos de los cimientos seculares de su existencia, sin hundirlos en precipicios sin medida. Es de la Alemania, de esa escuela histórica, de donde han surgido las ideas directivas que señalan la orientación mental del siglo. De ahí el cambio operado en las altas regiones de la legislación y de la política; el adiós a la omnipotencia del legislador, a las teorías absolutas, y los pueblos puestos en camino de buscar las instituciones que sean más adecuadas para asegurar su progresivo desenvolvimiento, aunque no

realicen el ideal de perfección de los ideólogos franceses. De ahí el nuevo carácter que desde Hegel reviste la crítica literaria, que busca también en las grandes obras lo que se había buscado en el derecho: las manifestaciones del genio nacional, que sintetiza la vida, el carácter de los pueblos en las producciones de sus grandes escritores y que explica a los unos por los otros. De ahí la nueva manera de escribir la historia, que dejó de ser la crónica pálida de los hechos, para convertirse en análisis profundos del carácter y el sello que tienen los pueblos y las razas, para mostrar el proceso peculiar de las ideas políticas y económicas que se ha operado en su seno.

¡Cosa sorprendente, y que sin embargo la explican los antecedentes que tan sumariamente le acabo de apuntar! El espíritu francés, tan altamente dotado de sentido práctico y de fino criterio, partiendo de las falsas ideas de su revolución, fué a extraviarse en la utopía socialista, que no es sólo la negación del pasado, sino de los principios sobre los que reposa la vida de las sociedades; y después de sacudir el amable yugo, retórico y seductor, de los Luis Blanc, Ledru Rollin, Flocón, ha ido a caer en el plebiscito de 1851, para sacar del fondo de las urnas el poder absoluto y las pesadillas sangrientas de la epopeya napoleónica. Mientras tanto, el espíritu alemán, tan abstracto, tan ideal como es, partiendo de una certeza, — el sentimiento individual del hombre y del derecho, que es su consecuencia, — ha venido a establecer la única y verdadera base sobre la que puede descansar la existencia de los pueblos, su legislación, sus instituciones y sus progresos...

Sarmiento siempre instruye, pero a veces no

me convence. Discutimos, y el egotista intemperante, orgulloso, que denuncian las crónicas, me escucha... Es que el orgullo, mi querido amigo, sólo resulta funesto para las almas vulgares. Ayer, en nuestra larga charla, hemos disentido. Voy a repetirle mi alegato, porque el tema es de actualidad palpitante, y después me complacería mucho conser su juicio.

La célebre autora de *La cabaña del tío Tom* había escrito en su popular novela esta frase: "Hoy los pueblos se constituyen en un solo día; la civilización y la ciencia han resuelto ya todos los problemas concernientes a la organización de las sociedades, y no ha quedado a éstas otra tarea que la de elegir, entre las soluciones, la que más les convenga".

¿De dónde venía esta sentencia, que parece sujetar la vida, el desarrollo, la educación y el progreso de los pueblos, a reglas ya encontradas y a fórmulas empíricas?

Era el deslumbramiento de una gran obra. Los hijos de Washington, al abrigo de su célebre Constitución, habían realizado una historia maravillosa de acrecentamiento social y de fuerzas desenvueltas en el hombre mismo, y su orgullo los inducía a presentar al mundo su ley fundamental, no solamente como la base y el emblema de su portentosa suerte, sino como la panacea llamada a curar las dolencias de todos los pueblos.

Sea o no exacta esta explicación, lo cierto es que la novela de Mrs. Stowe, — libro admirable de efusiones santas y de bellezas, pero sin *arte*, al sentir de George Sand, y que por lo tanto era por sí mismo una protesta contra el empirismo de las reglas *a priori*, — fué rápidamente leída por la Europa culta, y volvió, precedida por su

aplauzo, a la América bárbara. Por ese entonces ya existía en el Paraná el caduco Gobierno de la Confederación, y sus hombres de Estado, viviendo en una aldea, impotentes para obrar por falta de elementos, ocupaban sus ocios leyendo romances, de los que recogían, a veces, algunas frases sonoras con que entretener la expectativa de los pueblos. El Presidente de la Confederación dirige un día un mensaje al Congreso, y la frase de *La cabaña del tío Tom* aparece allí en uno de sus párrafos más prominentes. Sarmiento, entonces en Chile, redactaba *La Crónica*, y al leer el documento gritó: *al plagio*, dedicándole un artículo.

¿Por qué Sarmiento notaba lo que había pasado inapercibido para los otros? Es que la idea expresada por Mrs. Harriet Beecher Stowe le preocupaba precisamente en aquellos momentos, dando hasta dirección a sus estudios. Meses después hacía aparecer un libro: *Comentarios de la Constitución*, y en su primera página se leía: ¡Eureka! el grito de júbilo por la gran solución hallada.

¿Cuál era esta solución? Sarmiento decía: “Hemos copiado literalmente la Constitución norteamericana, y de esta suerte nos hemos apropiado en un día lo que allí ha sido la elaboración lenta de muchos años, la jurisprudencia formada por los tribunales, las doctrinas de sus publicistas y, por decirlo de una vez, todo el saber constitucional de un pueblo, que es hoy el primero en la realización de la vida libre”. ¿No parece que mientras se escribían estas líneas, su autor ha debido estar repitiendo el período de Mrs. Stowe: “Hoy los pueblos se constituyen en un solo día?” Las palabras de Sarmiento son visiblemente la amplificación y el comentario.

Sarmiento no ha necesitado, sin embargo, vivir muchos años para ver cuán frágil es una organización política que sólo se apoya en la sabiduría extraña. ¡Ah! cuántos como aquel guerrero de Ossián, al tender los brazos en las tinieblas, sólo encuentran los huesos de sus antiguos compañeros!... He puesto delante de sus ojos nuestras crisis y desgarramientos de ayer, de hoy; nuestros hombros doblados y las heridas abiertas, sin cicatrizar, y he podido decirle: luego entonces, señor Sarmiento, los pueblos no se constituyen en un solo día, y es falso que baste repetir una ley extraña para apropiársela con su jurisprudencia, con su doctrina, que la hacen ley viva allí donde ha surgido, sin copiar ajenos modelos, como un producto de los hombres y de las cosas.

Sarmiento queda con la palabra, y hará uso de ella en la próxima... carta.

El doctor Pérez ha tenido la bondad de hacerme notar que Sarmiento frecuenta más el Estudio desde que me trata, y que es visible el agrado con que conversa y discute conmigo. Y su amabilidad ha llegado hasta repetirme conceptos elogiosos que, le confieso ingenuamente, me han llenado de satisfacción, y que he aceptado como un generoso estímulo, porque el incienso que descende de lo alto se puede aspirar sin peligro de marearse.

La verdad es que, sin que me detengan las prevenciones que le suscitan las inconductas reales o imaginadas que le atribuyen, las naturales resistencias que provoca su combatividad militante, atropelladora, yo me le he acercado francamente, atraído, conquistado por la irradiación luminosa y vibrante de su genial talento.

Cuando empecé a escribir estas líneas me

animaba el deseo de hacer desfilar ante usted todos los personajes que surgen con más relieve de los sucesos contemporáneos, y recién me apercibo que en esta larga carta sólo me he detenido en Sarmiento, sólo me he ocupado de las ideas que me sugiere en nuestras sabrosas y frecuentes charlas. Y será éste el mejor testimonio de todo lo que me atrae, de todo lo que me interesa el autor de *Facundo*.

.

Buenos Aires, 1859.

MAMERTO ESQUIU

I

Todos lo llamamos instintivamente después de muerto con el nombre que ilustró durante su vida. Se prefiere recordar sobre el obispo al monje austero y sencillo, laureado por ese rasgo de la abnegación sublime, que era el rayo de luz celeste descendido sobre su oscura celda.

La abnegación: he ahí su porción de don divino; y la reveló desde la juventud rehusando el obispado del Paraná, renunciando el arzobispado en su edad madura, y sólo aceptando más tarde el de Córdoba después de una primera repulsa, para obedecer a la voz augusta que venía de Roma.

Hubo también en su vida otra renuncia que contaremos más tarde, y fué sin duda ésta la más profunda y dolorosa. Tenía treinta años, y en un día para él tan supremo como aquel otro en que pronunciara delante del altar sus triples votos, renunció a los esplendores de la elocuencia, que era la voz nativa de su alma, a los atractivos de su fama naciente que se propagaba por la América, y al cultivo tan penetrante de aquellas letras profanas cuyo recuerdo atormentaba tanto a San Jerónimo, como el de las danzas romanas, atravesando los desiertos de la Siria y de la Judea.

“Me sentí transportado en espíritu, dice el gran santo en uno de sus admirables relatos, delante del Tribunal del Juez Supremo. Una voz me preguntó quién era. — Yo soy un cristiano, respondí. — Tú mientes, dijo el Juez Supremo. Tú eres un *ciceroniano* y no eres un cristiano.—Donde está tu tesoro, allí está tu corazón”.

II

El Padre Esquiú no frecuentó estos caminos del mundo que vienen llenos de gente, y son pocos a la verdad los que fueron admitidos a su trato amistoso. Pero quien lo vió y lo oyó, no pudo más ya olvidarlo. Dejaba tras sí una impresión indeleble, en la que un sentimiento de ternura respetuosa se mezclaba a cierta curiosidad del espíritu por conocer los movimientos de esta inteligencia tan elevada como reflexiva.

El señor delegado Mattera lo llamaba el “Santo obispo de Córdoba” desde que lo conoció. El internuncio en Río de Janeiro no podía apartarlo de su memoria, y lo mencionaba a cada momento en sus conversaciones sobre los hombres de estos países. Aquí mismo tenía un grupo de personas que lo seguían fielmente con su pensamiento y hemos pasado muchas horas con José Manuel Estrada o con Pedro Goyena, recordando palabras que le habíamos oído, leyendo sus *Pastorales* al clero de Córdoba, o contando los pormenores de su vida de obispo, en la que le sobrevénían a cada momento la desnudez y la miseria ocasionadas por su ardiente caridad.

Buscamos en el pasado otro hombre con quien compararlo, en el que la santidad del alma, la pureza de las costumbres, la afabilidad de la voz

se unieran a la más alta distinción intelectual, y nos detenemos delante de aquella figura seráfica de San Francisco de Sales, el autor de la *Introducción a la Vida Devota*, que se despertaba asociando a los ruidos y perfumes de la mañana estas palabras: “Me siento hoy más amoroso de las almas”.

El Santo le excedía en el conocimiento de los hombres, y sabía tal vez más ser obispo. Pero le eran comunes los dones afectuosos del alma, la conversación fina y suave, transparentando a ocasiones cierta malicia y llena de “esas expresiones tenues, simples, delicadas, que no pueden repetirse después que han pasado”. Estas palabras no son de uno de esos artistas o críticos conocidos, como Sainte-Beuve, sino del mismo Francisco de Sales.

Léase el escrito familiar más pequeño del Padre Esquiú, y se le encontrará penetrado de la unción más tocante. He ahí un billete que la casualidad pone en nuestras manos:

“Mi muy respetada señora:

“El señor D. D. me entregó la muy apreciable de usted con la limosna de dos mil pesos bolivianos para las necesidades de esta iglesia. Sé que la bondad de usted llega hasta el punto de no exigir cuenta de la inversión de aquella cantidad; pero usted me hará la gracia de permitirme que para satisfacción mía se la presente. Y además, ¿por qué no ha de gozarse su noble corazón en la vista de las necesidades que ha socorrido su generosa piedad?

“Por mi parte, le quedo doblemente agradecido: lo primero, por el socorro que usted ha

“ hecho a necesidades que son mías; y lo segundo, por la confianza con que me ha honrado cometiéndome la distribución de tan valiosa cantidad.

“ Al hacer las distribuciones que se señalan en la adjunta lista, he tenido cuidado de dar aviso de su procedencia, y encargar que rueguen por el descanso del alma de su finado esposo; pero puedo asegurar a usted que de nadie es tan propio este deber como de mí, y que ninguno de los agraciados siente más fuerte obligación de gratitud que yo.

“ Quiera usted aceptar este humilde tributo de reconocimiento con los sentimientos del más profundo respeto y los más vivos deseos de recibir sus órdenes”.

FRAY MAMERTO, *Obispo*.

III

Cuando el Padre Esquiú subió al Obispado después de su resistencia y por obediencia, la expectativa fué grande.

No era personalmente conocido por el pueblo de Córdoba, ni por su clero, y éste como todos los que tienen tradición, estudios y reputaciones propias, ha sabido mostrarse receloso para los prelados que vienen de afuera. El clero se hallaba dividido, y el nuevo obispo no quiso ser informado sobre estas discordias. Se le dijo sin duda que era necesario, según la regla tradicional, apoyarse sobre el Cabildo de los Canónigos para gobernar la diócesis, y nada hizo sin embargo por granjearse sus simpatías.

El Padre Esquiú sólo quiso hablar desde la

cátedra y por la admonición de sus Pastorales, y redactó las dos que corren impresas con el nombre del Clero de Córdoba y que los eclesiásticos debieran siempre meditar, — porque no se han escrito después de Bortaloue exhortaciones más solícitas para encarecer la sublimidad de su ministerio, — y que pueden también ser con provecho leídas por todos, para admirar siquiera el raro y profuso conocimiento de los Padres de la Iglesia.

El Padre Esquiú se impuso a todos, no por sus artes de gobierno, sino por el espectáculo de sus virtudes. Pero ¿no constituyen éstas para un Obispo el arte supremo? Sobre todas las advertencias de una habilidad que, aunque eclesiástica, será siempre más o menos mundana, prevalecerá en cualquier ocasión el consejo divino de San Pablo en su carta a Timoteo: *Oportet episcopum esse irreprehensibilem*. Conviene que el Obispo sea irreprehensible. El Obispo Esquiú lo fué, y todas las críticas enmudecieron al verlo tenderse por las noches sobre el pavimento desnudo, cruzar los ásperos senderos de la sierra buscando al enfermo o al menesteroso, y no tener en su caridad límites, porque no se reservaba para sí ni aun lo necesario.

IV

No queremos repetir lo que tantas veces se ha escrito: la explosión de entusiasmo con que fué saludado el joven orador que apareció de improviso en Catamarca, pronunciando aquellos dos discursos patrios que conmovieron toda fibra argentina y que corrieron rápidamente por la América.

Recordemos algunos hechos. El doctor Carril, que ejercía a la sazón el Poder Ejecutivo de la Confederación, se levantó con ademán *rivadaviano* y abrió con un decreto pomposo la pila bautismal de la gloria al nuevo orador. El doctor Vélez Sársfield redactaba *El Nacional*, y exclamó en sus columnas: “¿de dónde nos viene esta gran voz? Allí donde ha resonado, aunque no haya sino una aldea con chozas, existe un pueblo culto”. El señor Lafont, hombre de activos negocios, pero místico y ardiente, emprendió un viaje hasta Catamarca para conocer al Padre Esquiú. El doctor Navarro Viola insertaba en *El Plata Literario* la peroración del discurso de Esquiú, para ponerla al frente de otra de Bossuet, sin que aquella palidciera en la comparación. El pensamiento argentino no había a la verdad campeado por mayores alturas, ni héchose visible bajo la forma más grandiosa de expresión.

La fama del orador fué creciendo y circulando como la de todos los grandes oradores, en alas de los vientos que transportan sus palabras de un lugar a otro.

La ciudad de Tucumán solemnizaba algún tiempo después la inauguración de su Iglesia Matriz, y Esquiú fué llamado desde Catamarca. Apareció en el púlpito de la nueva iglesia, y preguntó, comprimiendo los brazos sobre el pecho y con una voz cuyos acentos no hemos olvidado después de tantos años: “¿Qué es el templo? ¿Qué es la patria?...” Explicó con magnificencia el dogma cristiano de un Dios encerrado bajo formas visibles en el Tabernáculo, — la solidaridad en el bien, en el dolor, en su destino inmortal, de las generaciones que vienen unas en pos de otras a postrarse bajo las sagradas bóvedas, — y volvió a resonar en sus labios “el grito del

patriotismo heroico que treinta años antes había sido arrojado en aquel mismo recinto, haciendo alborear los horizontes oscuros de medio mundo''.

Pero no nos ocupamos del orador. Esta tarea ha sido desempeñada ya por el doctor Goyena con un éxito que sería después de él difícil alcanzar. Nuestro propósito es más pedestre. Consignamos impresiones o recuerdos personales, sin temer siquiera su trivialidad. Referimos así a los curiosos que el Padre Esquiú tenía sobre su mesa, en el convento de Tucumán, los siguientes libros: el volumen segundo de la *Filosofía fundamental* de Balmes, el *Ensayo sobre el Cristianismo y el liberalismo* de Donoso Cortés, las *Matemáticas elementales* del Padre Justo García, la *Imitación de Cristo* y un tomo del *Diccionario de Agricultura* de Rosier, que fué traducido al español durante el reinado de Carlos IV y que hacía recordar que el Padre había nacido en una familia de humildes labradores (1).

V

Hagamos ahora un poco de historia claustral para contar cómo se había educado el Padre Esquiú y decir quiénes fueron sus maestros en el convento de San Francisco de Catamarca.

Llama la atención, y suele ser para muchos materia de investigación, el averiguar cómo pudo mantenerse cierto grado de cultura en las provincias del interior, atravesando durante cua-

(1) Era hasta ahora pocos años tan grande la escasez de libros en los pueblos del Interior, que es a la verdad un asunto de investigación sería el saber lo que un hombre leía, y sobre todo tratándose de un fraile que vivía en el aislamiento de su convento, fuera del comercio de las gentes.

renta años los sacrificios de la guerra de la Independencia, los despedazamientos de la anarquía, las visitas de las ciudades por las hordas bárbaras, y el gobierno indio de los caciques cuando se apoderaron de los pueblos.

En el hogar de la familia, extenuada por los destierros y las muertes, o empobrecida por la guerra, debía sin embargo transmitirse alguna educación oral.

Por aquí, por allá, la vista descubre este u otro elemento de comunicación intelectual: la Universidad de Córdoba, con sus atrasados métodos, sus catedráticos sin literatura y sin ciencia, pero poseídos altamente del honor universitario que los llevaba a dar sus cursos por años enteros sin recoger un salario; la escuela gratuita de Beltres en Tucumán, que remontaba en su origen a una munificencia de Belgrano; la clase de gramática regentada por Cabezón en Salta, y que ha sido descripta por el canónigo Gorriti; y, por fin, la célebre aula de gramática latina en el convento de San Francisco de Catamarca. ¿Qué es todo esto? Son los faroles de papel en las aldeas, que sirven sin embargo al viandante para no hundirse en las tinieblas de la noche.

Era a la verdad famosa esta clase de gramática latina en el convento de Catamarca: atraía alumnos desde las provincias vecinas y suscitó allí mismo un gran conato de educación.

No hay hijo de un labriego catamarqueño que no haya en aquellos años aprendido latín. Fue fundada por el padre Ramón de la Quintana, que había antes figurado entre los Recoletos de Puenos Aires y que traía desde España su alta reputación como latinista. Córdoba mantenía el brillo de sus grados y el ruido de sus conclusio-

nes filosóficas y teológicas, pero era necesario pasar por el aula de Catamarca para saber latín. "En Córdoba sólo se enseña latín *salamanquino*", decía el Padre Quintana (1). Citaremos nombres.

Concurrían al aula de Catamarca, viniendo desde Santiago del Estero: Amancio Alcorta y los Achával; desde Tucumán, Salustiano Zavallía, el doctor Alurralde, los presbíteros Colombres, los Alkaine, el Padre Romero; desde la Rioja, Portillo y el Padre Barros; y se reunieron en Catamarca sobre las mismas bancas con Barros Pasos, Avellaneda, Sosa, González, Dulce, Cubas, Espeche, Herrera... y los nombres se agrupan numerosos bajo la pluma, porque son los mismos que figuran en el martirologio argentino cuando Catamarca entregó seiscientas cabezas al verdugo!

¡El Padre Quintana enseñando latín y haciendo respirar a sus discípulos el aire de la antigüedad, había formado héroes y mártires!

VI

No quiero desviarme de mi intento. El convento de Catamarca creció en importancia. A la clase de gramática se arrimó una de filosofía escolástica y más tarde otra de teología. Los estudios estaban ya completos para que el novicio pudiera ser promovido a las órdenes, y tan cierto es que el cultivo intelectual hace sentir su poder por dondequiera, que fué desde aquel momento y por muchos años preponderante la influencia del convento de Catamarca en toda *Pro-*

(1) No decimos "salmantino", para repetir la propia palabra de que se valía el Padre.

vincia argentina. Los discípulos se hacían lectores, y éstos ascendían pronto a las prelaturas de los conventos.

Fray Wenceslao Achával, obispo dignísimo hoy de Cuyo, era lector de filosofía y tuvo por discípulo predilecto al Padre Esquiú. Vivía maravillado por la precocidad de su inteligencia, y penetrado de ternura por la suavidad purísima de su carácter. “Su palabra es de miel”, decía Achával en una carta que hemos tenido a la vista. Alentó sus estudios, protegía su contracción dispensándolo de ciertas reglas de la orden, y vaticinó sus progresos hasta que pudo colocarlo, muy joven aun, como sustituto en su propia cátedra, repitiendo tal vez aquellas palabras sagradas que según la tradición fueron también dichas por Bourdaloue, al presenciar los primeros triunfos oratorios de Massillon: *Illum oportet crescere, me autem minui*. A él le toca ya en adelante agrandarse y crecer; a mí disminuir hasta desaparecer!

Mencionaremos un hecho característico. Despiértase cierta competencia en el clero de Catamarca para con el Convento, y se funda un Colegio eclesiástico. El Padre Esquiú es no obstante llamado a enseñar el curso de filosofía. ¿Cuál será el texto que se adopte? Jacquierí, dicen unos; el Padre Lorenzo Altieri, sostienen otros; ambos pertenecieron a los Padres mínimos y son los autores tradicionales de la orden seráfica. Pero Esquiú, que empieza a tener autoridad, dice resueltamente: Yo propongo otro autor.—¿Cuál? — Balmes. Se trata de un autor desconocido. Pero Balmes es católico, presbítero y profesor en el Seminario eclesiástico de Vich. Quedaría adoptado si no surgiese una dificultad. Está escrito en español, y la filosofía debe ser aprendida en latín.

El Padre Esquiú abrió su curso dictando a los alumnos día por día una versión latina de la filosofía elemental de Balmes. Otro ejemplar de la misma obra andaba en aquellos días rondando por la Universidad de Córdoba, sin poder penetrar en su recinto. Un accidente lo puso en las manos del rector doctor Cardoso, y éste lo devolvió diciendo: “¡Qué claridad! Si yo hubiese estudiado este libro en mi juventud, habría dado otro rumbo a mi vida... ¡Es ya tarde!”... y continuó rigiendo el Altieri y resonando el silogismo en los antiguos, pero siempre bulliciosos claustros.

VIII

Era catedrático de filosofía en el convento y en el seminario el Padre Esquiú cuando apareció en el púlpito pronunciando la primera oración *pro patria*. Al día siguiente fué ya célebre y se halló solicitado de todas partes. Estuvo en Tucumán, en el Paraná como Secretario del Obispo Segura, y en Salta.

Llegamos así a la crisis decisiva de su vida, cuando el Padre creyó que debía hacer una inmolación todavía más completa de sí mismo, y fué a perderse en la soledad, abandonando el convento en el que entró niño y que había sido su único hogar, su ciudad natal donde todo le era querido, y saliendo de su patria, a la que había consagrado un culto en su corazón tan ferviente.

¿Qué pasó en aquellas horas supremas. por un espíritu tan alto y tan profundo como el del Padre Esquiú? Nadie posee las confidencias de ciertas almas, y sus conmociones son diálogos con Dios, con el destino humano, con la muerte! Se

cree a veces escuchar el estallido de una fibra carnal que se rompe, y no ha habido a la verdad sino el vuelo ascendente de un espíritu que se eleva hacia lo infinito. La explicación sería en estos casos una superchería, y sólo es permitida la conjetura respetuosa dentro de los límites del razonamiento humano.

¿Por qué no se creería en la virtud sincera cuando se la abona con la vida y con la muerte?

Estas caricias de los pueblos, los halagos de los poderosos, los honores ofrecidos, las alabanzas prodigadas, no son sino una forma de las seducciones mundanas, de que los Santos han huído refugiándose en los antros de las Tebaidas. El Padre Esquiú pasaba por grandes sufrimientos, y se le vió por vez primera abandonar hasta los libros. Pero si ignoramos los misterios de su alma, podemos a lo menos anotar el recuerdo de los acontecimientos estrepitosos que llenaron aquella época.

La victoria de Pavón sobrevino. He ahí desaparecido entre el polvo de la batalla el gobierno de la Confederación que había presentado su genio naciente a la admiración de los pueblos; he ahí herida al parecer de muerte la "Constitución política" que había él saludado desde la cátedra como la aurora de los días esplendorosos. La catástrofe que hundía un gobierno se dilataba hasta Catamarca mismo, produciendo movimientos tumultuosos.

Había llegado el momento, y el Padre Esquiú se presentó ante su superior vestido de una jeriga más cenicienta, con el pie desnudo sobre la sandalia y con el bastón de viaje. Abrazaba una regla más estricta dentro de la misma orden y emprendía la vida del misionero, que pasa circuida de peligros entre los salvajes y en medio de los bosques.

¿A dónde iba? Iba a la antigua ciudad de Tarija, que podríamos comprender con justo título dentro del dominio argentino que se halla situada al pie de la montaña altísima de la que descienden las primeras corrientes del Bermejo y en los confines de la vasta y pavorosa región que se mostró inaccesible a la conquista: el Chaco. “Hacia la parte *de los infieles* tiene esta villa, decía Alcedo, un fuerte construído para contener sus incursiones. Hay también dentro de ella un convento de *propaganda fide*, habitado por frailes misioneros que se internan en el bosque buscando para doctrinarlos a los feroces Chiriguanos”.

Esta fué la mansión elegida por Esquiú para agregar a la soledad solitaria de la celda la inconmensurable del desierto, substituyendo los peligros cruentos de la predicación entre los bárbaros a los estremecimientos de piedad y de admiración que circulan por entre los oyentes agrupados al pie de los púlpitos en las basílicas cristianas.

IX

El Convento franciscano de Tarija ejerció siempre en las imaginaciones un gran prestigio en aquellas regiones del Norte de la República. Vivía por su antigüedad y por la suerte trágica de tantos misioneros en la historia y en la leyenda. Durante el virreinato era ya designado como uno de los más antiguos, porque es coetáneo de la fundación misma de la ciudad en los últimos años del siglo XVI. Había sido de Observantes hasta el año de 1755, en el que se hizo de Misioneros apostólicos pertenecientes a la misma Orden.

El Padre Esquiú había tenido así otro predecesor no lejano, cuya santa memoria guió sin duda sus pasos hasta el convento de Tarija. ¡Cuántas veces, siendo niños, hemos oído hablar del Padre Antonio Aráoz, de la histórica familia de este nombre, saliendo despavorido del convento de Tucumán para trasladarse al de Tarija, cuando las hordas de Oribe y de Maza hubieron paseado el exterminio por los pueblos y sus discípulos de latín caían decapitados en la tragedia de Catamarca! Durante los siglos III y IV los Padres Santos huían a los desiertos, no pudiendo soportar el espectáculo de la invasión de los bárbaros y el desplomamiento de la sociedad romana. *Et vita eorum erat tanquam in fuga*, dice uno de ellos: San Basilio.

X

Con la entrada de Esquiú en el convento hubo naturalmente un movimiento de curiosidad, que se extendió a la ciudad misma, pero sus pesadas puertas volvieron a cerrarse sobre él como las de una tumba. Ningún murmullo. La orden es rigurosa, e silencio prescrito y la desnudez completa. El misionero de Tarija pasa cada año cuatro meses en las reducciones del bosque y viene en seguida al convento a reposar de sus fatigas. Hay a veces reuniones en una sala común, para comunicarse entre sí los vocablos de los dialectos indios que están todos obligados a aprender.

Nuestras noticias son escasas y sólo sabemos que el Padre Esquiú leía siempre a San Agustín, cuyas obras completas encontró en la biblioteca del convento, y que lo cautivaba por lo vasto y lo sutil de su ingenio y por los movimientos afec-

tuosos de su alma. Años después hemos oído recitar al Padre en Buenos Aires el diálogo supremo entre la madre y el hijo, tenido en la pequeña casa de la ciudad de Ostia, al frente de la embocadura del Tíber, y en el que se ve el alma purísima y amante de Mónica ascender verdaderamente a los cielos!

La ley eclesiástica sobre la canonización de los Santos ha omitido decir que la ternura de un hijo sublimada por la gracia divina, puede también elevar por siglos sobre los altares la imagen santa de una mujer!

Los años pasaban. Un día era igual a otro día, y el Padre Esquiú en nada se distinguía de sus demás compañeros. ¿Se sentía él mismo vivir en su pasado? ¿Lo recordaban los otros? He ahí una anécdota de convento que el Padre refirió en nuestra presencia:

Había un Padre italiano que salía a veces de su silencio con movimientos bruscos y con palabras raras. Tenía adhesión por Esquiú y lo acompañaba con frecuencia en su celda. Estaban una noche juntos, cuando sonó la campana del silencio. Esquiú se puso de pie y extinguió su lámpara, abriendo en seguida la ventana para reemplazarla por la luz de la luna. Continuaron largo tiempo callados, hasta que el Padre italiano se dirige a Esquiú y le dice: “Dígame, Padre, ¿ha oído usted hablar de un Padre Mamerto que pronunció algunos sermones, que hizo mucho ruido y al que se le ofreció una mitra? ¿Quién era y cómo era?”

Ignoramos la respuesta de Esquiú; pero el Padre de la elocuencia esplendorosa y altiva, el Padre de los sermones juveniles, no volvió a salir del convento de Tarija.

XI

Reunimos recuerdos para dar expansión a nuestros sentimientos dolorosamente conmovidos por la noticia de su muerte, tan inesperada como prematura, y no hacemos la biografía del santo Prelado. Fáltanos consignar la memoria de algunos hechos y habremos concluído.

El Padre Esquiú fué arrancado del convento de Tarija por una orden del señor Puch, Arzobispo de La Plata. Era en 1871 su Secretario en Chuquisaca, donde desempeñó a la vez la cátedra de teología en el Seminario de San Felipe de Neri. Volvió a sus predicaciones en esta ciudad con inmenso concurso de gente, y hubo sermón que fué un acontecimiento.

Hallábase en Chuquisaca cuando sobrevinieron la caída del poder temporal del Pontífice y el apoderamiento de Roma por el Rey italiano. El Padre misionero se puso de pie para predicar la nueva y santa cruzada. Redactó un periódico y lo llamó *El Cruzado*. Era necesario protestar contra los hechos prevalecientes, combatirlos con las armas de la fe y rodear en sus aflicciones al Santo Padre con los votos del orbe cristiano.

Quien fué labrado por la soledad, decía bellamente Fray Luis de Granada, vuelve a ella, y el Padre Esquiú se sentía atraído invenciblemente por su convento de Tarija. Obtuvo licencia y regresó a su celda, y estaba en ella cuando recibió inopinadamente su nombramiento de Arzobispo, que le era enviado por el autor de estas líneas, Ministro a la sazón del Culto. El Padre destinó quince días a reponerse de su sorpresa y a meditar ante Dios y en su conciencia la

respuesta. Sábese que fué ella negativa, y la redactó en un documento del que el doctor Rawson dijo: "que era necesario leerlo, volverlo a leer y guardarlo en seguida para tenerlo presente en ciertas ocasiones de la vida".

XII

El Padre Esquiú después de haberse sustraído al esplendor de la tiara, tomó en sus manos el bordón del viajero y partió para Jerusalén. Había vivido en las misiones del desierto, oficiando en la capilla sin púlpito y sin altar, cuyas paredes se forman con troncos de árboles, y deseaba penetrar de rodillas en el templo que guarda el sepulcro del Salvador y los misterios de su pasión. Quería conocer la primera y la última de las iglesias en la sucesión de los tiempos, midiendo con las sandalias del peregrino el camino recorrido en veinte siglos por el Critsianismo, desde Jerusalén hasta el Chaco argentino.

Un mes después el Padre llegaba a Montevideo y se detenía falto de recursos. Se le ofreció cuanto quisiera, y sólo aceptó un pasaje de segunda clase en un buque para proseguir viaje.

El Padre Esquiú cumplió el voto de su alma, predicando en el templo de Jerusalén a los peregrinos acorridos desde todos los puntos del globo. Tocábale un día agradecer como una secreta designación de la Providencia esta custodia del Sepulcro de Cristo, confiada a los Padres Mínimos de San Francisco de Asis, y buscaba dentro de sí mismo lo que más pudiera identificarlo con su Orden, para hablar en su nombre. Su voz se deshizo hasta prorrumpir en

el sollozo, y dijo: “Soy tal vez el único hombre que no conoció sobre sus carnes sino el traje talar de los Franciscanos. Llevábalo a los tres años por un voto de familia, y no tenía sino nueve cuando fuí admitido en el convento. Debo a este hábito el alimento del cuerpo, la luz del alma, y le debo hasta las afecciones que han calentado mi corazón. Es mi padre; es mi madre” (1).

XIII

El Padre Esquiú acaba de morir a los cincuenta y un años ejerciendo heroicamente su apostolado.

Quien prodiga la vida, la pierde al fin, y está además escrito que el Buen Pastor debe morir por sus ovejas: *Bonus Pastor moritur pro ovibus suis*.

El santo Obispo que pasaba sus noches y sus días en el ayuno, el estudio y la oración, consagrándose al mismo tiempo con un celo devorador a los oficios más activos de su ministerio, no podía alcanzar una existencia larga. Ha muerto visitando los lugares más apartados de su diócesis, bajo un sol de fuego y entre nubes de polvo, que llegan sin embargo a obscurecerlo en esas áridas llanuras de la Rioja. Ha muerto en una posada del camino, sin poder recibir en su lecho mortuario, según los viejos ritos, aquella visita postrera de su pueblo, en la que los adioses y las bendiciones del Pastor que se ausenta se confunden con las ardientes plegarias de los que quisieran retenerlo por siempre en la tierra.

(1) Tomamos estas palabras, abreviándolas, de la elocuente carta que el Padre Esquiú escribió sobre los Santos Lugares, y que contiene diversas reminiscencias de sus predicaciones.

La noticia de su muerte, corriendo por los hilos eléctricos, ha enlutado en un solo día la República entera. Unos más, otros menos, pero todos hemos sentido un vacío dentro del alma. ¿De dónde sale este homenaje tan indeliberado que se rinde al varón justo que desaparece? Es que todos comprendemos instintivamente que la virtud sublime de un hombre es, por su propia fuerza de irradiación, conductora de almas; y una sociedad no ve que se apaga uno de estos grandes luminares, sin experimentar desfallecimientos.

Cada pueblo siente necesidad de saber que sobre la porción de tierra por él habitada, hay siquiera *una oración* salida de un labio humano subiendo con seguridad a los cielos... y a la que se la pueda decir: *¡Ruega por nosotros!*

Hemos querido ponernos de pie al ver pasar esta tumba. No hemos hablado una sola vez con el Padre Esquiú sin recoger algún solaz para las agitaciones de nuestra vida. Aprendimos con su ejemplo que una existencia puede ser tumultuosa y sin embargo vacía, porque sólo llena el corazón un sentimiento permanente o inmortal como la fe. Debíamos un homenaje arrancado desde el fondo del alma al ejemplo vivo de una virtud más constante, de mayor elevación moral y de una humildad más profunda, que hayamos conocido entre los hombres.

Enero 16 de 1883.

NOTAS (1)

He hablado con el Padre Rossi sobre la renuncia que el Padre Esquiú ha hecho del Obispado en Córdoba y de los términos en que ha redactado su documento.

Algunos han encontrado este escrito del Padre Esquiú afectado, transparentando una modestia falsa y con un estilo en el que se hacen visibles la compresión y la violencia.

El Padre habla efectivamente, y a cada momento, de su indignidad, de su falta de virtudes, y confiesa no ser *irrepreensible*, como deben ser los Obispos, según San Pablo.

El Padre Rossi me dijo: "Esta apreciación es muy mundana y es concebida bajo un criterio falso. Se olvida que la renuncia ha sido escrita en una celda, por un monje místico y austero y que reproduce, no por imitación artificial, sino por identidad de situaciones y de espíritu, el lenguaje de los Santos. El Padre Esquiú es hijo de aquel simplísimo y santísimo Francisco de Asís, que hacía reír y llorar a sus frailes cuando les decía: "Soy el mayor de los pecadores y mi alma no es sino un abismo de miseria".

La observación, si no exacta, es a lo menos digna de ser recogida.

El Padre Rossi conoce al Padre Esquiú y pone sobre toda comparación sus virtudes, su instrucción sólida y la suavidad afable y penetrante de su trato.

He ahí un nuevo escrito del Padre Esquiú. Es una carta sobre los Santos Lugares, que acaba

(1) Publicamos por vía de notas y para completar las anteriores noticias sobre el Padre Esquiú, los siguientes extractos de otros escritos nuestros dedicados al Padre y que se publicaron en la prensa diaria.

de visitar, y tiene por objeto mover la piedad de los fieles para ayudar con limosnas a su conservación.

El Padre no posee el arte de la composición en su parte rudimental, aunque sepa en ocasiones encontrar esos secretos miágricos de la expresión, que no son por cierto el patrimonio de los gramáticos sino un don de los grandes espíritus.

No puede quizá decirse que el Padre Esquiú sea un escritor, porque se muestra igualmente extraño al manejo hábil de la frase como a la formación elegante del período. Pero es sin duda un espíritu elevado, que vive naturalmente en las esferas superiores del pensamiento. ¿El misticismo no es por otra parte y por sí mismo una elevación?

Querríamos que el Padre Esquiú hablara y escribiera con frecuencia, para mayor provecho nuestro y para que su palabra adquiriera facilidad y soltura. Sus escritos parecen hoy nacidos tras de una compresión penosa.

Pero si el espíritu del Padre Esquiú es elevado, no es indudablemente vasto, y no lo hemos visto así tratar ningún tema con verdadera amplitud.

El Padre pregunta en su carta si no hay una secreta designación de la Providencia en esta custodia del sepulcro de Cristo, confiado a los Padres Mínimos de Francisco de Asis, y entra en seguida a explicar el hecho. Su exposición es tocante por la piedad, aunque se asemeje a veces a esos giros antitéticos del pensamiento y de expresión, que son tan familiares en los escritos de Donoso Cortés y que sólo sirven para simular el razonamiento poniéndolo de relieve entre aspectos paradójales.

Esquiú glorifica a su Santo Patrón, que cubrió la indigencia con un sayal para que pudiera mostrarse sin mengua entre las grandezas de la tierra. Si las lecturas del Padre fueran más extensas, ¡cuánto testimonio habría podido llamar en su ayuda, incluyendo el de los más grandes opositores de la Iglesia, desde Voltaire hasta Renán! No sería, por otra parte, extraño que nuestro *Padre* haya querido evitar este cortejo.

Francisco de Asis es el hombre que más se haya aproximado al modelo divino, por la sublime sencillez de la vida y hasta por la trascendencia de su obra, que el Santo no se resignaba a dejar encerrada entre un claustro, porque, imitando el ejemplo inmortal de Cristo, pretende también dar reglas a la vida humana.

El Padre Esquiú se habría encontrado mejor, y en compañía gloriosa y altísima, recordando la gran voz del Dante Alighieri, que ha sido el primero en mostrar a Francisco de Asis siguiendo las huellas del Cristo.

¡Cuán bellos son aquellos versos del Dante en el paraíso! He ahí su trasunto, uniéndolos para darles un sentido completo, porque están muy desligados por digresiones en el original.

“Francisco de Asis, (dice el Dante) joven todavía, se casó con una mujer a la que nadie, como a la muerte, abrió jamás la puerta del placer.

“La infeliz se hallaba aún viuda de su primer marido, después de mil y cien años. En vano había subido con el Cristo su esposo sobre la cruz. Ahí yacía obscura y menospreciada”.

¿Cuáles son los amantes que designan estas palabras misteriosas?

Francisco y la Pobreza.

Hay sobre todo un hecho histórico que no

puede ser discutido: la acción de Francisco y de sus hijos iniciando a las muchedumbres en el Cristianismo. He ahí la obra grande. Aquel bastón, del que habla la leyenda piadosa, p'antado por el Santo y convertido en corpulenta encina para abrigar las golondrinas y pájaros *pequeños*, tiene en la realidad una significación verdadera y profunda.

La iglesia argentina tiene desde el domingo un nuevo Obispo. El Reverendo Padre Esquiú ha sido consagrado Obispo de Córdoba. Sucede después de una prolongada sede vacante al Obispo Alvarez, de santa memoria y que murió en La Rioja víctima de su celo apostólico.

El nuevo Obispo debe su nombradía a una serie de hechos raros en todo tiempo, y más aun en este siglo. Los hombres suelen ser notables por las funciones que han desempeñado, por los puestos que han ejercido y por los actos a los que han tenido que asociar sus nombres, en virtud de estos puestos o funciones.

El Padre Esquiú es altamente conocido, no por haber desempeñado alguna función, sino por haberlas renunciado todas, aun las más eminentes.

Siendo muy joven, y bajo la impresión de asombro que causaron sus dos primeros sermones, se le ofreció el Obispado del litoral. Fué rehusado.

Dejó la República Argentina y pasó muchos años en el célebre convento de Tarija (*de propaganda fide*) haciendo entre el bosque, los salvajes y los mayores peligros, la vida apostólica del misionero. De allí pasó a Sucre, y mientras desempeñaba la Secretaría del Arzobispado hubo un obispado vacante, que le fué ofrecido.

Dos o tres años después el Senado nacional

votaba la terna para la provisión del Arzobispado. El Padre Esquiú era el primero en la terna, y fué designado para ocupar la silla metropolitana. Después de una larga expectativa, el Padre Esquiú hizo su renuncia en aquel documento, modelo de simplicidad y de modestia cristiana y respecto del que el doctor Rawson decía: "debe ser leído, vuelto a leer y guardado para ser meditado en ciertas ocasiones de la vida".

Ocurre la vacancia del Obispado de Córdoba y el Senado lo incluye por segunda o tercera vez como el primero en la terna. Es designado para el Obispado, y el Padre no hace aguardar su acostumbrada renuncia.

La renuncia no es aceptada, y el Nuncio pone por fin término a esta contienda de veinte años entre la humildad del monje y el esplendor de la tiara, imponiendo como un deber la aceptación, "en nombre de la santa obediencia". Era una orden de Roma que se cumplía.

El Padre Esquiú, que profesa con tanta extensión la doctrina de la intervención divina, debe creer que se cumple con él y para con él un designio providencial, en este afán porfiado y raro con que ha sido llamado al obispado. No será una vana palabra la que salga de sus labios, cuando escriba al frente de sus cartas pastorales: "Fray Mamerto Esquiú. Obispo por la gracia de Dios, etc., etc."

El nuevo Obispo sube oportunamente a su cátedra. Se hacían ya sentir en Córdoba los males que suelen ser inherentes a las largas Sedes vacantes. Las conmociones que el Nuncio acaba de calmar con su presencia quedan adormecidas, pero no muertas. Pueden despertar nuevamente y con mayor fuerza, si la conducta del Pastor no es piadosa, y al mismo tiempo equitativa y circunspecta.

El Padre Esquiú no debe olvidar al Arzobispo Escalada, aquel modelo de los Obispos. que con su prudencia rectísima fundó las relaciones entre la Iglesia y el Estado bajo las bases de concordia y de paz que no han sido hasta hoy seriamente perturbadas.

El Padre Esquiú ha vivido en Jerusalén, en Roma, en Lima, en el Chaco argentino, siguiendo santos propósitos de religión y de piedad; y después de la peregrinación inmensa, toma su asiento de reposo en la cátedra de los Obispos. Ha sido llamado por la voz del Pontífice y por los votos de su Nación, tantas veces reiterados. La expectativa ha sido grande. La obligación es suprema y su cumplimiento debe ser memorable.

JULIAN SEGUNDO DE AGÜERO

Las cenizas del ilustre patricio se encuentran en el seno de la Patria. Es un deber ponerse de pie para saludarlas. Debemos este homenaje al proscrito, al orador legendario de la tribuna argentina y al hombre de Estado que representa, con Rivadavia, una época de grandeza intelectual en la República.

El doctor Agüero vino tarde a la vida pública, habiéndose abstraído con dificultad a sus tradiciones de familia, al silencio de su iglesia y a la concentración natural de su carácter.

Tenía ya treinta años cuando estalló la Revolución de Mayo, y no se asoció sin embargo a sus movimientos. No figura en la Junta Gubernativa, en la Asamblea del año 13, o en el Congreso de Tucumán, ni aun cuando éste se transfirió a Buenos Aires, hasta su desaparición en 1819.

Su primera aparición pública fué en el púlpito. Saludó desde su altura a la Revolución y a la Libertad, y se puso a su leal servicio. No es recordado hoy como orador sagrado, pero su célebre sermón patrio y aquella oración fúnebre sobre el doctor Solá, tan suave y tan apostólica como la memoria del sacerdote ilustre a la que es consagrada, merecen aún ser leídos después de tantos años.

La carrera del doctor Agüero fué sobre todo

parlamentaria. Empieza con el establecimiento de la Legislatura provincial de Buenos Aires y concluye con la clausura del Congreso en 1827, que puso igualmente término al debate libre en la República Argentina.

La tribuna y el orador desaparecieron al mismo tiempo, sin que volviera a escucharse durante sus veinticinco años de proscripción la palabra del doctor Agüero. Acaban de publicarse dos o tres cartas suyas dirigidas desde Montevideo al General Lavalle, y no conocemos ningún otro papel escrito que lleve su nombre desde 1828 hasta su muerte.

El doctor Agüero se distinguía como orador por la fuerza, el número y el encadenamiento de sus argumentos.

Menos dialéctico que Gorriti, le superaba por la amplitud de su pensamiento, que se movía dentro de una esfera más vasta. Nadie supo mejor que él desentrañar su tema; y al seguir página tras página viendo desarrollarse en períodos numerosos aquellos razonamientos siempre encadenados por una fuerte trabazón, nos sentimos tentados de repetir las palabras de Savigny, cuando leía al jurisconsulto Paulo: "Nuestra debilidad moderna ha perdido el secreto de una dialéctica tan maravillosa".

Sus estudios habían sido escolásticos y su campo se hallaba surcado, según la expresión de Bacon, por el *arado* del silogismo. Pero tenía como ningún otro hombre de su tiempo la facultad de aprender con rapidez y profundidad.

Todo lo que podía comprenderse sin una generalización vasta y con un fuerte razonamiento era puesto sin esfuerzo bajo su dominio.

Exponiendo la ley de la enfitéusis, que es su obra primordial como legis'ador, demuestra que

conoce todos los principios de la Economía Política, ignorados en aquella época hasta por los hombres de gobierno en Europa; y cuando presentó y discutió los proyectos de ley sobre el Banco de descuentos y el Nacional, se hallaba plenamente imbuído de la materia.

Se había iniciado en estos conocimientos por estudios metódicos, y hemos tenido en nuestras manos un voluminoso cuaderno en el que el doctor Agüero consignaba sus lecturas, tratando por capítulos del crédito, de los Bancos y de sus diversas funciones. Conocía la célebre Memoria presentada por Hamilton en el gobierno de Washington y había extractado sus párrafos principales tendientes a demostrar la necesidad de un Banco central.

Había antes discutido la reforma eclesiástica, sin salir del dogma y dentro del terreno del mismo derecho canónico, poniendo a contribución aquellos Capítulos sobre los frailes (*De Regularibus*) tan frecuentes en el Concilio de Trento y que arrancaron a Erasmo la sonrisa de ironía que la Europa entera sorprendió en sus labios, indiscretos a medias y por vez primera. Este es el rasgo fundamental de la contienda religiosa que acompaña en América a las borrascas políticas. No saltó las vallas, no salió de los textos auténticos, ni aun bajo la pluma asombrosamente sabia del doctor Vigil. El doctor Agüero poseía a fondo el derecho canónico.

Señalaremos ahora otros rasgos de su fisonomía.

El doctor Agüero era grave, austero, taciturno. No es cierto que hubiera en sus discursos la ironía que aguza la palabra oratoria, mortificando sin herir al adversario, o el sarcasmo, que la acentúa fuertemente. El doctor Agüero era

tan sólo inflexible en sus formas y duro en su tono, y los contemporáneos han recordado por mucho tiempo la aspereza con que trató al venerable Deán Zavaleta, cuando éste propuso que fuera consultada a la Legislatura de Buenos Aires la ley sobre la Capital.

El doctor Agüero abandonando la ciudad de Buenos Aires creyó durante algún tiempo que su ausencia sería breve, y viajó para entretener su expectativa. Al ver más tarde que el desierto extendía delante de él sus sombras implacables, cayó en el mutismo. Los jóvenes como Echeverría o Alberdi se le aproximaban en vano para conocer los secretos de la política en la grande época presidencial, o las meditaciones de su vejez. Nada supieron.

Le vieron, sí, a ocasiones, leer aquel libro extraño que Erasmo escribió haciendo el elogio de la locura. ¡Empezaba a creer que el mundo no era sino el ludibrio de una suerte caprichosa o vana, pero siempre cruel?

La memoria del partido unitario se hallaba guardada por una esfinge que decía a las generaciones nuevas, no como la Tebana: "adivina o te devoro", sino: "si eres capaz de adivinar, admira". ¡Cálculo de la vanidad, majestuoso y digno, pero al fin cálculo! El sudario histórico más prestigioso es a veces el silencio. Lo era en este caso.

El doctor Agüero vivía en estas largas horas del destierro más de sus recuerdos que de su pensamiento. Salió una vez de su reposo para animar la empresa libertadora del General Lavalle, y se creyó quizá en 1829 restaurando el gobierno del mismo General, que tanto había contribuído a formar en 1828. Los años intermedios quedaban suprimidos.

Así para el grupo central del partido unitario, ya viviera en Santa Catalina o en Montevideo, la vuelta a la patria no se le aparecía sino bajo las formas de una restauración. De este mismo espíritu se hallaban poseídos todos. Si hubieran vuelto triunfantes con Lavalle a Buenos Aires, habrían reabierto sus cursos en la Universidad, repitiendo instintivamente las palabras de Fray Luis de León, cuando subía a su cátedra de Salamanca después de diez años pasados en la Inquisición: "Señores, como decía *ayer*".

Pero no es esta la ocasión del juicio histórico, y mucho menos de la crítica improvisada para un artículo de diario.

El partido unitario no alcanzó en vida la restauración soñada. Pero las cenizas de sus próceres muertos reciben con justicia el culto patrio. Sus memorias se confunden con nuestras primeras emociones de patria y libertad. Son los verdaderos fundadores de nuestras virtudes cívicas, y ellos nos enseñaron la fidelidad al honor, los sacrificios por la causa noblemente abrazada y el refugio de los destierros, cuando no se puede vivir en su país con decoro y con libertad.

Pasaron todos por crueles y largos sufrimientos, y jamás descendieron de sí mismos, o de la rigidez soberana de sus principios, por una condescendencia o por una debilidad.

Entre el grupo histórico, descollará siempre la figura levantada y austera del doctor don Julián Segundo de Agüero, por la dignidad suprema de la vida, por el predominio de la palabra y por sus concepciones políticas, que si no produjeron la felicidad aguardada, acrecentaron el sentimiento nacional dando grandeza a una época.

Las cenizas del doctor don Julián Segundo de Agüero son depositadas en el panteón de la Catedral de Buenos Aires, cuando esta ciudad es proclamada Capital de la República, quedando así realizado después de cincuenta años el más trascendental de sus pensamientos políticos. Hasta que se fundó el régimen de la Constitución después de Caseros, y vinieron en tumulto los congresos y los oradores, no había sino un discurso que viviera tradicionalmente en la memoria argentina el discurso del doctor Agüero sosteniendo la "capita'lización de Buenos Aires".

Este homenaje silencioso de la historia vale por todas las pompas públicas.

Abril de 1881.

JUAN CHASSAING

I

Un mes ha pasado después de su muerte, y todavía no acertamos a desprender la mirada de su tumba.

Muchos buscamos al amigo para siempre perdido, y los demás se inclinan queriendo sorprender en los misterios de la muerte el secreto de una existencia que parecía dotada con fuerzas para recorrer una carrera inmensa.

Apenas había alcanzado a los veinticinco años, y su muerte ha sido un acontecimiento. Ninguno de los hombres de nuestra generación ha herido de un modo más profundo la imaginación de sus contemporáneos. Se le había visto una vez, escuchado su voz vibrante que parecía querer imponerse a los sucesos mismos; y desde entonces ya no se desprendía de la memoria aquella aparición, y una curiosidad instintiva, y un secreto anhelo del corazón, se ligaban a todos sus pasos.

Con sólo verlo, con sólo oírlo, se tenía el presentimiento de un gran destino.

La mayor parte de las gentes sabía apenas de dónde venía; pero todos se preguntaban adónde iba. Tanto ardor de voluntad, aquella inteligencia dominadora, su espíritu inquieto, atormentado por una ambición o por un sueño, debían labrar un surco profundo. ¿No han sido siem-

pre éstas las calidades que han anunciado a los hombres destinados a influir, con su nombre y su acción, en los sucesos de su tiempo?

Juan Chassaing era una preocupación pública. Su muerte, contristando a sus amigos, ha dejado un vacío en la imaginación del pueblo. El problema de aquella vida prometida a todas las glorias se ha resuelto tristemente en la tumba.

Un eco de dolor ha respondido desde los confines de la República a la triste nueva. Hasta allí había llegado su nombre, y el país se hallaba en la expectativa de su suerte. El tiempo en que vivimos es escaso de grandes personalidades. Una sociedad que se elabora sólo lleva a su superficie naturalezas como ella: incompletas; y por eso, apenas se diseña en el horizonte político una fisonomía acentuada con rasgos salientes y originales, cuando los pueblos se apoderan vivamente de ella, asociándola a sus más caras esperanzas.

II

La muerte suele a veces engrandecer la reputación de aquellos a quienes sorprende en el principio de su carrera. El corazón, sublevándose contra esta injusticia de la suerte, rodea de prestigios fantásticos la tumba prematura, y llora sobre ella pérdidas facultades y fuerzas que quizá los sucesos habrían desmentido.

Chassaing no era todavía más que una sombra, pero se hallaba dotado de todas las calidades para esculpir fuertemente su figura en la historia de su país. La muerte ha sido para él cruel y dando a su memoria esa vibración simpática de la compasión y de las lágrimas, le ha

arrebataado en verdad un gran papel en la escena de su tiempo.

Conocemos entre nuestros amigos algunos que le aventajaban tal vez por la inteligencia, o que le eran superiores por algún otro don espontáneo acordado por la naturaleza. Pero, ¿quién a su inteligencia reunía su voluntad poderosa, la audacia que aborda todos los caminos, y la perseverancia infatigable en el propósito que mantiene asido a la obra, cuando los demás la han abandonado o perdido?

Y luego esa fascinación que sabía ejercer sobre todos los que se le aproximaban, aquel secreto que suele ser el instinto de las grandes ambiciones, para atraerlas a sus designios, envolviéndolos en no sé qué círculo mágico, imposible de romperse; fascinación que, lejos de perderse en el tumulto de las reuniones populares, se convertía entonces en un poder, y en un poder incontrastable.

Una noche el "Club del Pueblo" debatía las condiciones de un *compromiso*, para poner término momentáneo a la lucha desbordada de los partidos. La opinión aceptaba este arreglo, y una fuerte mayoría lo sostenía en el Club.

De pronto Chassaing se levanta. Extiende su brazo con ademán resuelto, como arrojando el guante al pensamiento que triunfaba, y con cinco pa'abras, tal vez sin fuerza fuera de aquella escena y de aquel lugar, arrebatada a su auditorio, lo hace palpar de entusiasmo, y momentos después el Club se desbanda en grandes grupos que seguían al joven tribuno por las calles, gritando: *¡no hay transacción!*

Sí, esta era la escena de Chassaing; aquí se desarrollaban sus grandes calidades, y era necesario verlo en ella para comprenderlo y para sentirlo.

Su alma estaba llena de esos acentos que ponen en presencia del orador un pueblo, y él mismo necesitaba envolverse en la corriente popular y aspirar su hálito de fuego. Su elocuencia embriagadora y vertiginosa era la elocuencia de la tribuna de las arengas.

A veces, durante largas sesiones del Club del Pueblo, Chassaing se había mantenido silencioso; pero aquel inmenso auditorio no sentía completo su entusiasmo, no pensaba haberse estremecido hasta en su última fibra, y reclamaba a grandes voces la palabra de su tribuno. Chassaing retrocedía, vacilaba. Temía entregarse a los arrebatos de la improvisación, a los gritos de su alma. Pero la seducción de las emociones supremas, que repele y que atrae, la necesidad de derramar su corazón en el corazón de todos, lo vencían por fin, y hablaba... retirándose después, profundamente impresionados, pensando sobre el alcance futuro de su talento y virtudes de carácter...

¡Ah, pobre joven! El viviría todavía sin ese esfuerzo interno que quemaba su vida. Su alma lo ha muerto, y por eso nunca arrancaba de ella sus acentos vibradores, sin que una sombra de muerte viniera a empalidecer su frente. Un instinto secreto se lo decía, y cuando nos había hablado de patria y libertad, de todos los anhelos de su pensamiento, su frase se interrumpía bruscamente, sus labios quedaban palpitantes, como prosiguiendo un monólogo interior, y se comprimían las sienas, como sintiendo próximas a estallar sus arterias.

Pero otro instinto más fuerte que él lo arrastraba. Había nacido para agitarse tras de un grande intento, para buscarlo y perseguirlo al través del torbellino. Necesitaba ir a todas par-

tes. Llamaba la acción y el pensamiento; y el pensamiento y la acción venían en tumulto a ocupar su vida.

El ha estado en los campos donde se combatía por la libertad de su Patria; tribuno, ha electrizado las muchedumbres; publicista, procuraba dirigir desde las columnas de su diario la opinión pública; y después de haber agotado fuerzas que parecían pertenecer a diez vidas, su alma insomne, atormentada, melancólica, necesitaba salir del mundo, desplegarse en lo infinito, y raudales de poesía brotaban de sus labios.

III

Si, es justo que delante de la tumba de Chassaing experimentemos atormentados este sentimiento de inquietud que no se resigna ante la muerte. En esta tumba hay una misión bruscamente interrumpida, un porvenir que se entierra, y a ella han bajado grandes pasiones, grandes fuerzas y un destino que apenas asomaba.

¿Cuál habría sido ese destino? Imposible es decirlo.

La vida de Chassaing, concluída en su mañana, se asemeja a aquellos grandes coros que precedían a la tragedia griega. Ellos resonaban con el ruido confuso de todas las voces, de todas las armonías; los personajes atravesaban la escena arrojando el grito de sus pasiones, y sobre sus cabezas se mecía el destino con su brazo de hierro y sus sentencias enigmáticas. El auditorio se sentía sobrecogido y solicitado para presenciar un grande y solemne espectáculo, sin acertar a definirlo en su mente.

El Correo del Domingo publicaba el otro día

el más inspirado, el más bello de los cantos de Chassaing: su *Himno a Colón*.

La primera estrofa muestra al sublime aventurero en busca de su mundo. Ya se le divisa, asomando entre las olas, mundo de salvajes, con sus torrentes y sus montañas, con sus bosques y sus llanuras. El grito de ¡tierra! suena; el buque ancla... Colón se lanza; y el poema se cierra.

¿Qué había en ese mundo apenas entrevisto en lontananza? La estrofa del poeta sólo ha resonado con su murmullo confuso y lejano; y esta estrofa es la mejor imagen de su vida, desapareciendo apenas se diseñaba en sus primeros albores, pero dejando en todos los espíritus el pensamiento de grandes cosas.

Diciembre de 1864.

HERMANN BURMEISTER

¡Cuán caprichoso y variado es el destino humano!

Sus incertidumbres, sus azares y la obscuridad misma del porvenir, acrecen aún más todavía, cuando es más luminosa y viva la luz de la inteligencia que brilla en una frente.

El labriego obscuro que no levanta su pensamiento ni sus ojos más allá del horizonte visible, pasará tranquilo, sin drama, sin tormentas, sin agitaciones en su vida. Puede él decir: he ahí mi cuna, señalando la casa paterna; he ahí mi tumba y el rayo de luz que ha de iluminarla, cuando el sol descienda con sus postreros resplandores sobre el cementerio de la aldea.

Conocemos la cuna. Pero, ¿dónde estará tu tumba, Colón, Camöens, Dante o Bolívar, San Martín, Moreno, hombres destinados a atravesar las tempestades del pensamiento, o los vaivenes de la vida social?

En 1842 la Alemania vivía aún vida tranquila. Moltke estudiaba matemáticas; Bismarck, recién aparecido en las Cámaras de Berlín, hablaba a media voz y en lenguaje confuso de las tradiciones del Sacro Imperio Romano. El fusil de aguja no vivía aún sino en su antecesor: el pensamiento trascendente de Kant o de Fichte, porque un pueblo profundo por la idea será muy luego grande por la acción.

La escuela histórica había callado con Savig-

ny, la escuela filosófica desaparecido con Gans, y el pensamiento alemán conducía, sin embargo, el mundo.

¿De qué se trata?

En las preocupaciones públicas, de la electricidad con sus pasmosas explicaciones, del vapor con sus prodigios. En las capas inferiores de la sociedad y hasta en los salones aristocráticos de las viejas capitales, de la iluminación y del magnetismo animal, de la segunda vista y de la Sonámbula, que volvía a aparecer en la rotación del pensamiento humano como la Sibila de Cumas. El hombre con sus supersticiones es siempre el mismo actor en todas las civilizaciones.

Iluminismo, magnetismo, electricidad, vapor, eran todos rayos convergentes del mismo Sol: el pensamiento alemán que sondeaba la naturaleza y escrutaba el mundo.

Goethe el patriarca, había desaparecido ya con el presentimiento de la nueva faz que debía revestir la inteligencia de su nación, estudiando la botánica y las flores, descomponiendo la luz en el prisma y verificando él mismo, con el crisol de la química moderna, aquella escena del alquimista descripta por él en el Fausto. ¿Cuáles son los sueños, cuáles las realidades de la vida?

Humboldt reemplazaba a Goethe. Era el nuevo Dios. Escribía el *Cosmos*. Los sabios de la Europa recibían las confidencias de sus páginas, y Arago, que popularizaba en aquel momento los cielos, había anunciado él mismo la lectura del capítulo sobre las Nebulosas en los salones de Madame Recamier.

De pronto corre un murmullo por la Alemania. Por unos es recibido como una esperanza.

acogido por otros con escepticismo y desdén. Acéptanlo unos como una promesa de un nuevo genio, sublévanse otros con sólo oírle, como si se tratara de una rebelión o de una blasfemia.

Un nuevo renombre se había ido levantando entre aquella vida de Universidades, de cátedras y escuelas. Lo llevaba un hombre joven, que era a la sazón catedrático de Historia Natural en la Universidad Real de Prusia.

Sea sentimiento profundo de las propias fuerzas, sea seducción producida por las alucinaciones del renombre, aquel joven catedrático había concebido el audaz intento de anticipar el *Cosmos* de Humboldt.

El joven lleno de audacia y de ciencia había ejecutado su vasto propósito. La *Historia de la Creación*, por el doctor Burmeister, era ofrecida en venta por las librerías de Berlín.

Escribimos estas líneas teniendo hoy en nuestras manos este libro, en una versión francesa tomada de la duodécima edición alemana.

Agosto 16 de 1873.

El presente informe tiene por objeto dar cuenta de los trabajos realizados por la Comision durante el presente ejercicio. En primer lugar se ha dado cumplimiento a lo dispuesto en el articulo 1.º de la Ley de 15 de Mayo de 1901, en virtud de lo cual se ha procedido a la organizacion de la Comision y a la designacion de sus miembros. En consecuencia, el 1.º de Julio de 1901 se reunieron por primera vez los señores D. Juan de Dios Garcia y D. Juan de Dios Garcia, quienes acordaron celebrar una sesion ordinaria el 15 de Agosto de 1901, para dar principio a los trabajos que le corresponden. En esta sesion se acordó que el primer trabajo que se debia realizar era el de estudiar el estado de las cosas en el momento de iniciarse el presente ejercicio, para lo cual se acordó que se nombrara una subcomision formada por los señores D. Juan de Dios Garcia y D. Juan de Dios Garcia, para que se ocupara de estudiar el estado de las cosas en el momento de iniciarse el presente ejercicio, y de presentar un informe sobre el particular a la Comision en el primer mes de su funcionamiento. En consecuencia, la subcomision nombrada se reunió el 15 de Agosto de 1901, y en esta sesion acordó que se ocupara de estudiar el estado de las cosas en el momento de iniciarse el presente ejercicio, y de presentar un informe sobre el particular a la Comision en el primer mes de su funcionamiento. En consecuencia, la subcomision nombrada se reunió el 15 de Agosto de 1901, y en esta sesion acordó que se ocupara de estudiar el estado de las cosas en el momento de iniciarse el presente ejercicio, y de presentar un informe sobre el particular a la Comision en el primer mes de su funcionamiento.

Estado de las cosas

El presente informe tiene por objeto dar cuenta de los trabajos realizados por la Comision durante el presente ejercicio. En primer lugar se ha dado cumplimiento a lo dispuesto en el articulo 1.º de la Ley de 15 de Mayo de 1901, en virtud de lo cual se ha procedido a la organizacion de la Comision y a la designacion de sus miembros. En consecuencia, el 1.º de Julio de 1901 se reunieron por primera vez los señores D. Juan de Dios Garcia y D. Juan de Dios Garcia, quienes acordaron celebrar una sesion ordinaria el 15 de Agosto de 1901, para dar principio a los trabajos que le corresponden. En esta sesion se acordó que el primer trabajo que se debia realizar era el de estudiar el estado de las cosas en el momento de iniciarse el presente ejercicio, para lo cual se acordó que se nombrara una subcomision formada por los señores D. Juan de Dios Garcia y D. Juan de Dios Garcia, para que se ocupara de estudiar el estado de las cosas en el momento de iniciarse el presente ejercicio, y de presentar un informe sobre el particular a la Comision en el primer mes de su funcionamiento. En consecuencia, la subcomision nombrada se reunió el 15 de Agosto de 1901, y en esta sesion acordó que se ocupara de estudiar el estado de las cosas en el momento de iniciarse el presente ejercicio, y de presentar un informe sobre el particular a la Comision en el primer mes de su funcionamiento. En consecuencia, la subcomision nombrada se reunió el 15 de Agosto de 1901, y en esta sesion acordó que se ocupara de estudiar el estado de las cosas en el momento de iniciarse el presente ejercicio, y de presentar un informe sobre el particular a la Comision en el primer mes de su funcionamiento.

ESTUDIO SOBRE "EL GRAN CHACO" DE LUIS J. FONTANA

I

El autor de este libro pertenece al pequeño grupo de jóvenes que, abriéndose una nueva vía en la historia intelectual de nuestro país, han resuelto tentar el estudio y la exploración, ya de su naturaleza ignorada bajo tantos aspectos como de una parte de su territorio hasta hoy desconocido. Han recorrido en estos últimos años, con ardor superior a todos los peligros, la Pampa, la Patagonia, el Chaco, y uno de ellos acaba de poner el pie en las Misiones, atraído por la curiosidad científica y por la avidez de un espíritu poético que necesita saciarse de emociones a la sombra de los bosques seculares.

Un espíritu crítico, sin ensañarse en la censura, podría hacer notar con exactitud que sus exploraciones son incompletas, que conjeturan mucho y deducen poco, y que su aptitud para la observación científica no se halla suficientemente desenvuelta por fuertes y vastos estudios.

El crítico extraño tendría razón; pero podríamos nosotros, a la vez, aducir en justo descargo que estos jóvenes han aprendido a la casualidad, sin maestros y casi sin libros, que se han inspirado en su propia vocación, sin tener otros ejemplos, porque les ha faltado, en los nuevos rumbos

que emprendían, hasta la tradición anterior que señala derroteros y constituye una guía, suscita comparaciones que son una relación entre el presente y el pasado, e impregna la atmósfera de un país de cierta disciplina intelectual, bajo cuya influencia sólo es posible la madurez o el crecimiento de algunos productos intelectuales.

No hay en un país ciencia sin la tradición científica que forma el espíritu de los que la cultivan, que lo renueva y lo perpetúa, que crea entre los actores de la misma tarea, presentes o desaparecidos, la *emulación común*, que no solamente es un móvil mundano, sino un elemento científico, como Descartes mismo lo ha reconocido en su tratado sobre "las pasiones".

Estos jóvenes son, por fin, los primeros argentinos que se ocupan de las indagaciones concernientes a la naturaleza y a nuestro suelo, y debemos saludarlos en su advenimiento, no precisamente para excluir a los extranjeros, según la frase *pampeana*, sino porque su presencia marca una hora propicia en nuestro crecimiento interior. La ciencia se atesora todavía con mayor lentitud que el capital, y no hay pueblo nuevo que pueda ostentarla como propia.

De nuestros labios no deben salir sino palabras de glorificación para los sabios extranjeros que han asociado sus nombres, sus trabajos y sus vidas a la verdadera ilustración de nuestro país, por la investigación de sus fenómenos naturales y el descubrimiento de las leyes que los rigen. No puede, entre nosotros, hablarse de esta clase de estudios, sin rendirles antes de todo el debido homenaje; y como nos llevaría muy lejos de nuestro actual propósito mencionarlos individualmente, nos detendremos a lo menos, delante del *patriarca*, es decir, del más antiguo, ilus-

tre y famoso de todos, del doctor don Germán Burmeister, al que el autor mismo de este libro debe lo poco o mucho que sabe (1).

El doctor don Germán Burmeister empezó su carrera científica por un esfuerzo prodigioso, repitiendo sin vértigo y desde una altura inmensa las palabras con que Empédocles había comenzado su obra: *Escribo sobre el Universo*. La aparición de su primer libro fué un asombro para la misma Alemania sabia: era la *Historia de la Creación* que anticipaba inopinadamente el *Cosmos* de Humboldt, aguardado después de veinte años, y que venía a ligarse con las seis u ocho extraordinarias tentativas que se han hecho en dos civilizaciones para explicar, remontando de causa en causa, la historia general de la Naturaleza, como decía Buffon, o el *sistema del mundo*, según la frase cartesiana más comprensiva y más vasta.

No es cierto que después de trasladarse el doctor Burmeister a la América haya decaído en el vuelo de su genio, por haberse encerrado porfiada y sistemáticamente en una especialidad, como en una cárcel o en una tumba. Ahí está, para demostrar lo contrario, su última obra, que no tiene casi otros precedentes en la historia científica, *La Descripción Física de la República Argentina*, que llega en este momento a su sexto volumen. El autor del libro es al mismo tiempo el autor de los materiales sobre los que éste se encuentra escrito. El escritor y el libro sólo derivan de sí mismos. No hay lugar para las observaciones de los otros ni cuando se estudia la composición geológica del suelo, o se señalan las corrientes del aire que recorren la at-

(1) El señor Fontana ha sido inspector en el Museo, bajo la dirección del doctor Burmeister.

mósfera. Esta peculiaridad da a la obra un carácter extraordinariamente personal, pero revela al mismo tiempo lo vasto, lo complicado, lo múltiple de la inmensa tarea que por veinte años ha absorbido a su sabio autor.

El libro soberano del doctor Burmeister se encuentra al principio de nuestras investigaciones científicas, y las que se hagan posteriormente, bajo todos los aspectos de la naturaleza física, remontarán a sus páginas como a su primer origen. Un día se buscará en nuestros idiomas americanos una de esas palabras compuestas que exprese este pensamiento, para aplicársela como un distintivo o un nombre, recordando aquel río que fué llamado *Meschasebé*, porque era conocido como el padre de los ríos.

II

Digamos ahora pocas palabras sobre nuestro autor, sobre su libro y sobre el territorio apenas conocido a cuya descripción se aplica, a pesar de que las primeras exploraciones daten de tres siglos y se confundan con los pasos mismos del conquistador en estas regiones.

El señor don Luis Jorge Fontana es soldado y es explorador; y no es escritor, ni hombre de ciencia, sino en cuanto se lo han consentido los ocios del campamento o los escasos medios de instrucción que pueden encontrarse viviendo en los territorios desiertos. Así, al hablar de las aves y de los cuadrúpedos del Chaco, los designa por sus nombres vulgares o indígenas, adoptando la nomenclatura usada por Azara, que si no conoció las clasificaciones y los procedimientos del método moderno, tuvo como ninguno el genio de la investigación servida por una me-

moria portentosa. Fontana es su discípulo más directo (1).

El señor Fontana nos contará sin duda un día, cómo sintió nacer y desenvolverse en su espíritu la pasión por las exploraciones; cómo sus observaciones sobre los indios se ligan con sus recuerdos de infancia, con las tradiciones de su familia, que fué de las primeras establecidas en el Carmen de Patagones, desde los promedios del siglo anterior. ¿Cuál de sus amigos no ha oído hablar al señor Fontana de aquel gigantesco cacique Casimiro, de la nación Tehuelche, que había nacido en su casa paterna de Patagones y que le contaba, siendo ya muy viejo, haber concurrido con su padre a la escuela?

La vocación del señor Fontana proviene de estos orígenes, que le hicieron familiares, desde su niñez, el espectáculo de los territorios desiertos, y las costumbres de sus rudos habitantes.

He ahí lo que sabe Fontana: conoce al indio, al del Chaco, al de la Patagonia o al de la Pampa intermedia. Los recuerda, los compara entre sí, los designa por sus modos de vida, escrutando los grados diversos de su desarrollo intelectual. Cuando se llega a estos capítulos amplios y fáciles sobre los "indios", el libro ha salido ya de la investigación penosa, del cauce estrecho donde se detiene, se interrumpe y se estanca a cada momento, como uno de esos ríos sin pendiente que describe en sus páginas; y el autor y el lector respiran por fin y se explayan tras de compresión tan larga. El estilo mismo

(1) Debemos sin embargo, advertir que la nomenclatura científica no le es de todo punto desconocida, y que así, usando con preferencia la de Azara, cuando se trata de las aves, por ejemplo, pone los nombres del índice de Hartlaub.

pierde su rigidez, y sin llegar a las formas flotantes del relato, se hace movable y fácil.

¡Cuánta observación hay encerrada en el capítulo sobre la "inteligencia de los indios", ¿y quién ha señalado con rasgos más propios y naturales las diferencias características entre el indio que recorre la llanura y el indio que habita el bosque, aunque ambos sean nómades y vagabundos? Copiemos, porque la página es tan original como nueva. No ha sido hasta hoy escrita.

"Los indios del Chaco son más inteligentes
" y observadores que los indios de la Pampa
" y de la Patagonia.

"El indio del Sud es indómito por naturaleza,
" de carácter voluntarioso, que vive en una
" región fría y que pisa un terreno extenso sin
" obstáculos; que dispone del caballo, de ese
" elemento poderoso que todo lo pone al alcance
" de sus bolas, de su lazo y de la punta de su
" lanza; ese salvaje, decimos, belicoso y que
" hasta los elementos pretende subyugar al capricho
" de su voluntad; ese ser especial que
" cuando tiene hambre salta rápido sobre el lomo
" de un potro tan fiero e indómito como él,
" y se lanza cual una avalancha hasta saciar
" con sangre caliente y con carne palpitante su
" sed y hambre, para después dormirse sin pena
" y sin gloria, pero satisfecho y nunca cansado
" de correr; ese hombre, repetimos, no
" puede jamás ser tan inteligente y susceptible
" de aprender como el indio chaqueño.

"Un indio pampa o araucano, cuando llega a
" los doce años de edad, ya es un hombre que
" sabe todo lo que debe saber para sustentar las
" primeras necesidades de la existencia, y de un
" modo independiente y absoluto si fuere necesario.

"No sucede así entre los indios del Chaco: un
 " individuo de la misma edad se moriría bien
 " pronto si se encontrase solo, porque a los do-
 " ce años recién se halla a la mitad de su ca-
 " rrera; todavía le faltan conocimientos que le
 " son indispensables; el aprendizaje es mucho
 " más largo, más complicado, más penoso que el
 " de los indios del Sud de la República.

"Estos salvajes aprenden a caminar muy tem-
 " prano con esa prontitud con que da los pri-
 " meros pasos todo niño entregado, desde muy
 " tierna edad, a sus propios esfuerzos; pero la
 " irregularidad del enmarañado terreno que pi-
 " san hace que, desde tan temprana edad, ya
 " empiecen a ser observadores; puede decirse
 " que desde entonces comienza a trabajar con
 " actividad la mente del indio del Chaco, esto
 " es, mucho antes de lo que acontece entre los
 " hombres civilizados".

Sentimos no continuar la transcripción.

III

Este libro es austero y rígido. No tiene sino
 una sola línea, larga y uniforme. ¿Quién lo su-
 pondría escrito en medio de la selva, poblada de
 rumores, y no por uno de esos viajeros del Ata-
 cama, de la Pampa, del Sahara, que sólo vieron
 durante días "un cielo sin nubes sobre un suelo
 sin sombras"? Aquí no hay un reflejo para la
 majestad solemne del bosque, para los caprichos
 brillantes de la atmósfera, para la gracia de los
 accidentes en el curso tortuoso del río, y la so-
 berbia grandeza del clima sólo se expresa por
 las tablas meteorológicas.

El señor Fontana ha recorrido en diversas
 ocasiones el Chaco, teniendo encuentros terribles

con sus bárbaros habitantes. La flecha del Toba ha caído más de una vez sobre su débil barco, y el bramido del tigre estremecido su lecho de hojas, cuando dormía en el bosque. El autor no recuerda, sin embargo, uno solo de estos trances mortales; y la aventura real queda suprimida, cuando habría bastado la imaginaria o supuesta para dar pábulo a la curiosidad de millares de lectores.

¡Cuán profundamente diferente es el método de Pelleschi, que acaba de darnos otro libro sobre el Chaco, con su alma contemplativa o resonante, que se hermana con todos los espectáculos de la Naturaleza, que entona la oración del Angelus, cuando la luz crepuscular de las tardes agrega su tristeza a la solemnidad del bosque, o que en presencia de los esplendores tropicales de la vegetación que dan vida ferviente y poderosa al paisaje, suple la insuficiencia de la descripción por el himno de bendición y de gracias!!!

Pero no debemos comparar géneros tan distintos entre sí. Nuestro autor no anota sino observaciones y sólo consigna resultados. No habla de sí por modestia sincera, y no se abandona a una emoción, por circunspección sistemática.

En una sola ocasión Fontana se permitió una mención personal. Llegaba a la frontera de Salta, habiendo partido de la Colonia Resistencia y después de haber atravesado todo el Chaco austral. El viaje había sido largo y circulaban rumores siniestros sobre la suerte de los viajeros, cuando el Presidente de la República recibió inopinadamente el telegrama siguiente: — “Estoy en Rivadavia. Queda el Chaco reconocido. He perdido el brazo izquierdo en un combate con los indios, pero me queda otro para

firmar el plano del Chaco que he completado en esta excursión. *Luis Jorge Fontana*. El mapa anunciado aparece al mismo tiempo que este libro, pero sin explicaciones y sin historia, porque el autor ha repudiado, como un artificio de composición, hasta este recuerdo terriblemente personal de su brazo roto (1).

Necesitamos, sin embargo, decirlo con franqueza. Comprendemos la gravedad de este método y sus severos motivos, pero no lo aprobamos.

Escribir una obra de enseñanza o *didáctica* sobre el Chaco es intentar casi lo imposible, puesto que se trata de un territorio tan grandemente desconocido. Verdad es que hace siglo y medio lo ensayó el Padre Lozano; pero el buen Padre tenía a su servicio una maquinaria prodigiosa que llamaremos poética, subordinándonos al uso, pero que era puerilmente prodigiosa. Así nos presenta con un candor seráfico indios que caminan para adelante como los *hombres*, pero que tienen rodillas para atrás como los pájaros; árboles que producen *aves*, y cuando el interés desfallece, serpientes enormes que sobrepasan a las de la Biblia, porque ya no engañan a las mujeres, sino que las fecundan, cuando las encuentran dormidas a las orillas de los ríos.

El señor Fontana nos ha dado un libro lleno de altas reflexiones y provisto de las más severas noticias. ¿Pero cómo, a más de útil, habría sido bello, si dejándole por fondo sus datos tan penosamente recogidos, sus observaciones pacientes, su mapa, — que es el mayor por su extensión y que será por mucho tiempo el más

(1) Como hemos de hablar con reiteración de este mapa, sobre el que el señor Fontana ha concentrado la atención más prolija, debemos advertir que ha tenido tiempo para introducir en su formación datos recogidos con posterioridad a la composición de su libro.

completo, — hubiera dado al mismo tiempo a sus páginas la animación de los relatos o el interés dramático de los peligros corridos?

Ni aun siquiera esto. Bastábale agregar, en breves toques, a sus verificaciones, descubrimientos o rectificaciones, el canto indio que se oyó en la soledad de la noche y del que se recogieron dos o tres palabras para el curioso vocabulario que el libro contiene; el pájaro que vuela, la nube que pasa, la flor bella y rara, o la lágrima vertida sobre una de esas tragedias del desierto, en las que la vida concluye por el hambre, por la sed, por la bestia bravía, o por el áspid venenoso. Estos rasgos son los que convierten al lector mismo en viajero, porque son pintura para sus ojos y fuente de emociones para su alma.

IV

Hace siglo y medio que el Padre Lozano escribió el primer libro monográfico aplicado a la descripción de esta región, y el Gran Chaco Guallamba no ha perdido hasta hoy su carácter misterioso. Lo tuvo desde que fué conocido con un nombre.

Chacú, dice el autor de este libro, significa en quíchua: “un grupo de guanacos que se refugia en los montes impenetrables de un país misterioso”. Pero una sola palabra, formada de cinco letras, no puede expresar tanto a la vez, aunque sea quíchua y provenga del sánscrito o del griego, que son tan conocidos por su aptitud para combinar y componer palabras. “Llámase, dice Alcedo en su Diccionario Americano que debiera ser consultado. Chaco, o con más propiedad Chacú, que en lengua quíchua significa junta o compañía, porque allí se juntaron los indios de

muchos países, huyendo de las conquistas de los incas y después de los españoles”.

Una región como la del Chaco sólo será debidamente explorada por la colonización. Los años pasan, — los exploradores penetran y vuelven; y tras de sus pasos el bosque deja caer nuevamente su cortinaje impenetrable y el desierto se envuelve otra vez en sus seculares misterios.

¿Qué se sabe hoy sobre el Pilcomayo, desde que, en 1719, *avanzando sus correrías anuales los vecinos de Tucumán*, como dice tan sencillamente el Deán Funes, “dieron con un río que se creyó ser el Pilcomayo”? Arenales ha publicado el *Diario del Padre Patiño*, que fué el primero en seguir su curso, sin que sus datos hayan sido hasta hoy esclarecidos, rectificadas o completados; y será una de las curiosidades de este libro el itinerario de viaje que contiene el reconocimiento de la entrada del Pilcomayo en el Paraguay.

El Bermejo ha sido navegado, y nuestro autor resume las experiencias hechas en las siguientes advertencias: “Acéptense estos ríos en su estado actual, o no se naveguen. Navéguese por los canales naturales, sin tratar de modificar el cauce de los ríos que corren en la parte baja del Chaco. El suelo es de arena. No hay declives, y el río empujado por las crecientes o las lluvias puede pasar al año siguiente a media legua de los canales actuales”. Se avanza muy poco. Hace cincuenta años que Arenales consignaba estas mismas observaciones, sin concluir *a priori*, como el señor Fontana, contra la ejecución de los trabajos hidráulicos que pueden suplir precisamente estas deficiencias naturales.

¿Qué hemos averiguado sobre el hierro nativo del Chaco, al que se dió origen meteórico? Los datos que consignaba ahora sesenta años *La Abe-*

ja Argentina no han sido aún adelantados, y no se hace sino repetirlos en relatos, a los que empieza a mezclarse la leyenda sobre este territorio de *Otumpa*, que algunos traducen por *Campo del cielo*. ¿No será simplemente una mina de hierro como lo dice Alcedo? “El Chaco no tiene minerales algunos, aunque dicen que antiguamente los trabajaron los indios, y sólo se descubrió poco ha uno de hierro, que al principio se creyó fuese de *oro*” (1).

V

Hay accidentes de la conquista que siguen perpetuando su influencia después de tres siglos. Basta desplegar el mapa para ver que por el Chaco debiera cruzar el camino más recto para unir el litoral argentino con las provincias del Norte y con la tierra de los Incas. Esta es la demostración de la primera mirada, y los descubrimientos del Bermejo y del Pilcomayo vinieron todavía a manifestar después que las grandes vías de esta comunicación se hallaban trazadas por la naturaleza misma.

Pero las tentativas de la conquista fueron infructuosas. El Chaco quedó cerrado, habiéndose acrecentado los terrores misteriosos que inspiraba, por la impotencia misma de tantos esfuerzos heroicos.

Juan de Ayolas reemplaza a Mendoza, atraviésala combatiendo el pavoroso territorio, tarda seis

(1) Al rorregir estas pruebas (1883), leemos en los diarios que se han malogrado con su resultado dos expediciones en el Chaco, que se proponían encontrar el “Campo del Cielo” y traer fragmentos del metal meteórico. Los derroteros indicados resultan falsos. No hay tal “Campo del Cielo”. ¿Las “pistolas” depositadas en el Museo de Londres, no serían sino una superchería, en la que hubieron engañados y engañadores?

meses en la ida y en la vuelta, pero vuelve para morir en una de las más trágicas jornadas de aquellos horribles tiempos. La hazaña de Ayolas sólo fué repetida estérilmente por Irala; y después de las expediciones de Alvaro Núñez, de Diego de Mendoza, de Vera y Aragón que abarcan un período de medio siglo, los conquistadores abandonaron el pensamiento de llegar al Perú por tierra o por agua atravesando el gran Chaco-Gualamba.

El pensamiento se reanima en los tiempos posteriores, pero ensayado por actores muy diversos, o bajo otros móviles. Son los jesuítas que no buscan ya la *tierra del oro*, como en los días fabulosos de la conquista, sino una comunicación fácil y directa entre sus Misiones del Paraguay, Córdoba, Santiago y Chiquitos. A una de sus exploraciones pertenece el conocido *Diario del Padre Gabriel Patiño*, que tiene por objeto demostrar que el "río Paraguay y el Pilcomayo son dos ríos diversos", y "que el segundo entra en el primero por dos brazos". Fontana sostiene en su libro que no hay *tales dos brazos*, habiendo después reconocido que su contradicción era un error, y ha tenido felizmente tiempo de salvarlo en su mapa.

Debíamos rendir a la memoria del Padre Patiño, ya que lo nombramos, este homenaje.

Las provincias del Norte, ya formadas, procuran a la vez salir al *litoral* de los grandes ríos por el camino más recto del Chaco. El intento tiene sus primeras manifestaciones en Tucumán y se traslada a Salta, donde echa raíces profundas.

Desde el gobernador Arias, desde don Juan Fernández Cornejo, este pensamiento de una rápida comunicación con el litoral al través del

Chaco es una "leyenda", o más bien una preocupación popular para los habitantes de Salta; y cuando la presidencia de Rivadavia sobrevino y fué traído a la luz todo cuanto se había imaginado como un progreso durante un siglo, Soria abordó con débil esquite las corrientes tortuosas del Bermejo, henchiendo sus velas las esperanzas de todo un pueblo más que los impulsos del viento, casi siempre acallado en aquellas vastas soledades.

Es innecesario contar el desenlace de este viaje, tan conocido por las desgracias de su noble e intrépido promotor.

La expedición que acaba de realizar el coronel Solá no es así sino el último anillo de la cadena que sigue desarrollándose después de siglo y medio. Por los vínculos seculares de la familia, por la transmisión del mismo propósito que va perpetuándose al través de cinco generaciones, Napoleón Uriburu y Juan Solá son los herederos de Arias y de Cornejo, viniendo a colocarse como intermediario entre ellos el coronel don José Arenales, con las *Noticias históricas y descriptivas del Chaco*, que no han sido sobrepasadas en su mérito por ninguna publicación posterior (1)

VI

No se remonta corriente alguna para hacer una investigación en el pasado sin encontrar in-

(1) Don José Arenales, hijo del famoso general de este nombre, pertenecía también por sí y por sus antepasados a la provincia de Salta. La navegación del Bermejo ha sido entregada a la explotación de una compañía por una ley del Congreso, en los últimos años; y aunque no haya dado resultados comerciales, se han hecho viajes numerosos, atravesando todo su curso. Por el brillo del estilo y lo ameno de la lectura, puede, sin embargo, recorrerse el folleto del doctor don Benjamín Villafañe, titulado: "Orán y Bolivia a orillas del Bermejo", en el que se encuentra el Diario de viaje del Capitán Paje.

mediatamente el nombre de Azara. Es uno de aquellos hombres que se hallan al principio de las cosas, como decían los griegos, y que nosotros llamamos iniciadores. Fué Azara el primero que dejó consignadas las denominaciones de las tribus que habitan el Gran Chaco, con propiedad y bajo las debidas separaciones; mientras que Alcedo llena una página entera de su Diccionario con el confuso vocabulario de sus bárbaros apelativos.

¿Cuál es el número de los habitantes de esta región? No hay un solo dato preciso. Alcedo lo calculaba en cien mil. El coronel Uriburu, ex gobernador del Chaco, ha repetido en nuestros días la misma cifra, mientras que el señor Fontana limita su valuación a una cifra intermedia entre cuarenta y cincuenta mil.

Todo esto es incierto, y no puede menos de serlo. Las calificaciones de "Naciones" o "Tribus" no se apoyan sino en la diversidad sospechada de los idiomas; y es sabido, tanto por los estudios filológicos como por las excursiones recientes de Stanley en el Africa Central, que las tribus nómades van perdiendo y transformando sus lenguas, a medida que se transportan de lugar en lugar, abandonan la vista de ciertos objetos y se ponen en presencia de otros. Las tribus del Chaco son por lo general nómades, y esta es la dificultad. Es más necesario que la escritura, para fijar un idioma, el asiento permanente del pueblo que lo habla.

Pero una vez venido a este punto, nuestro autor opina con autoridad propia, eleva la voz, impone silencio a los otros y dice: "Nuestra larga residencia y nuestros viajes, nos autorizan para afirmar que los indios que habitan el Chaco se hallan divididos en seis naciones, que hablan seis lenguas también distintas entre sí".

Entre estas seis "naciones" hay dos que se aproximan a una rápida decadencia, y otra que se extingue a nuestra vista: la nación *chunupí*, y el autor muestra en sus colecciones el cráneo fracturado del indio, que fué el último de sus caciques. Nunca se salvará la distancia que hay entre la *ficción* y la realidad! Cooper no habría podido jamás demostrar de un modo tan auténtico la existencia de su último Mohicano. Faltábale este *documento*, como dice la nueva escuela literaria que se propone protocolizar la vida contemporánea con todas sus realidades, para que viva por siempre en los archivos del género humano.

Debemos agregar que, a pesar de ser el libro de nuestro autor tan curioso y lleno de informes, en todo lo que respecta a las costumbres de los salvajes, nada contiene sobre aquellas terribles mujeres de los *mbayás*, acusadas por Azara de no criar sino un hijo, porque mataban a los otros. Pelleschi había ya repudiado la vieja imputación con frase conmovida, en un arranque tan caballeresco como poético; y el silencio de Fontana resuelve hoy la cuestión y para siempre en favor de la noble hija del desierto.

Estos capítulos sobre los indios se cierran con un capítulo revestido del más profundo interés. Se titula "*la inteligencia del indio*", y se habla del indio del Chaco, del de la Pampa y de la Patagonia, con un conocimiento extraordinario. Nada hay que discutir, porque no se exhibe, en las costumbres del indio, un solo rasgo arbitrario. Ibamos a transcribir algunos párrafos, pero es necesario leer el capítulo por entero. Lo que en otra parte podría ser un defecto, es aquí una calidad. Esa rigidez misma del estilo favorece la precisión del retrato.

VII

¿Qué quedará de la obra del señor Fontana? Las observaciones meteorológicas — los capítulos sobre los indios, y el mapa del Chaco que para ser apreciado en su valor debe ser comparado con el que diseñó Arenales, reuniendo con prolijidad infatigable cuanto dato existía hasta aquel momento. No mencionamos el de Moussy, porque no es sino una copia del antiguo, que tiene evidentemente un origen jesuítico.

Un tono grave, la reflexión severa, la noticia exacta, son las calidades primordiales de este escrito; y si se nota que puede faltarle a veces cierto mérito literario, sería justo agregar inmediatamente que existe para su autor el mérito superior de haber aceptado por años la vida agobiante del desierto, afrontando peligros que dejan de ser romancescos cuando son atestigüados por las cicatrices de las heridas recibidas. Todo cuanto avanza el mapa de Fontana sobre el de Arenales ha sido costosamente pagado por su brazo roto!

Nunca fué fácil preparar los materiales de un libro con la inmolación de sí mismo; y una curiosidad anhelosa ha seguido siempre por este motivo los pasos de los exploradores en las regiones desconocidas del globo. Agradecemos al señor Fontana sus prolongadas fatigas y tengamos en cuenta al leer su libro que el centro de un bosque en el Chaco no es un gabinete cómodo para el estudio. Las academias literarias deben buscar en otra parte sus adeptos.

VIII

Empieza así para nuestro país y para esta par-

te de la América la segunda creación, es decir, su posesión por la ciencia, su fecundización por la inteligencia humana. (1)

La tarea es inmensa, pero es una grata nueva el que podamos en adelante contar, a más del auxilio extraño, con nuestro propio esfuerzo. Ahí está como testimonio y núcleo de los nuevos y nobles trabajos la "Sociedad Científica", que cuenta ya algunos años de existencia y que debiera ser revestida de un carácter público por un acto solemne del Gobierno.

De ella han salido: Moreno, que desde la Patagonia se asocia a los trabajos de los sabios que tratan de reconstruir el nombre prehistórico, habiendo fundado el Museo Antropológico, que será honor para su Patria y gloria para su nombre; Zeballos que ha popularizado con éxito sorprendente la obra de nuestros soldados y cuyo libro se difunde cada vez más por Europa, porque *quince mil leguas* de un nuevo territorio surcado por enormes corrientes de agua y que se ofrecen de improviso a la habitación, ocupación y cultivo de las muchedumbres sin pan y sin abrigo, constituyen por cierto un gran acontecimiento humano; Holmberg, que abandona los vuelos de su inteligencia ardiente y fácil, aprisionándola dentro de la red estrecha de *una especialidad*, sobre la que hará pronto revelaciones desconocidas; Lista, viajero por amor de la ciencia y por el gusto de la escena nueva, y que refleja esta doble vocación de sus escritos realzados por la observación útil y por el brillo del colorido; Eduardo Aguirre, que estudia en nuestras montañas los secretos de sus estructuras; Félix

(1) Puede criticarse la palabra "Creación". Pero todo cuanto decimos en este párrafo y en el siguiente, debe entenderse dentro del "orden" normal y humano.

Lynch, que entregado a prolijas investigaciones sobre la vida de los insectos argentinos, nos presenta ya interesantes relatos de su desconocida economía; Enrique, su hermano, que se ocupa de la Bibliografía, para mantener siempre extendido el débil hilo de nuestra tradición científica, aplicando su espíritu crítico, benévolo y sutil al trabajo de sus contemporáneos.

Debemos también nombrar a los que no escriben, pero que enseñan, como Arata, afrontando decorosamente la rivalidad de los profesores venidos de Europa, y a los que obran, como White y Lavalle, dirigiendo nuestras grandes obras públicas con el criterio de la ciencia y el sentimiento profundo del bien público.

IX

Todos estos trabajos empiezan a dar un nuevo aspecto a nuestro desarrollo intelectual. Valen por la utilidad directa que llevan consigo, y porque bajo su acción se inicia entre nosotros la propagación del *espíritu científico*, que cuando se halla difundido como una atmósfera, da elevación a la mente nacional, solidez a las convicciones y prosperidad a los pueblos. No basta el brillo del espíritu literario que se ostenta por las obras de la imaginación y del arte; muchos pueblos lo han tenido, quedando sin embargo, apartados de los grandes y verdaderos senderos del progreso humano. No hay civilización consistente sin el espíritu científico.

Lo hemos ya dicho en otra ocasión. No consiste la difusión del espíritu científico en que todos sean sabios, lo que sería imposible, sino en que la mente nacional se halle exenta de preocupaciones, en que no se susciten estorbos a la investi-

gación y al examen, y en que todos sepan, por fin, que no existen hechos extraordinarios. En el orden físico no hay fenómeno que no se halle regido por una ley; y la rotación de la vida social se compone también de causas y de efectos de tal manera que nada subsiste en el presente que no deba ser explicado por el pasado.

El espíritu científico ha suprimido el *arbitrario* en el gobierno del Universo.

Domina el espíritu científico cuando los pueblos y los hombres saben que llevan sobre sí la responsabilidad de sus propios destinos, que son dueños de sus actos, aunque no lo sean de sus consecuencias, que no deben, sin embargo, imputarse a la casualidad ciega, sino a sus actos mismos.

Nada hay perdido en la sociedad como en el mundo; y la acción más ligera o transitoria, proceda ya de una fuerza física o de la voluntad humana, está del mismo modo destinada a transmitirse y perpetuarse en efectos inmortales.

Es tiempo ya de concluir. Aplaudamos a los trabajadores *de la primera hora* y leamos siquiera sus libros en testimonio de adhesión a sus nobles esfuerzos.

Noviembre 6 de 1881.

ESTUDIO SOBRE LA "MEMORIA HISTORICA Y DESCRIPTIVA DE LA PROVINCIA DE TUCUMAN"

de Paul Groussac

I

Han pasado ya algunos años desde que el nombre de don Pablo Groussac nos fué por vez primera revelado.

Escribía en una de nuestras revistas sobre Espronceda, el poeta de *El Diablo Mundo*, y sobre Trueba, el cantor popular.—Quedamos sorprendidos. No habíamos leído en nuestro idioma apreciaciones más finas y de un vuelo tan elevado.—El análisis se mezclaba al drama. Era un estudio literario y a la par un estudio humano. En el poeta se buscaba al hombre y a través de sus versos se divisaban las vicisitudes de su vida o las palpitaciones de su corazón. Cuánta distancia había entre este modo de exponer y juzgar las obras literarias, y las persecuciones gramaticales de Villergas o aquellas disecciones o calificaciones de Martínez de la Rosa en su *Poética*, que no es sino un herbario. Era la aplicación entre nosotros de los procedimientos de la crítica moderna, como es practicada por Sainte-Beuve, o por Nissard.

El señor Groussac siguió escribiendo sobre crítica literaria y aplicándola en ocasiones a es-

critores argentinos. Huía la detractación sistemática que conduce a la depresión moral o intelectual,—conciliaba la equidad con el juicio exacto, pero evitando el elogio excesivo que suena con voz estentórea en las alturas, que suprime los matices intermediarios o que excediéndose en blanduras, da tonos afeminados al discurso. Nuestro amigo comprendió pronto que no era ésta una vía a trillarse en nuestro país, aunque pudiera ser la más recta y natural para su inteligencia.

Levantó entonces el intento, pero girando en una esfera más espaciosa y alta: escribió biografías de hombres célebres, para ligar con sus nombres largos períodos de la historia.

Los temas fueron viejos, pero su desempeño era verdaderamente nuevo. ¡Cuánta novedad en ciertos cuadros, al mismo tiempo que en cada página se descubría una observación penetrante! Escribimos bajo la reminiscencia de una lectura lejana, y no somos sino fieles a la impresión que nos dejó, pidiendo a su autor una edición de este libro, cuyas páginas se deslizaron desapercibidas en un diario obscuro de provincia, creyendo tal vez sus escasos lectores, por el título de sus capítulos, por la ausencia de toda designación local y por el nombre extranjero de su autor, que se trataba solamente de la reproducción de una obra europea. Suele a veces intentar esta tarea nuestra prensa del interior, y periódico hemos visto, que a pesar de no salir sino dos veces por semana, acometía resueltamente la reproducción de *El Evangelio en triunfo*, que don Pablo Olavide escribió en los últimos años del siglo pasado.

Pero el señor Groussac se consagraba con vocación creciente a la enseñanza, hasta que vino

a absorberlo por entero. Se fundó la Escuela Normal de Tucumán, célebre ya en nuestro mundo pedagógico, y fué su Rector. Conocemos y empiezan ya a conocer algunos otros los pormenores de la tarea *benedictina* que por seis años ha ocupado el tiempo y la inteligencia de nuestro amigo. Es Rector de la escuela y preside a su vasta enseñanza, haciéndose presente con su palabra en cada curso,—dando al uno el texto que ha compuesto en todo o en parte,—a otro el método de las lecciones—y siendo el *alma* de aquella *alma mater*, como acaba de decir un escritor eminente del Rector de una Universidad inglesa, sin temer el eufonismo o el rebuscamiento de la frase.

II

La Comisión local de la Exposición de Tucumán solicitó últimamente los servicios del señor Groussac. Era necesario preparar una *Memo-ria histórica y descriptiva de la Provincia*,—y se quiso que fuera ella presidida, como una introducción, por su bosquejo histórico.

Este es el origen del presente *Ensayo*, ejecutado realmente en tres semanas, lo que nos costaría hasta decirlo, si no conociéramos los estudios que hace diez años ocupan a su autor, para conocer la España, sus colonias y su idioma, que ha llegado a poseer en toda la riqueza de sus expresiones. Abrase por cualquier parte este libro, y señálese una línea que revele ser un extranjero quien lo escribe; y no solamente por la frase, que ya es mucho, sino por la inteligencia de los acontecimientos que se narran y que el autor comprende como si se hubieran producido dentro de su atmósfera natal.

El *Ensayo Histórico* del señor Groussac no tiene precedentes. Verdad es que el señor Granillo escribió una *Memoria sobre Tucumán* para la Exposición de Córdoba, pero no es ella sino una colección de datos, aunque sin duda muy interesantes. Falta el *verbum* interior que se hace carne con la palabra y que da carácter personal a un libro. La obra no tiene por otra parte sino propósitos actuales, y no es histórica. Groussac mismo contribuyó a su formación, y se encuentra allí aquel cuadro suyo—*Et Vidit promissam terram*,—describiendo la selva tucumana bajo esas formas de identificación poderosa que hacen circular la savia en el árbol y la sangre en el hombre, al que sólo falta, para ser completo, el largo grito con que René respondió al mugido de los vientos en los bosques de la Florida, asociando a la inmensidad de la naturaleza el clamor insaciable del deseo humano.

III

Todos nuestros poetas han lanzado al aire la misma nota hablando de Tucumán, desde el famoso Arcediano, que encerró el primero los bárbaros apelativos de estas regiones dentro de las prisiones rítmicas de una octava, hasta nuestro Echeverría, que repetía o igualaba a Byron en su célebre estrofa sobre la Grecia, cuando abría su último y grandioso poema, exclamando:

¿ Conocéís esa tierra bendecida
Por la fecunda mano del Creador?

Tierra de los naranjos y las flores,
De las selvas y pájaros cantores,
Que el Inca poseyera, hermosa joya

De su corona regia, donde crece
El Camote y la rica Chimimoya
Y el naranjo sin cesar florece.

.

Barco Centenera sólo había dicho en su ingenua trova:

La Tucumana tierra bastecida
de cosas de comer...

Pero no se trata en este momento de describir a Tucumán. La Comisión de la Exposición ha querido que lo *histórico* preceda al paisaje, siguiendo sin duda la grave regla del Padre Feijóo, al hablar de Galicia, su tierra: "Bueno es llegar con algunos conocimientos al lugar de que se trata".

La obra encomendada al señor Groussac tenía tres divisiones naturales, y las ha adoptado. Son las de nuestra historia misma:—la ante-Colonial,—la Colonial—y la patria. Sigamos ahora a nuestro autor, desdoblando rápidamente sus páginas y marcando con lápiz uno u otro pasaje. Somos lectores y no críticos.

El libro se abre con el fabuloso relato del Inca Garcilaso, introduciendo a los embajadores del país de Tucumán en el palacio del Cuzco y ante el Inca *Huiracocha*, nombre que repiten hasta hoy los indios bolivianos, para decir—*señor* o *don*. Vienen a someterse, y el caso es único en la historia. Es la servidumbre *sponte sua*, pero que se la busca para encontrar bajo su sombra una civilización más adelantada.

Con esta escena arrancada a la leyenda primitiva de la América, hace igualmente su aparición el escritor, y nombrando a la sagrada Cuz-

co, sus templos y sus jardines, y mostrando al Inca vestido con su túnica de vicuña y sentado sobre un trono de oro, escribe una de esas páginas amplias y grandiosas, que avanzan como un pórtico para conducir al lector.

En la historia ante-Colonial casi todo es incierto, empezando por el origen de la palabra que da nombre a la región. Se conocía sin duda el algodón, cuyo cultivo ha ido decreciendo, mientras que se acreditaba en la otra extremidad de la América hasta ser un poder, ser llamado un *Dios* y producir guerras.

Hacemos notar esta circunstancia, porque fueron los tucumanenses los únicos indios que se presentaron vestidos de una tela delante del conquistador español, en el territorio hoy argentino. El Inca Garcilaso menciona entre los objetos llevados como un homenaje por los embajadores al Inca Huiracocha, mucha "ropa" de algodón. "Fué el primer descubridor y conquistador del Tucumán, dice Alcedo, don Diego de Rojas, el año de 1543, con algunos capitanes..., los cuales entrando a los llanos, encontraron algunos pueblos de indios, y en los valles de Salta y Calchaquí, *mucha gente de manta y camiseta*". Por hallarse vestidos no eran estos indios menos intrépidos y feroces. El heroico Diego de Rojas pereció bajo sus manos.

¿Era igualmente conocida la caña de azúcar? Es frágil y sobre todo caprichosa la memoria popular, que retiene a veces con singular empeño y olvida en otras ocasiones con una inconsciencia inexplicable. De ahí el vacío permanente de todas las historias, antes de llegar al período del relato escrito. Habíamos oído decir desde niños en Tucumán, que el doctor don José Colombres Thames, muerto con la investidura del

obispado y uno de los firmantes del Acta de la Independencia, había sido el primero en introducir la caña de azúcar, trayéndola de Santa Cruz de la Sierra, y se mostraba el establecimiento donde se plantó y alcanzara a ser beneficiada. El doctor Colombres fué el primer cosechero de azúcar, pero la caña era conocida como el algodón desde los tiempos anteriores a la conquista.

¿De dónde proviene el nombre de Tucumán? El señor Groussac ensaya, después de tantas, una nueva explicación. La radical de Tucumán es *utuc*, designación quichúa de algodón, y la desinencia—*man*, que significa *lado, hacia, de donde*. *Utucman* o Tucumán, sería de esta suerte el *país del algodón*. ¿Prevalecerá esta versión sobre la tan vulgarizada, que hace derivar el nombre del país del de uno de sus caciques prestigiosos del valle de Calchaquí? Admiraremos antes de todo la sabiduría de Moussy, cuando dice: "*Tucumanhao* dejó su nombre a la provincia, ya desde *antiguo* designada bajo el nombre de Tucumán". *Tucumán*, opina nuestro autor, no puede venir de *Tucumanhao*, porque el compuesto sería en tal caso más corto que el radical.

Es muy difícil poner paz en estas discordias, cuando son inciertos los términos mismos en que se las plantea. Escribase de otro modo el nombre del cacique, y se escapa a la refutación anterior. Oíganos a otro autor: *Tucumán*, dice, deriva su nombre de un cacique *Tucman* que dió el de *Tucmanhahao* a su pueblo, compuesto del suyo propio y de *ahaho*, que en lengua de los Calchaquíes significa *pueblo*. Nuestro amigo el doctor Lársen, que ha publicado con excelentes advertencias el *Vocabulario* de la lengua

lule del Padre Machoni, se adhiere entre tanto a la etimología que hace derivar *Tucumán* de *Tucuímán*, que significa *frontera*, por cuanto *Tucumán* lo era para el imperio de los Incas.

Aventuremos por nuestra parte otra etimología, que nos fué sugerida en cierta ocasión por una persona competente: *Tucu*, significa luz; y se llaman popularmente "*tucus*" las luciérnagas que bordan con sus brillantes chispas el manto azulado de la noche en los trópicos; *iman* es cabeza. Tendríamos de tal manera en *Tucuíman*: *Cabeza de luz* o *Cabeza luminosa*, y que el caudillo de los Calchaquíes fué saludado con este nombre. Los idiomas indios, por su carácter mismo aglutinante, son a veces singularmente expresivos.

IV

Nos hemos detenido sobre estos pormenores que pudieran reputarse nimios, porque ellos nos dan motivo para hablar de los nuevos rasgos que caracterizan este libro. Son su tentativa para aplicar a la explicación de los tiempos oscuros de nuestra historia los procedimientos científicos de la crítica moderna. Esta es la intención más trascendente del autor y el título de honor de su obra. Los materiales indudablemente faltan y no se acierta a salir de la conjetura. Pero llega para nuestro país el período de las investigaciones serias y son su testimonio la colección prehistórica del señor Ameghino en la Exposición y el Museo antropológico fundado por el señor Moreno.

Recomendamos, entre tanto, las observaciones de nuestro autor sobre la idiosincrasia de la provincia quíchua resistiendo a la acción disolven-

te de la ocupación española,—las graves reflexiones sobre lo estacionario de la civilización *quíchua*, escritas con la alta razón de un verdadero historiador,—sobre el estado de civilización alcanzado por la población indígena, y que tienen ya una base en los descubrimientos de los profesores Liberani y Hernández.

Entre todos los elementos aplicados a la reconstrucción de los tiempos pasados, ninguno está llamado a tener mayor aplicación como el filológico. La palabra humana es más expresiva y duradera que el monumento. Señálense las palabras que usaba un pueblo, y se sabrá sus ideas, lo que se hallaba al alcance de sus manos o de su inteligencia, lo que conocía y lo que ignoraba. El señor Groussac cierra este capítulo con la siguiente observación tan profunda como original:

“ La lengua quíchua del Tucumán no era ni
 “ es una simple adulteración de la cuzqueña, co-
 “ mo comúnmente se repite: — es *una lengua*
 “ *formada* con palabras quíchuas sobre gramáti-
 “ *ca lule*. Lo ha dicho excelentemente Renan:
 “ citaríamos muchos pueblos que han enriqueci-
 “ do o renovado su vocabulario, pero muy pocos
 “ que hayan corregido su gramática”.

V

Entremos ahora en el período español y nos viene a la memoria el verso de Barco Centenera:

“De ver por cierto es, tucumanences
 “Nunca gobernador hallaron bueno”.

Y a la verdad, el mal gobierno del Tucumán fué durante un siglo uno de los proverbios de la Colonia.

Pero antes de la ocupación fué la conquista,— el duro y terrible batallar. La leyenda de los cuatro aventureros españoles pertenecientes a la expedición de Sebastián Gaboto y que desde el Paraná atravesaron los primeros hasta el Cuzco, abriéndose paso por entre peligros infinitos, reaparece con letras de fuego en las páginas del historiador.

Fué llamada esta aventura la *Conquista de los Césares*, nombre fantástico de pompa y de guerra que la imaginación de los conquistadores asociaba a sus ensueños. La persecución de la soñada ciudad de los “Césares” a través de las Pampas, de la Patagonia, del Chaco, del Atacama, ha costado tanta sangre como el enseñoreamiento real de una vasta región.

He ahí uno de los rasgos característicos de la conquista española. El valor inmenso y la insania desmesurada, la crueldad para los otros y para consigo mismo, se asocian en la misma proporción. No es cierto que la lectura del Quijote haya extirpado en el español el espíritu de aventura desenvuelto por nueve siglos de guerra. Se ha agotado conquistando un mundo, y ahí está su itinerario sangriento desde la tierra del Labrador hasta el Cabo de Hornos.

VI

La conquista de Tucumán no ofrece rasgos peculiares. Se extermina al indio hasta que se le somete, y una vez dominado es entregado en encomienda. Cuarenta y siete mil indios lules fueron de esta suerte dados a cincuenta y seis en-

comenderos.—El botín era óptimo.—La encomienda era peor que la muerte, porque se terminaba por ella después del sufrimiento de tres o cuatro generaciones.—Siglo y medio después no había un solo indio *lule*.

Viénnenos a la memoria las palabras con que Drapepr ha descripto esta destrucción de las razas indias: "Los que no morían bajo el azote, expuestos a los ardores de un cielo tropical, encontraron su muerte en las tinieblas de las minas. Desde los bancos solitarios de arena, en los que el flamenco rojo suele ser divisado pescando en la aurora del día; desde los matorrales formados por nopales cuyos follajes encubre la fiebre; desde la profundidad de los bosques impenetrables; desde las guaridas ocultas entre las grietas de las rocas; desde las nieves eternas de los Andes o desde las soledades inmensas que se extienden a su pie y en las que no hay otro testigo sino el sol—un grito inmenso de desesperación se levantó hasta el cielo. Razas y naciones enteras fueron destruidas sin misericordia".

Las Casas, que fué Obispo de Chiapa y el gran denunciador, afirma que fueron exterminados quince millones de indios. Así quedaron extinguidas, exclama Draper, en México y en el Perú, civilizaciones enteras y en las que la Europa misma habría tenido que aprender. No se trata aquí de un grito de conmiseración.—Esta es una opinión reflexiva para el grave historiador que ha contado la historia del desenvolvimiento intelectual de la Europa y la expone en varios pasajes de sus obras.

Las civilizaciones mexicanas y peruanas destruidas por los españoles, eran, en su concepto, iguales sino superiores a la que éstos traían a la América. Corren hoy otros vientos para la crí-

tica histórica, y empiezan a reputarse altas las cifras de Las Casas sobre el número de los indios, y fabulosos los relatos que enviaron a España, sobre las grandezas mexicanas, los compañeros de Hernán Cortés. Hay todavía otro aspecto del asunto, y es contemplar la suerte de las naciones sudamericanas donde se mantuvo predominante en la población el elemento indígena. El problema es arduo y no haremos sino mencionarlo, siguiendo el ejemplo de nuestro autor.

VII

Empieza el siglo XVII encontrando terminada la obra de la conquista.

Han sido ya fundadas las seis ciudades que debían dar sus nombres a otras tantas provincias, exceptuando a la triste Esteco, que fué destruida por un terremoto y cuyas familias principales se trasladaron a Tucumán (1). Ahí están los primeros delineamientos de la vida colonial que va acreciendo por el establecimiento de las órdenes religiosas, por las reducciones de indios sustituidas a las encomiendas, por la cría de ganados, por el cultivo del suelo, o por el arribo de nuevos pobladores, especialmente al iniciarse cada gobierno.

La primera ocupación española se había modelado *sobre el padrón indio*, estableciendo en Santiago a orillas del río Dulce su sede principal, hasta que ésta empezó a desmembrarse por el atractivo de las poblaciones crecientes y por la fuerza misma de las cosas, trasladándose, bajo ciertos aspectos, ya a Córdoba, Salta o Tucumán. Es curioso este movimiento en las sombras

(1) Las de Colombres, Talavera, tienen este origen.

para dar la cara al porvenir. Las plantas, los hombres, los pueblos, buscan instintivamente la luz.

La Universidad de Córdoba es fundada por Trejo y Sanabria, el primer Obispo criollo que haya tenido el Tucumán, cuyo centenario acaba de celebrarse y que parece haber nacido en el Paraguay y no en Lima, como lo testificaban Alcedo y otros autores. Le seguirá más tarde la aduana establecida también en Córdoba, para que esta ciudad sea el *puerto seco* por donde pasen inevitablemente las mercaderías.

La vida colonial sigue acentuándose, y son sin duda las páginas más interesantes de este libro las que cuentan su desarrollo. No hay ni puede haber otros hechos fuera de los conocidos; pero las apreciaciones sobre su conjunto, la tendencia a enlazar las causas con sus efectos lejanos, determinan a lo menos una tentativa para introducir una luz nueva en este período de nuestra historia. El Virreinato se constituye por fin y encuentra ya elementos para dar vida a su organismo.

Está ya igualmente formado el hombre que debía tener el señorío de estas regiones,—es decir el *criollo* nacido de las razas mestizas, cuya *heráldica* ha sido tan curiosamente descripta por don Jorge Juan y por Ulloa, dividiéndolas en *tercerones*, *cuarterones* y *quinterones*, y teniendo siempre a prevalecer el tipo superior. Acrece visiblemente la separación entre criollos y españoles, viéndose, sin embargo, éstos obligados a reconocer,—“que aquéllos son de entendimiento claro y comprensivo y que poseen hábiles y despiertos ingenios” (1). La fama naciente del entendimiento americano despierta ce-

(1) Palabras de don Jorge Juan y de Ulloa.

los y comienza sin rebozo a decirse que se halla sometido a la triste ley de una caducidad temprana, hasta que el Padre Benito Feijóo trató este punto con erudición grave, demostrando en el discurso 6.º del tomo 4.º de su *Teatro Crítico*, que la peregrina afirmación no era caritativa ni verdadera.

VIII

Vengamos ahora a nuestra ciudad de San Miguel del Tucumán, es decir, a la que se conoce hoy con este nombre, fundada en 1685, y dejando a la antigua que desapareció llevada por una avenida del río, según Alcedo, o que fué abandonada porque sus habitantes sufrían de la afección llamada *bocio* o *coto*, como lo cuenta la tradición local, a la que el señor Groussac se adhiere con seguridad completa. Concurrieron a esta segunda fundación muchos *cristianos nuevos*, que venían tal vez huyendo su fama como judaizantes y eran casi todos andaluces y portugueses. Según el *Semanario erudito de Valladares*, se quemaba cuarenta años después en la plaza de Valladolid un judaizante que dijo ser de San Miguel del Tucumán. ¿Era éste el primer tucumano que hubiera cruzado los mares?

San Miguel se desenvuelve en población y en riqueza. Cría ganados y cultiva los productos de su suelo, habiendo los Jesuítas planteado valiosos establecimientos *rurales*, y *entre ellos el de Tafí*, donde se fabrica el queso famoso, que fué uno de sus descubrimientos.

Las órdenes religiosas construyen sus conventos o sus iglesias, no habiendo realmente entre ellas sino una que merezca este nombre, la de los Jesuítas, hoy de San Francisco, en la que debía

un siglo más tarde celebrarse con fiesta solemne la instalación del Congreso llamado a declarar la independencia de estas regiones, llevando la palabra en la tribuna sagrada el doctor don Manuel Antonio Acevedo, que mostraba en su semblante el tinte cobrizo de los indios y que amenazó a los poderosos con uno de aquellos textos vengadores del libro de los Macabeos. Las familias de Esteco afluyen y se agrega un nuevo núcleo de población al primitivo.

En los hermosos campos de Tucumán y a las orillas de sus numerosos ríos, pastaban las mulas y acémilas destinadas al conocido comercio con el Alto y Bajo Perú, cuyas elevadas cifras fueron consignadas por Alcedo y que ha confirmado en un estudio reciente el escritor español Gelpi y Ferro. Es también San Miguel depósito de mercaderías, y sus habitantes las llevan y las traen.

Fué para este objeto inventada la carreta tucumana, que sólo pudo ser construída teniendo al alcance de la mano los árboles gigantescos de sus bosques, y que con sus pesadas mazas y formidables ruedas ha aplanado durante dos siglos las rocas en su tránsito por la sierra, y cavado las llanuras con surcos que sirven hoy de cauce a las avenidas formadas por las lluvias. La carreta tucumana, arrastrándose con el paso tardío del buey en medio de las vastas soledades, ha creado para todos nosotros un ruido nacional, si es que pueden asociarse estas dos palabras; y no sería argentino el que despertándose de improviso en la noche y al oír un ruido largo, acompasado y estridente que se acerca o se aleja, no pueda decir:—"Es una carreta tucumana que se *va*, o que *viene*".

IX

Las familias se fundan, el bienestar se difunde y se forman los capitales de los que se ha vivido desde la Revolución hasta días que no se hallan muy remotos, siendo los de nuestra propia vida, porque durante cuarenta años la riqueza ha decrecido en las provincias interiores, no bastando el trabajo de los hombres para responder al consumo propio y a las destrucciones de la guerra.

Viene simultáneamente en las familias el intento de educar a sus hijos, y éste es uno de los rasgos más característicos de la época. En los tiempos posteriores a la Revolución, Tucumán, que no tenía colegios ni universidad, sólo pudo educar tres o cuatro jóvenes en cada generación, hasta dotarlos de una carrera profesional. He ahí entre tanto una lista, naturalmente incompleta, de los tucumanos que se educaron en los últimos años del siglo pasado y los primeros de éste, sin contar los que no alcanzaron a obtener los grados universitarios que eran conferidos en Chuquisaca y Córdoba:

Doctor Diego de Villafañe (ex jesuíta); doctor Manuel Felipe Molina, diputado en 1810 a la Junta Gubernativa; doctor Bernardo Montea-gudo; doctor Javier López; doctor Diego Miguel Aráoz; doctor Pedro P. Bazán; doctor Francisco Javier Avila, cura de la Matriz; doctor B. Aguilar; doctor Pedro Miguel Aráoz, diputado en el Congreso de Tucumán, firmante del acta de la Independencia y uno de los estudiantes famosos de aquellos tiempos, cuando se formaba una reputación por un silogismo que quedaba vibrante dentro de los claustros por cincuenta

años. Se le llamaba *Perico*, y sus contemporáneos hablaban de él como de un Pico de la Mirándola. Había dictado, siendo muy joven, un curso de filosofía (1787) en el Colegio Carolino de Buenos Aires, siendo uno de sus más aventajados discípulos el doctor Darregueira, que vino después de muchos años a encontrarse con su maestro en el famoso Congreso como representante de Buenos Aires.

Doctor José Ignacio Thames, canónigo chantre de Salta, nombrado por la Asamblea de 1813, diputado en el Congreso de 1816 y firman- te del acta de la Independencia.

Licenciado Serapio José de Arteaga: fué tam- bién electo diputado al mismo Congreso y re- nunció verbalmente desde la barra, (sesión del 10 de Junio).

Maestro P. Thames, hermano del anterior y cura de Tucumán; doctor José Manuel Maure: existe impresa su patética oración sobre la muer- te del Obispo Molina; doctor Pedro Ruiz Huido- bro; doctor Tejerina, cura de Monteros.

Doctor Agustín José de Molina, prosecretario del Congreso de Tucumán,—poeta repentista e instintivo, aunque sin gusto y sin elevación. Po- día apropiarse la ingenua declaración de Ovi- dio: *Et quidquid dicebam, versus erat*. Una ca- lle de la ciudad de Tucumán lleva su nombre. Murió siendo Obispo *in partibus infidelium* y vicario apostólico de Salta. Hay una colección de versos suyos para cantarlos en Navidad, fres- cos y risueños.

Doctor Ildefonso de las Muñecas: era cura de la Catedral del Cuzco y a la sombra de su viejo campanario combinó su célebre plan de una in- surrección general en el Virreinato del Perú. Un Congreso boliviano erigió por ley una nueva

provincia dándole el nombre del célebre y heroico tucumano;—y *Muñecas* se llama también la calle de Tucumán donde se encuentra la casa de su familia y de su nacimiento.

Doctor Miguel V. Laguna, teólogo de nombradía: escribió una refutación sobre el conocido libro que, con el título de *Vuelta del Mesías en majestad y gloria*,—recorrió la América. Había sido en Córdoba discípulo predilecto del Padre Nicolás Lacunza. Cura del pueblito de Trancas en los últimos años de su vida, solitario, triste, con el sentimiento de un gran talento perdido, se dejó llevar por el vértigo que acomete a las imaginaciones poderosas que no han recibido otro alimento sino los estudios teológicos. El doctor Laguna concluyó escribiendo *Comentarios sobre el Apocalipsis*, y mezclando los textos sagrados a la explicación de los acontecimientos contemporáneos. Sus numerosos manuscritos se conservaban hasta ahora poco en poder de su familia.

Doctor don José Colombres Thames, de piadosa y santa memoria, firmante de la Independencia, cura de Tucumán por muchos años y muerto Obispo de Salta.

Doctor Diego Estanislao Zavaleta, que pronunció en la Catedral de Buenos Aires el primer sermón *pro patria*.—Fué deán de esta iglesia y diputado por Buenos Aires en todos los Congresos.

Doctor Agustín Colombres Thames, hermano del Obispo, cura de Catamarca y de Piedra Blanca; doctor Lucas Córdoba, cura de Monteros, predicador y hombre de dotes sociales, había recibido su grado en Córdoba (1805), *gratis pro universitate*, en compensación de sus sobresa-

lientes estudios; doctor don Nicolás Laguna, gobernador en 1828.

Doctor Alejandro Heredia, más tarde general y gobernador de Tucumán. Era, como Echagüe, doctor en teología y un estudiante reputado. Había entrado en los célebres concursos que abrió la Universidad de Córdoba en 1806, y obtenido una de las cátedras que eran objeto de la competencia.

Licenciado Drago,—perteneciente a una de las más antiguas familias, trasladada posteriormente a Buenos Aires; maestro Peña; maestro Basail; doctor Domingo García, muy acreditado como jurisconsulto; licenciado J. B. Paz; doctor Mena, diputado al Congreso en 1825, (incierto).

Cometemos sin duda en esta reseña más de una omisión, muy explicable a la verdad, puesto que la escribimos de memoria. No incluimos a los que se educaron en los conventos, aunque su reputación haya trascendido más allá de sus claustros, como el Padre Sueldo, catedrático de teología, y el venerable fray Manuel Pérez, que subscribió la Constitución nacional de 1852 como representante de su pueblo natal.

X

Téngase presente que mientras San Miguel del Tucumán contaba este número tan considerable de personas con grados académicos, no alcanzaría a tener sino una población entre cuatro a cinco mil habitantes.

Había así una cultura verdadera en la clase alta de la sociedad argentina,—formada a la sombra de las universidades coloniales; y ella se halló representada del modo más genuino en el Congreso de Tucumán. Fueron curas de aldeas

los que declararon a la faz del mundo la independencia argentina,—pero eran hombres ilustrados y rectos. No habían leído a Mably y a Rousseau, a Voltaire y a los Enciclopedistas; no eran sectarios de la Revolución Francesa, y esto mismo hace más propio y meditado su acto sublime. Pero conocían a fondo la organización de las colonias, habían apreciado con discernimiento claro los males de la dominación española y llevaban dentro de sí los móviles de pensamiento y de voluntad que inducen a acometer las grandes empresas.

No nos apartemos de nuestro intento. Desde 1815 la retrogradación es visible. Los que debían educarse pelean. Viene más tarde la guerra civil con sus proscripciones y con sus matanzas. Durante cuarenta años no se agregan sino ocho nombres a los de la lista anterior, — como lo hemos dicho, y queremos ahora mencionarlos para confirmar nuestro relato. Son: Alberdi, dotado de un ingenio tan raro; doctor Ledesma, doctor Marcos Paz, doctor Gramajo, doctor Brígido Silva, doctor Lezama, doctor Angel López, doctor Salustiano Zavalía, doctor Alurralde. Sobrevino igualmente la miseria. Las familias antiguas se alimentaban del capital acumulado en el último tercio del siglo pasado, y ya concluía; mientras que las nuevas podían apenas proveer a lo estrictamente necesario, siendo casi imposibles el trabajo y mucho más el ahorro.

Este capítulo de la pobreza en los pueblos interiores no se halla aún escrito, y era el corolario natural de cuarenta años de subversión y de guerras.

El nombre de don Bernabé Aráoz se halla íntimamente ligado a este movimiento y espera la justicia histórica que aún no se le ha discernido

XI

Llegamos ahora a los tiempos de la Patria.

Nuestro autor no está llamado a exponer el origen y a contar los primeros pasos de la Revolución, porque Tucumán sólo aparece en el nuevo escenario para ser el teatro de la batalla del 24 de Septiembre de 1812, que marcó para siempre, el límite que los ejércitos españoles no debían en adelante traspasar. Su presencia no es meramente geográfica, sino que Tucumán trae el más poderoso contingente a la gran causa. Ha apasionado sus masas rurales en favor de la Independencia, y éstas reunídose en *milicias* para recibir el bautismo de fuego en el día de la batalla memorable.

El hecho y la fecha necesitan ser marcados, porque representan la primera aparición del pueblo de las campañas como guerrero, y son el primer acto de su consagración a la Revolución que debía levantarse triunfante, con la ayuda de sus brazos.

XII

El acta de la independencia de las "Provincias Unidas de Sud América" fué datada en San Miguel del Tucumán, y constituye el hecho más grande por el que nuestro pueblo se asocia a la historia nacional.

Hemos ya caracterizado la composición del Congreso en 1816. No hubo jamás una asamblea más argentina y que respondiese mejor al estado moral e intelectual del país. Hablemos de la pureza en los sufragios con que fueron designados sus miembros, ya que el Congreso mismo

volvía con complacencia sus ojos sobre lo inmaculado de su origen, recordando en su manifiesto del 2 de Agosto que casi todos los diputados habían renunciado y que los pueblos ratificaron sus nombramientos. Se comprendía que el puesto era el de los mayores sacrificios y se le aceptaba con las abnegaciones del patriotismo, sin que fuera solicitado por la ambición. Donde el voto popular pudo haber sido inficionado por el fraude o la violencia, no hubo elección. Habían ya caudillos, pero las provincias que los obedecían se sustrajeron a la reunión de un Congreso nacional en Tucumán.

Leamos ahora sus nombres, y no encontraremos, a la verdad, los de los actores políticos que siete años de revolución habían hecho famosos (1).

Son eclesiásticos en su mayor parte y doctores todos de Córdoba y Chuquisaca. No habiendo vivido en la ciudad capital del virreinato y sin haber salido del interior de su país, han permanecido naturalmente extraños a las influencias que vienen de afuera. No conocían los libros con que la Francia había removido los espíritus en el siglo diez y ocho, y si los acontecimientos de su Revolución llegaron a sus oídos, había sido solamente para inspirarles un santo horror.

Van a emanciparse de su rey, y toman todas las precauciones para no emanciparse de su Dios y de su culto; siendo este recelo de sus espíritus el único sentimiento que pudiera atribuirse a la

(1) Exceptuando a Pueyrredón, que dejó de pertenecer al Congreso por su nombramiento inmediato de Director Supremo. Podría también excluirse al grave doctor Passo por su papel en las primeras juntas, pero que se identificaba con los demás diputados por haber hecho los mismos estudios y sido condiscípulo de ellos en Córdoba.

advertencia de los sucesos extraños. Obraron con conciencia propia, inducidos por móviles que no fueron un reflejo o una imitación, sino que respondían a sus honradas convicciones, y se pusieron de pie para hacer su declaración, que será eterna, representando rectamente la voluntad de los pueblos. Por ellos y por sí mismos pusieron al pie de lo DECLARADO: "*el seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama*"; y podemos hoy proclamar con la verdad histórica, que pueblos mandantes y diputados mandatarios fueron del mismo modo fieles al juramento solemne.

Podría creerse, y se ha dicho, que estos doctores de Córdoba y Chuquisaca, sin nombre hasta aquel momento en la Revolución, eran iletrados o rústicos. La equivocación no puede ser mayor. Tenían su mente y su corazón sanamente cultivados y lo transparentaban en la afabilidad de sus suaves modales. Conocían todas las letras antiguas y las letras sagradas, mediante sus buenos estudios, que se *barbarizaron* o se corrompieron después en las mismas Universidades que los habían dictado. No habían sido políticos ruidosos, y algunos de ellos desaparecieron pronto de la vida pública. Pero ¿no consiste en esto principalmente su mayor título de honor? Del acta de la independencia argentina no podría insinuarse siquiera lo que se dijo en el Parlamento inglés hasta del acta norteamericana firmada por Washington, Jefferson y Franklin: "que era un documento fraguado por políticos sin conciencia, para hacer irrevocable la guerra en obsequio a sus ambiciones".

El Congreso mismo ha descripto más de una vez en sus manifiestos la situación desesperante en que fué declarada la independencia argentina. Lo era para la América española toda, para

Chile reconquistado, para Bolívar vencido. Oigámosle: “Cuando el templo sagrado de la libertad estaba cubierto de luto por la desgracia de Sipe-Sipe, cuando numerosos ejércitos asestaban sus tiros contra nuestras últimas columnas... , nosotros, superiores a tanto cúmulo de conflictos, despreciando una existencia que sólo se presentaba llevadera al lado de la esclavitud, rompimos el vínculo que aún nos ligaba al gobierno de la Península”.

La palabra se eleva de esta suerte por sí misma para dar expresión natural a la heroicidad de los propósitos. No los comprenderíamos sin embargo en su arranque sublime, si no tuviéramos presente la destitución de los recursos haciendo contraste a la magnitud de la empresa. No debe ser eludido en la historia el por menor familiar, cuando es un rasgo característico.

El Congreso se ha reunido y no tiene a su disposición un solo peso para sufragar los gastos de sus Secretarías. Es necesario girar sobre Buenos Aires, y no hay siempre quien se haga cargo de las libranzas. El doctor Miguel Calixto del Corro, diputado por Córdoba, es mandado en misión cerca del *Jefe de los Orientales*, según la expresión del tiempo, a fin de que las provincias substraídas bajo su dominio concurren al Congreso. La misión ha sido declarada perentoria y urgentísima, y el doctor Corro continúa sin embargo asistiendo a las sesiones. ¿Qué pasa? El presidente anuncia días después al Congreso que el vecino don Ambrosio Colombres ha adelantado los centenares de pesos que eran necesarios para que el comisionado del Congreso emprendiera su viaje, y éste parte.

Inclinémonos delante de la imagen de la libertad, que hizo palpar el corazón de nuestros padres!!

XIII

Nos detenemos todavía para contradecir por primera vez a nuestro autor. Parécenos que no da su verdadera importancia al Congreso de Tucumán y a su declaración de la independencia. No se creaba una situación, se dice: "se proclamaba lo existente". Pero sólo así se rompía irrevocablemente con el pasado, haciendo de la contienda una guerra a muerte. Esta declaración era sobre todo necesaria en aquellos días de contrastes tan reiterados y de abatimiento profundo para los espíritus. Así opinaban los hombres de acción como Pueyrredón, y los hombres de guerra como San Martín y Belgrano, y la promovieron con reclamo urgente. Ella disipó hasta la alegría en los vencedores, dejándolos reflexivos y consternados, sin que sea necesario invocar otro testimonio que el de sus propios historiadores. Léase a Torrente.

Parece una ley humana. Una situación no se halla suficientemente caracterizada, mientras no han sido expresados por la palabra los hechos que la constituyen. Se ejecuta el acto, y tarda en pronunciarse el nombre con que debe ser anunciado al mundo. No es el "*Rubicón atravesado*", sino el *alea jacta est* de César, el supremo esfuerzo de la voluntad humana.

Esto sucede por todas partes. Cuando Enrique Lee, diputado de la Virginia, se levantó en la sesión del 8 de Junio de 1786 para someter al Congreso Continental la siguiente resolución: "Las Colonias Unidas son por su derecho y deben ser Estados libres e independientes", sus palabras fueron acogidas con visible sobrecogimiento, aplazándose su discusión para días posteriores. Hacia

sin embargo tres años desde que había empezado a verterse sangre por la independencia, haciendo la guerra de los campos y la de los sitios, y ya había ocurrido el combate de Levington, la batalla de Concord, la derrota de Bunker-Hill y el asalto sangriento de Quebec!!

XIV

Concluamos. En las grandes ciudades los murmullos de cada día sofocan los recuerdos lejanos, lo que no sucede en los pueblos interiores como Tucumán, que ha conservado por muchos años vivos todos los que se refieren a la histórica asamblea que hospedó en su seno. Eran sus diputados predilectos los dos frailes del Congreso, que habían comenzado a llamar la atención por serlo y que moraban en sus conventos respectivos. Fray Justo de Santa María de Oro, que tenía alcanzado nombradía en Chile por su talento o por sus virtudes, habiendo sido más tarde obispo de Cuyo; y fray Cayetano José Rodríguez, que estará siempre presente en la memoria de los argentinos.

Había, saliendo de la ciudad en dirección a la Ciudadela o Campo del Honor, — ya no lo hay, — un *tarco* con cien pies de altura que dejaba caer con profusión, hasta formar alfombra, sus flores moradas. Al contemplarle tan excelso y frondoso, el padre Rodríguez le llamaba el “árbol de la libertad”, y venía por las tardes a sentarse bajo su sombra. Allí se le veía con el prosecretario del Congreso, el doctor Molina, el más íntimo de sus amigos y alumno como él de las musas. Se habían conocido los dos en Córdoba, siendo el primero catedrático y el segundo discípulo de la célebre Universidad. Hablaban,

y presintiendo su conversación por su correspondencia escrita, podemos decir que aquella se componía de efusiones amistosas, de ansiedades patrióticas o de reminiscencias clásicas. Regresaban siempre juntos envueltos en las primeras sombras de la noche, y al contemplar su juventud desvanecida, los largos años tras de los que se divisaban recién los albores de la Patria, se despedían repitiendo el verso de Stacio que escribieron ambos al frente de *El Redactor del Congreso*: "Steriles transmissimus annos". Para nosotros, *los años han pasado estériles!*

El padre Rodríguez devolvía a Tucumán con sus recuerdos aquella acogida penetrada de efusión y cariño. Era ya anciano cuando escribió en su celda del convento de Buenos Aires esta estrofa:

"Pero ¡a qué recuerdo instantes

"Que mi hado infeliz no fija?

"Oh solitario Aconquija,

"Grata habitación de amantes!!

"Oh feliz Febo que doras

"Tan apacibles verdores!

"Oh días de mis amores,

"¡Qué dulces fueron tus horas!!"

XV

La guerra civil se desencadena. Es inútil reproducir sus sangrientos cuadros hasta que sobreviene el gran acontecimiento por el que Tucumán vuelve a entrar en la historia nacional. Se levanta en son de guerra contra Rosas y es el centro de la "Coalición del Norte". — ¿De qué se trata? — ¿De vencer? — No. — Todos los

promotores del movimiento tienen el sentimiento trágico de su destino. Hablan con convicción de su sacrificio y no de la victoria. “Los bárbaros no penetrarán en Tucumán sino después de haber pisoteado mi cadáver”, había dicho el noble joven que presidió a todos como gobernante, como guerrero y como tribuno. Los bárbaros entraron, y levantaron por primer acto su cabeza mutilada en lo alto de una picota!!

Formaron la Coalición del Norte Córdoba, Tucumán, Salta, Jujuy, Rioja y Catamarca; pudiéndose también incluir en ella las provincias de Cuyo, a donde condujo el general La Madrid una parte del ejército formado en Tucumán.

El rasgo primordial de este movimiento fué el desprendimiento supremo, porque ni aun los más alucinados contaban con el triunfo; y fué iniciado por Tucumán cuando no había sido todavía materialmente oprimido, obrando tan sólo por un sentimiento de confraternidad y consagrándose en homenaje a la Patria.

Reunió las provincias, — preparó los ejércitos, — dió valor a los hombres, — fortaleza a los pueblos; — fué *el alma* por la dirección, el apóstol por la propaganda, — aquel *Marco Avellaneda* que sus condiscípulos de Buenos Aires llamaban desde niño *Marco Tulio*, porque Dios le había dado el doble don del corazón conmovido y de la palabra que trasmite sus palpitaciones. Lo empleó para ser, con muchos otros que siguieron su ejemplo, — *héroe y mártir!!*

Oigámosle! Jamás de un corazón heroico subió a un labio humano una exhortación más elocuente.

¡Soldados! Estaba en Salta: escuché allí el clarín con que la heroica Tucumán convocaba a sus guerreros, y he corrido para participar de sus pe-

ligros, para cumplir mi juramento de perecer combatiendo por la gloria de mi Patria y la libertad de la República. Yo cumpliré mi juramento. Los bárbaros no dominarán a Tucumán sino después de haber pisoteado mi cadáver!!

¡Soldados! Nos alumbra el Sol de Septiembre, el mismo sol que brillaba sobre nuestras armas cuando pusisteis a vuestras plantas el trono de España. Ahora como entonces, un tirano odioso pretende dominarnos y manda sus siervos para robar nuestras propiedades, para deshonar nuestras esposas, para degollar nuestros hijos, para incendiar a Tucumán, para hacer, en fin, de nuestra provincia un horrible teatro de los más bárbaros crímenes. ¿Lo sufriréis? ¡qué! ¿No sois ya la generación atrevida del año doce? ¿Podrías resignaros con la infamia, habéis nacido para ser esclavos? ¡No! ¡No! Vosotros lidiaréis como hombres libres, y la heroica Tucumán será otra vez la tierra sagrada de la libertad, la tumba de los tiranos!!

¡Tucumanos! Os respondo de la victoria.

¿Quién podrá vencernos si vamos a combatir entre los sepulcros de nuestros padres y la cuna de nuestros hijos?

¡Soldados! El ilustre caudillo de la Revolución argentina (Lavalle), el brazo más poderoso que haya jamás armado en su defensa, corre ya a ponerse a vuestra cabeza para presidiros en el combate; lo acompañan muchos de esos veteranos que os enseñaron a triunfar el año doce.

¿Qué podéis temer?

¡Soldados! O vencer o morir...! Es la ocasión.

MARCO M. DE AVELLANEDA.

La tiranía de Rosas no avergüenza, porque suscitó el heroísmo y necesitó derramar sangre hasta la fatiga!!

XVI

Si el acta de la independencia es para Tucumán el don de Dios o de la fortuna, su rayo de luz providencial, más brillante aún que los esplendores de su naturaleza tropical, el pronunciamiento del 7 de Abril contra Rosas (1840) es su título de honra imperecedera, alcanzado virilmente por la sangre y los sufrimientos de una generación entera.

Nadie quedó rezagado y ¿quién no respondió al sublime llamamiento? Había en la atmósfera inflamada de aquellos días sin ejemplo, como un vértigo de sacrificio; y sin esperanza de salvación todos se arrojaron al abismo entreabierto, exclamando con Marco Avellaneda: — *¡Dios, — patria y libertad!* Este fué el lema del movimiento glorioso!

Después de la ocupación de Córdoba por Oribe, cuando sus hordas avanzaron sobre el Norte conducidas por Garzón; después de la deserción de Celedonio Gutiérrez, los horizontes se estrecharon, y ya sólo se dijo: *¡Libertad o muerte!*

Era necesario dar el mayor prestigio al “pronunciamiento”, y salió de su celda de la Merced para subscribirlo, cediendo a la ternura casi filial que profesaba a Avellaneda, el venerable cura doctor Colombes, que veinte años antes había firmado con mano igualmente serena el acta de la independencia argentina. Fué durante algunos meses ministro del ilustre gobernador Piedrabuena, para asociar su nombre a los acontecimientos, habiendo llamado a su lado para que

lo ayudara en sus tareas al cura de Monteros, doctor Córdoba, ese otro patriota sacerdote de dulce y piadosa memoria.

¡Ah! yo he visto siendo niño a los dos ancianos en el duro destierro de Bolivia!...

El doctor Colombres era sota-cura de Libi-libi, un villorrio de indios situado en una hondonada, entre dos altísimas montañas que impedían la vista del cielo. Bajaba de vez en cuando a Tupiza para sentir sobre su cuerpo entumecido un rayo de sol, y lo recibía el doctor Córdoba en su pequeño cuarto, haciéndolo sentar sobre un montón de arena, donde éste trazaba los caracteres del alfabeto para enseñar a leer a los hijos de los emigrados!

Escribo para los propios y no para los extraños. Estas breves líneas pertenecen a los anales domésticos de nuestra provincia; y será sin duda grato para mis comprovincianos el encontrarse representados por sus padres o sus parientes en los actos que consumaron el inolvidable sacrificio. Sus nombres son numerosos pero los consigno, y sólo deploraría haber omitido alguno.

Eran representantes de la provincia y formularon el pronunciamiento contra Rosas: doctor Salustiano Zavalía, doctor Brígido Silva, doctor Prudencio Gramajo, doctor Vicente Lezama, Benito Zavaleta, Arcadio Talavera, Miguel Carranza, José Posse, Prudencio Helguera, Pedro Garmendia, Fortunato Baudrix.

Impulsaron el movimiento con sus personas, con sus familias, con sus bienes, aceptando sobre sí todos los compromisos: Nicolás Avellaneda, Javier y Bernardo Colombres entre los jóvenes de esta numerosa familia, Ambrosio y Santiago entre los ancianos, Wenceslao Posse, J. Huidobro, Baltasar Vico, Manuel Berdia, Pedro L. Za-

valía, Prudencio Borques, Benjamín Villafañe, Hermenegildo Rodríguez, Pastor Rodríguez, Eusebio Rodríguez, Wenceslao Moyano, Pedro, Luis y Miguel Rueda, Baltasar Aguirre, Domingo Tejerina, Miguel Valladares y los dos hermanos, Ignacio Thames, J. Lobo, Ramón Arosena, A. Ferreira, C. Usandivaras, Benjamín Colombres, Eustaquio Posse, José M. Posse, Diego Pereyra, C. Bringas.

Eran extranjeros y se asociaron a la suerte común: Martín Apestey, Beltrán Bascari, el ingeniero Echeverry, Melitón Escudero.

Tomaron las armas por ser militares de antigua data, o por quererlo ser en el trance supremo: General La Madrid, Marco Avellaneda, Crisóstomo Alvarez, G. Mercante, Pedro García, Manuel Espinosa, los dos Murgas padre e hijo, Pedro Huidobro, Somoza, Domínguez, P. French, J. Colombres, Lucio Casas, Antonio Berutti, Mendivil, Máximo Piedrabuena, José Ignacio Aráoz, Sardinas, Cerrezuela y Lorenzo Lugones.

He ahí sus nombres. Los que no murieron en la batalla o en las persecuciones después de la derrota, se encaminaron prófugos, sin excluir uno solo, al destierro!! Bolivia, Chile, el Perú, fueron durante diez años el vasto teatro de sus peregrinaciones.

Don Manuel Oribe entró, después de la batalla de Famaillá, victorioso en Tucumán. ¿Dónde están los hombres de esta ciudad? preguntó un día. No había visto por las calles sino mujeres y niños!!...

XVII

Entremos en los días contemporáneos.

La historia de los hombres actuales y de sus hechos es una operación sobre los organismos vi-

vos, es una *vivisección*, como acaba de llamarla espiritualmente Ernesto Renán. El señor Groussac penetra en el escabroso terreno y sale en paz con su conciencia y con los otros, sin haber faltado a la verdad o a la justicia. Era aguardado en este pasaje difícil de su libro, y lo ha atravesado afortunadamente, mostrándose equitativo para con todos y desprovisto de cualquiera malevolencia. La equidad no es la condescendencia. No es tampoco, por el contrario, el juicio absoluto; pero es el juicio humano juzgando hombres y teniendo en cuenta lo que debe imputarse a la obscuridad de los tiempos, a las preocupaciones que perturban o a las pasiones que agitan.

Subscribimos en este capítulo a todos los juicios del señor Groussac. Tiene razón en encomiar el ingenio político del señor Posse, y el talento organizador y metódico del doctor Frías, y la recta intención de los demás. Podríamos invertir el verso de Barco Centenera que citábamos al principio, diciendo: — "que los tucumánenses siempre gobernador tuvieron bueno"; — a lo menos en los últimos tiempos y con escasas interrupciones.

Abrimos el Registro Oficial de la Provincia para notar los asuntos que ocupan después de la caída de Rosas. Prescindimos de lo que pertenece a la época y lleva su sello. En todo lo demás es una reconstrucción, y cada decreto confirma nuestro juicio sobre la decadencia de estos pueblos. Hemos visto la cultura disminuída, la sociedad en la pobreza, los estudios abandonados, y comprendemos, por lo que se manda restablecer, que habían desaparecido al mismo tiempo las prácticas más rudimentales de la administración y del gobierno. La tesorería no tenía libros. Todo el sistema de contabilidad había sido abolido.

Cuento a los tucumanos de mi generación que aquel anciano venerable, don Juan Manuel Terán, que hemos conocido siendo niños y cuya cultura de modales es hasta hoy proverbial, había tenido en su conducta, siendo empleado, una pulcritud igual, y que fué el último tesorero y contador que folió los libros, rubricó sus hojas, formó inventarios y dió balances, con arreglo al artículo 102 de la ordenanza de intendentes (1).

XVIII

Reasumamos ahora nuestras impresiones sobre este libro, concebido con los más altos designios y ejecutado con todas esas artes del estilo que constituyen un escritor.

Es la primera manifestación que el señor Groussac hace de sus talentos, aplicándolos a tratar un objeto histórico, y nos revela su aptitud, desenvuelta por estudios serios y por lecturas variadas, para emprender cualquiera empresa literaria. Investiga con libertad en sus movimientos, piensa maduramente y proclama la verdad encontrada, aunque sea para hacer un elogio justo de los jesuitas. La narración de su establecimiento benéfico en Tucumán y el episodio de su expulsión, referido con detalles tan expresivos, son dos páginas nuevas agregadas a nuestra historia. Sale de nuestras antiguas y descarnadas crónicas, y anima sus cuadros trayendo a su composición todos los elementos que forman la vida de un pueblo.

(1) El señor Terán, jefe de una familia tan esparcida hoy en Tucumán, no era tucumano sino catamarqueño, y provenía, a su vez, de la más noble estirpe. Poseemos entre nuestros papeles el árbol genealógico de su casa y los títulos de algunos de sus antepasados. Aquella exquisita cortesanía del buen viejo tenía con razón su perfume aristocrático.

No conocemos otro libro que haya, de esta manera, contado el pasado y el presente de una provincia argentina. Es el primero en su vía, y es de desear que sea ella trillada por otros sin los apremios de un encargo. El señor Groussac ha pagado noblemente su hospitalidad a la provincia de Tucumán.

Cerramos el libro, y sea por el arte del escritor o porque la verdad histórica se pone de relieve por vez primera, parécenos que hay cierta identidad en esta figura histórica que viene atravesando siglos, — llámese la tribu *lule*, el criollo de los tiempos intermedios, o el pueblo tucumano. Hay seguramente cierta unidad o filiación visible, nacida del suelo fecundo, del clima ardiente y de las transmisiones de la sangre — entre el indio que va a ofrecerse en servidumbre espontánea al Inca para salir de su barbarie, que se subleva en terribles levantamientos cuando se trata de oprimirlo — con el pueblo que se apresura más tarde a educar sus hijos, que sirve de trípode al genio de la Revolución para lanzar el grito de independencia, o que se congrega en santa guerra para arrojar a la faz del tirano la protesta de su sangre derramada en las batallas y en los cadalsos.

La prosperidad industrial de Tucumán acrece en cada año, cultivándose los productos espontáneos que el conquistador español encontró ya en el suelo. El humo arrojado por las calderas de las máquinas con que fabrica su blanco azúcar, no alcanzará a empañar la pureza de sus cielos, y hacemos votos porque no pierda, en la embriaguez de su fortuna material, la dedicación al deber, las aspiraciones a lo ideal y las nobles tendencias del carácter que han hecho tan simpático, prestigioso y amado su nombre en la tierra argentina!!

Abril de 1882.

[Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page]

ESTUDIO SOBRE Mr. BERRYER

SUMARIO.—*Berryer no deja Memorias ni publica sus discursos — Aparición póstuma de éstos. — Las tres escritoras de Berryer. — Berryer escritor. — Billetes de Alfredo de Musset y de Heine. — Berryer devoto. — Berryer y Chateaubriand. — Berryer y Thiers. — Berryer y Dupin. — Berryer artista. — Su oratoria. — Comparación con Mirabeau. — Rasgos de sus discursos. — Su carácter personal.*

I

La luminosa figura oratoria de Berryer pasa y repasa incesantemente delante de nuestros ojos. No quiso durante su vida publicar sus *Discursos*, para entregar, como Chattam su imagen de orador a la memoria enternecida de su siglo. Temía tal vez que el juicio último fuese inferior a la emoción del momento.

No quiso tampoco escribir sus *Memorias* como todos sus ilustres contemporáneos, desde Odilon Barrot hasta Guizot, y como Dupin mismo, su compañero en el foro y en las asambleas legislativas, porque prefería desprender su vida del dato preciso y dejarla, en cuanto cabe bajo nuestro siglo, envuelta en la leyenda, — desde que apareció como abogado en los tribunales de la Fran-

cia defendiendo noblemente a los vencidos, — desde que arrojó de su corazón aquel grito: “No se recogen los heridos sobre el campo de batalla para entregarlos al verdugo”, desarmando de su puñal la represalia política, — hasta esa voz poética y a veces sublime que se escuchó durante treinta años en las alturas de la primera tribuna del mundo, conmemorando el pasado en medio del tumulto de sus sociedades moribundas.

Pero Berryer muere y sus *Discursos* se publican. Su elocuencia deja de ser un rumor armonioso que circula por el mundo y toma un cuerpo.

La vida del orador es al mismo tiempo revelada en sus pormenores más íntimos y se la sigue momento por momento: en el foro, defendiendo a Cambronne y a Luis Napoleón; en el Cuerpo Legislativo, desde que aparece debatiendo con M. Guizot la *Adresse* de 1830 que llevaba en sus flancos una revolución; en el arrabal Saint Germain, que fué el encanto y la disipación de tantas horas *no* contadas; y por fin, en su castillo de Augerville, donde el diputado y el abogado se convertía en gran señor para dar aquellas hospitalidades que fueron memorables en Europa y en las que todas las magnificencias del lujo se realizaban por este brillo único en el mundo: la luz de su palabra.

Los autores de estos relatos son tres mujeres: la vizcondesa de Janzé, que proviene de la gran familia de los Choiseul; la marquesa de Lagrange, que dijo de sí un día como la Zulema del Cántico de los Cánticos: “negra soy pero hermosa” — *nigra sum sed formosa*; — y madama Jaubert, la amiga de Berryer, de Musset y de Henri Heine, que mezcló a tantas existencias ilustres su corazón anheloso y atormentado.

Así el hombre célebre que no quiso redactar sus *Memorias*, es hoy el que las tiene más voluminosas. ¿Cuál otro orador las ha dejado igualmente íntimas y sinceras? No deploramos la omisión de Berryer. Las *Memorias* de un gran orador se hallan verdaderamente en las confidencias de los corazones que conmovió con el acento de su voz.

II

Creemos que este acontecimiento literario es único y lo anotamos. Hay un rasgo que une las tres publicaciones, y es el movimiento de ternura, apasionado y ardiente, por la memoria de un mismo hombre. Nuestras tres autoras son igualmente sinceras y desinteresadas, y no se nota en ellas la vana jactancia de dejar caer sobre una existencia obscura el reflejo de un nombre ilustre. No es una amistad gloriosa que se ostenta en espectáculo. He ahí lo que pasa.

El propósito de Berryer durante su vida es violado. Sus *Discursos* van a ser publicados, y se imprime ya con rapidez el primero, el segundo, el tercer volumen, porque los textos son tomados de *El Monitor* casi sin correcciones. ¿Qué impresión va a producir sobre un público olvidadizo y ligero, esta palabra del orador, recogida mecánicamente por un taquígrafo, extraída de un diario oficial y condensada en páginas numeradas que substraen toda escena y que hacen pasar casi sin transición del *Discurso* sobre la *Adresse*, defendiendo a Polignac, al discurso pronunciado después de la revolución en presencia de otra dinastía, y cuando el rey legítimo no tenía ya otro palacio sino el del destierro en la triste ciudad de Praga!

¡Pobre gran orador! ¡Cuál será el efecto de su palabra, friamente leída, sin el gesto de singular belleza que le daba vida, y sin el poder mágico de aquella voz que nadie olvidó después de haberla escuchado, porque fué armonía para su oído y estremecimiento para su corazón!

Las tres mujeres, movidas por el mismo sentimiento, se ponen de pie para resguardar contra esta prueba suprema una memoria tan cara. Obedecen instantáneamente a una fascinación del cariño y quieren que el discurso pueda ser leído al mismo tiempo que el orador sea conocido y amado, para que se lo presente tal como él le pronunciara. Va a exhibirse tendida por el suelo la espada del Rolando, y es menester mostrar a lo menos el brazo que la manejó, haciéndola arrojar el brillo que señalaba desde tan lejos su presencia en la batalla.

Deben las tres publicaciones su origen a un sentimiento tan delicado. Los libros pueden ser frívolos y carecer de observaciones serias. Nuestras damas mismas aparecen quizá ligeras, paseando sus victoriosas sonrisas por entre el tumulto de sus admiradores; pero no es, a la verdad, frívola ni ligera esta fidelidad del recuerdo, que se perpetúa hasta más allá de la tumba. La pervincia de las Galias, dice Plinio, es una flor tenue que apenas soporta el columpio del viento, pero los habitantes del país aseguran que la parte de su tallo, oculta bajo la tierra, es inmortal.

III

Estos libros compuestos de anécdotas sin hechos, aunque llenos de intención, de frases, de movimientos de conversación, de billetes misteriosos que se dejan adivinar, tienen un gran en-

canto para atraer y retener lectores, pero no pueden ser contados.

Está ahí, sin embargo, Berryer exhibido con la mayor delicadeza femenil. Nada se perderá: ni un pormenor de sus fastos de gran señor, ni la vibración de su voz siempre resonante aun en el trato íntimo, ni las sonrisas de aquellas aristocráticas damas que envuelven su vida en un perfume, hasta cuando bajaba ya por los años morosos de la vejez. Ahí está su correspondencia, aun la más pequeña, y hasta se han descifrado sobre papeles abandonados los pensamientos sueltos que el gran orador condensaba en breves líneas como una memoria de sus reflexiones, un poco escasas quizá en vida tan larga.

La verdadera novedad son sus billetes. Es la primera aparición de Berryer como escritor.

Los oradores más ilustres han escrito casi siempre partes principales de sus discursos, comprendiendo a Cicerón que tenía exordios preparados para aprovecharlos según la ocasión, y a Demóstenes que los rehacía lentamente después de haberlos pronunciado. Cuéntase que Marcelo leía ya desterrado en Marsella la oración de Cicerón que lleva su nombre, y después de haberla leído exclamaba: “¡Ah! si esta hubiera sido en verdad mi defensa pronunciada por Cicerón, no estaría yo comiendo en una ciudad tan sucia (*spurca*) estas malas legumbres”, y señalaba con el gesto el plato que las contenía.

Pero Berryer nunca escribió ni corrigió después de haber hablado. Su discurso es verdaderamente la palabra espontánea, brotando de su fuente; y al verla extenderse, ramificarse, crecer, atravesar los más vastos espacios, sostenida siempre por un vuelo poderoso, se reconoce sin esfuerzo que es la palabra de uno de los más

grandes oradores de este siglo, que ha tenido a Pitt en la tribuna política y a Lacordaire en la cátedra sagrada.

Así Berryer no ha podido ser conocido como escritor, ni aun de un modo accidental, siendo convenido hasta entre sus mayores admiradores que no debe ser mencionado aquel discurso mediocre de recepción en la Academia Francesa, desde que la forma escrita no era sino una obligación impuesta.

IV

Léense en consecuencia con curiosidad los numerosos billetes de que abundan estos libros. ¿Qué hay en ellos? Galantería exquisita, cabaleresca a veces, pero un poco pesada en la expresión. Sentimentalismo ardiente, pero un tanto diluído en el lugar común. ¡Ah! se reconoce aquí o allá el acento oratorio. Todo este pequeño raundo de palabras tomaría formas, vuelo, color, puesto en movimiento por la voz viva del orador; pero quedando escritas, se aplastan y caen, y no alcanzan, como aquellas hojas descoloridas del otoño que pinta Víctor Hugo, a trasponer las vallas del jardín.

Con las cartas de Berryer, aparecen otras de Alfredo de Musset y de Enrique Heine. ¡Qué cambio y qué contraste! No hay una sola frase que pueda dar lugar a una entonación de voz un poco prolongada. Pero ¡qué ligereza, variedad de tonos, y cuánta gracia en lo imprevisto! Tal movimiento de cabeza sería un cumplimiento, si no apareciese al mismo tiempo en el labio una sonrisa de ironía. Estos grandes niños juegan con punzones sutiles, se hieren en el corazón, y la gota de acíbar o de sangre se mezcla al per-

fume de la flor. La colección de los billetes de Musset y de Heine formarían el canasto de Cleopatra. Hay la perla de la Arabia, la rosa del Egipto; pero se arrastra en el fondo, envolviéndolo todo, el áspid amarillo del desierto.

V

Caracterizaríamos mejor la impresión personal que deja Berryer después de la lectura de estos libros, comparándolo a Chateaubriand, con el que se le busca naturalmente semejanzas, puesto que fueron los grandes decoradores del partido legitimista, siendo el uno su *voz* y el otro su *pluma*, como tantas veces se ha dicho.

Los dos tuvieron el sentimiento del honor, que da unidad a la vida política y grandeza moral al hombre. Berryer era noble, caballeresco, fiel a la desgracia. Pero le faltan el rayo olímpico y el fuego sombrío del gran René. Fáltale sobre todo su soberbia tristeza, y hay demasiadas fiestas en ese castillo de Augerville. El orador hace con su nombre un gran estrépito, y pasa. Presta su voz a las pasiones públicas, pero no entra en el drama íntimo de la vida. Remueve asambleas, pero no ejerce, como el poeta, fascinación sobre las almas.

El poeta y el orador dieron el ejemplo raro de la constancia en sus opiniones políticas cuando todo cambiaba a su alrededor, y los dos se aunaron para decir a la madre de Enrique V, que sólo debiera serlo en el destierro: "Señora: Vuestro hijo es nuestro rey".

Ambos fueron católicos, y puesto que de *recuerdos íntimos* se trata, podemos agregar que supieron asociar a su devoción las manifestaciones más mundanas de una vida galante. Pasan

a cada momento por estos libros con su altiva mirada las marquesas de Berryer, como las llamaba irónicamente su propia mujer. Los nombres de Chateaubriand y de Mme. Récamier viven juntos en la memoria, sin que por eso queden excluidas de la vida del cantor de *Los Mártires* la aristocrática dama de los Ferbaques, la que entrelazó su nombre con el suyo en una columna del Salón de Embajadores de la Alhambra, y aquella bella y pálida Paulina de Montmory, muerta de consunción en Roma.

VI

Berryer no era solamente devoto, sino que tenía veleidades por el sacerdocio. Era discípulo de Bossuet por su elocuencia amplia y resonante, y la cátedra sagrada lo atraía después que hubo, sobre todo, presenciado los transportes de entusiasmo suscitados en Nuestra Señora de París por Ravignan y Lacordaire, que habían igualmente abandonado el foro para recibir las órdenes sagradas. Escuchemos ahora sobre este pasaje difícil a nuestras dos escritoras.

“En medio de las alegrías *íntimas* y de los brillantes triunfos que embellecían su vida, dice la vizcondesa de Janzé, Berryer sentía por momentos renacer en él una especie de entusiasmo sacerdotal. “¡Ah! mi caro amigo, dijo un día al príncipe Belgioioso, si hubiera entrado en las órdenes, el púlpito habría sido mi tribuna. Habría yo defendido la causa de Dios con el fuego de mis ardientes convicciones. La elocuencia cristiana ha realizado prodigios. Recordad las cruzadas. Creo que habría yo podido ejercer también una saludable influencia, realizando grandes hechos”.

Madame Jaubert es igualmente solícita en su admiración, pero mezcla de vez en cuando a sus relatos un grano de malicia. Nos refiere así que Berryer quería no solamente ser sacerdote, sino también cómico, cuando había asistido a una brillante representación de la Comedia Francesa y quedaban resonando en su oído los aplausos prodigados a Cantat o a Fleury. Pero oigámosla:

“¿Era en verdad una vocación la que lo impulsaba hacia el teatro? ¿No había alguna analogía entre este deseo y los movimientos que tuvo alguna vez por hacerse sacerdote? No habría sido en caso alguno para vivir en el desierto. Berryer acariciaba en su imaginación los triunfos de la cátedra. Veía a sus pies la multitud, atenta al principio, conmovida en seguida: imaginaba una influencia persistente sobre este sexo siempre amado, y para los últimos años un grandioso cuadro, dentro del que podría encerrarse su vejez”.

La nota es justa y la explicación queda dada.

VII

Esta vocación sacerdotal de Berryer ocasionó cierta vez un malentendido, que nuestras aristocráticas escritoras no cuentan.

Diversas habían sido sus relaciones con Mr. Thiers. Cuando Berryer hubo cumplido los cuarenta años que “acechaba” Carlos X y fué electo diputado y apareció en la tribuna, Mr. Royer Collard, al oírlo por vez primera, había dicho “Es un poder”. Thiers contradujo en *El Nacional* con singular petulancia el fallo del oráculo, sosteniendo que “un abogado de causas no alcanzaría a ser un orador político”. Este juicio fué modificado más tarde, y después del

formidable debate sobre el reconocimiento del crédito de los Estados Unidos, Thiers mismo había confesado a sus amigos que tenía en las discusiones de las cámaras dos cosas: la cornada de Berryer y la dentellada de Dufaure.

Pero Thiers era a la sazón ministro, y queriendo establecer ciertas inteligencias con Berryer por medio de un amigo común, dijo a éste: "Que se haga sacerdote, que entre en las órdenes, y yo le haré cardenal". Berryer lo supo y quedó profundamente agraviado.

Berryer podía pasar por las veleidades de las organizaciones artísticas, ávidas del aplauso donde quiera que resuene, y ambicionar ser gran actor al salir del teatro, o sacerdote después de haber escuchado a Lacordaire en Nuestra Señora. No entendía, sin embargo, que sus adversarios políticos lo sacaran de la vida pública y lo enviaran a recitar salmos, aunque fuera con un birrete de cardenal en la cabeza y bajo las bóvedas de la capilla Sixtina.

VIII

Procuremos ahora caracterizar al orador sin salir de la anécdota, para acomodarnos mejor a la índole de los libros que analizamos.

En la sala de billar del castillo de Augerville se oyó una tarde una fuerte disputa. Berryer y Dupin, que acostumbraban dar desde la juventud a sus conversaciones el movimiento animado de una controversia, cuestionaban esta vez sobre la importancia respectiva de cada uno en los negocios públicos de su país.

—Tú no has sido ni eres sino un artista, decía Dupin a Berryer. Tú sólo eres un gran actor como Talma, o un colorista como Rubini.

Puedes apenas contar con la hora presente, porque el auditorio no te dá sino la emoción del momento. Entre tanto, yo he tenido siempre uno de los primeros papeles en la política y en la legislación de mi país.

—¡Desgraciado! le contestaba Berryer. Te haces así un mérito de haber servido a todos los gobiernos.

—Sin duda. Esto prueba que me necesitaban, mientras que se han pasado sin tí.

—¡Esa es justamente mi gloria! replicó Berryer, dando a sus palabras una entonación vibrante.

IX

El diálogo no puede ser más característico, y cada uno de sus interlocutores se encuentra perfectamente definido por el otro.

Sobrábale sin duda a Mr. Dupin grandes facultades; sus presidencias parlamentarias fueron famosas y sus epigramas renovaban en la sesión de cada año su reputación siempre creciente; pero le faltaron cierta elevación moral y la adhesión por una causa, que da unidad a la vida; y prestando todos los juramentos y sirviendo a todos los gobiernos sin excluir uno solo, vino a morir condecorado por el *Imperio* con los más altos empleos.

Es a la vez cierto que Berryer no obtuvo con su elocuencia sino esos rápidos triunfos de tribuna que estallan en aplausos arrancados al adversario mismo, que se extienden tal vez a lo lejos como una irradiación de luz, y que no se encuentran una hora más tarde en la urna del escrutinio. Así, más que a Pitt, Guizot o Thiers, que fueron maestros tan soberanos en el arte de

gobernar con su palabra bajo el régimen parlamentario, se parece a aquel senador romano de voz canora, que cautivó el oído y los corazones de su generación y cuya memoria sólo llega hasta nosotros trasmitida por la mención de Tácito: *Haterii canorum illud et profluens cum ipso simul extinctum est.*

¿No era sino un artista? Hay artistas supremos, y esta calificación excelsa a nadie haría bajar de su más alto rango en el orden de las facultades humanas. Oíganos a una de nuestras autoras, la Vizcondesa de Janzé: “Una vez se le preguntó si cambiaría la elocuencia por otro don del alma.—¡No! exclamó Berryer, levantándose impetuosamente, sería una ingratitud para con el cielo. Debo a esta organización de orador placeres de una intensidad incomparable. Cuando la pasión me arrastra, haciendo desbordar el torrente de mis palabras, siento físicamente transportes tan vivos, como si oprimiera una mujer amada entre mis brazos”.

La imagen es griega y pertenece a la escuela Cyrenaica de Aristipo. No la criticamos. Pero hay otros temperamentos oratorios, y para éstos la elocuencia fué como un volcán que tiene sus grandiosas explosiones producidas por un fuego oculto que consumía sus entrañas y que murieron, como William Pitt o Mirabeau, sin entrar en la vejez.

X

Berryer, consagrándose a la causa del Rey legítimo, se ponía al día siguiente de la revolución de 1830 fuera del círculo de las combinaciones políticas.

Se mezcla a los debates más ardientes, pero

se halla, y es el único, colocado fuera de las competencias personales. Sus cuestiones de tribuna no son luchas *de cartera*. Todos pasan por el parlamento para llegar, en realidad o esperanzas, al ejercicio del poder, que es para él imposible. Está solo, y a veces contra todos, necesi-tándose la elevación y a la par la sutileza de su espíritu, como lo observaba Mr. Guizot, para superar los inconvenientes de un papel tan difícil.

De ahí proviene la singularidad de su posición, sostehida durante diez y ocho años con constancia tan rara, y hasta con heroísmo, porque lo hay en despojarse por fidelidad a un recuerdo, de esas pasiones absorbentes del mando, que otros ejercían tal vez a su vista con capacidad escasa, y que son el verdadero alimento de la vida pública.

¿Era todo esto un arreglo de escena, para que el artista de palabras pudiera mostrarse a la sombra de los mayores prestigios? No puede ser llevada la sofistiquería tan lejos. No hay arte que suprima la naturaleza humana, y donde quiera que se muestre un sacrificio, debe señalarse una virtud. Berryer, es decir, el primer orador de la Francia, renunciando a las grandezas del poder por ser leal con una causa perdida, será siempre un noble y alto ejemplo en todo tiempo y para cualquier país.

XI

Berryer no ha gobernado con su palabra como Pitt, y pueden faltarle algunos rasgos de esa elocuencia intrépida y sojuzgadora que el ministro inglés encontraba en su orgullo y en el ejercicio soberano del mando.

Pero cuántas otras ventajas obtuvo en cambio, para desplegar libremente su palabra oratoria! Puede afrontar cualquier asunto, ofrecerse en blanco a las mayores cóleras, y permitírsele todo sin perder su aplomo. No ha pasado por las pruebas y las responsabilidades del poder. Es immaculado. Allá por los bancos de la extrema izquierda se escucha un día un rumor, mientras ocupaba la tribuna. El orador suspende su discurso, vuélvese rápidamente de ese lado, y exclama: “¿Qué decís? Señores: ayudadme a oír, para embarazar cruelmente a mi interruptor!!”

Su fiereza es noble y grande y no permitirá que llegue hasta él el equívoco de una alusión, aunque sea velada en medios tintes. “Subo a la tribuna, dirá en otra ocasión, traído por una palabra, por un nombre propio. Yo no soy de aquellos hombres que en los días de desgracia para sus amigos, reniegan sus amistades pasadas. No soy de aquellos que trasladan sus servicios de un campo al otro. He sido el amigo personal del Príncipe de Polignac y de todos los miembros del último gabinete de Carlos X. Confieso estas amistades, cuyos principios fueron honorables para mí, y no las renegaré jamás”. La valentía del alma expresada por un rasgo fiel, será siempre elocuente.—No olvidemos que había sido necesario resguardar con batallones a los desgraciados ministros del último Rey legítimo, para guardarlos de las furias del populacho.

Berryer no milita en los partidos que luchan acerbamente por el poder, y puede preservarse de los odios que inficionan el corazón con su hiel y escapar a las apreciaciones estrechas, tras de las que sólo se descubre un interés de secta o de opinión.

Es así el orador nacional por excelencia; y lo

que se refiere a la Patria en su presente o en su historia lo conmueve profundamente, aunque deba ponerse de pie para saludar a la Convención que guillotiné a su Rey, por haber salvado el territorio de la Francia; para agradecer a su adversario Mr. Thiers, por no haber entregado en las negociaciones a Ancona; o para repudiar la política pusilánime que abandonaba los intereses franceses en presencia del extranjero, con aquellos tres "*jamás, jamás, jamás*", que serán para algunos la repetición del mismo grito con que Lord Chattam había hecho resonar cincuenta años antes las bóvedas de Westminster y que el orador francés no necesitó buscar en su memoria porque fueron arrancados de su corazón (1).

XII

Estos movimientos oratorios de Berryer son conocidos y lo han hecho comparar más de una vez con Mirabeau. Es sin duda un error.

Mirabeau sólo entraba penosamente en los largos desenvolvimientos, y no son sus discursos detenidos los que han fundado su fama.

La palabra oratoria de Mirabeau es por lo general la palabra en estado de rayo, para emplear una expresión de Chateaubriand. Estalla en la réplica, fulmina en el apóstrofe, aunque suele también a veces a condensarse sentenciosa y tranquila en un axioma, que por su divulgación rápida se convierte en un proverbio. Berryer no alcanza tal vez a este poder de expresión; pero hay más serie, mayor encadenamiento y un des-

(1) Lord Chattam dijo: "Si fuera yo americano, como soy inglés, en tanto que un soldado extranjero tuviera un pie sobre mi país, no dejaría las armas. Jamás, jamás, jamás."

arrollo más vasto en sus razonamientos. Sólo podría notarse con dificultad el menor desfallecimiento en sus discursos más extensos y un soplo de vida circula por todas sus articulaciones, animando desde la primera palabra hasta la última. Cada uno de sus discursos es un organismo vivo.

¡Cuánta facilidad para derramar sus ideas en esos períodos resonantes y numerosos que tienen el movimiento ascendente de las olas, que van hinchándose, creciendo, alzándose en montañas, hasta arrojar con estrépito su espuma sobre las riberas!

Lo confesamos sin dificultad. No comprendíamos hasta ahora poco el poder oratorio de Berruyer, porque no le conocíamos sino fragmentariamente. Es necesario entrar en su obra, introducirse en la atmósfera creada por su aliento poderoso y dejarse conducir por la corriente. Lo que hay de admirable no es éste u otro pasaje, como en Mirabeau, sino el *todo*. No basta decir "hay inspiración", que puede ser rápida y escaparse en un destello. Se siente la creación que da vida ferviente al conjunto, como en los discursos de Demóstenes, de los dos Pitt y de Lacroix.

XIII

Los cinco volúmenes que forman los *Discursos* publicados, no perjudicarán la fama legendaria del orador. Se ha extinguido y no se escuchará más la voz rica en modulaciones con que fueron mágicamente pronunciados; pero era tan fuerte el soplo con que salía del pecho, que ha impreso un movimiento inextinguible a la palabra proferida.

Puede hoy hacerse el circuito de comparación con sus contemporáneos, para confirmar la impresión persistente de los que, habiendo oído a todos, lo declararon el primero. Barrot ha publicado en sus *Memorias* extensos fragmentos de sus discursos, y es más demostrativo. Dupin ha reproducido del mismo modo los suyos y es más incisivo en el argumento pequeño. Allí están los numerosos volúmenes que contienen los discursos de Thiers, para dar testimonio de cómo puede circular la palabra humana como los átomos de Demócrito en férvida ebullición, esparciendo sin embargo una luz tranquila.

Cada uno puede a la verdad excederle por una calidad; pero Berryer es superior a todos por esas fuerzas de la imaginación, de la razón, del sentimiento, que constituyen juntas la potencia oratoria de un hombre.

Los tres discursos sobre el "Crédito de los Estados Unidos", son el modelo de la argumentación poderosa, provista de hechos, paseándose dentro del asunto como una falange griega; y Thiers comprendió a sus expensas en aquella emergencia, que "no era tan inútil ser abogado de causas" y haberse ejercitado en la fuerte dialéctica del foro.

En el discurso sobre la Cuestión española, hay una extraordinaria elevación de ideas, que sabe sin embargo asociarse a la táctica parlamentaria más hábil;—y no puede leerse uno solo de sus discursos políticos, desde 1831 a 1836, sin admirar cómo practica este arte sabio de decir lo necesario para ser fiel a su conciencia y a su causa, haciéndose al mismo tiempo aplaudir por sus adversarios, que eran casi todos sus oyentes. El discurso "sobre la construcción de la Sala de Sesiones Judiciales", es un ejemplo al mismo

tiempo, de moderación y de pasión, que sólo pueden unirse por una habilidad suprema.

XIV

No basta el razonamiento. Es necesaria la imagen para dejar incrustado por siempre un pensamiento. Pero convertir el argumento en imagen, es la dificultad última. Se lo hace con frecuencia y se da gracia al discurso, pero se le arrebatada su fuerza. Aumentar el poder del razonamiento por medio de la imagen, no lo han alcanzado sino dos o tres grandes oradores, y entre ellos Demóstenes, cuando extendió sobre todo sus manos, jurando por las sombras de los que murieron los primeros en Maratón, desfilaron en la batalla de Platea o combatieron en Salamina.

Berryer es quizá el orador moderno que más se ha aproximado en este punto al sublime orador griego.

Se trataba de un asunto jurídico a la par que político, a cuyo desenlace asistía la Europa entera. El príncipe Luis Napoleón Bonaparte, después de su tentativa de Estrasburgo, había sido embarcado para los Estados Unidos, quedando de este modo substraído a la acción de la justicia; y el jurado de aquella ciudad pronunció luego la absolución de sus cómplices. El gobierno, para resguardarse de hechos semejantes, proponía a las Cámaras que en los casos de participación o complicidad en el mismo complot, los militares comparecieran ante los consejos de guerra, mientras que los particulares serían juzgados por los tribunales ordinarios; y Berryer pronuncia en la sesión del 6 de Marzo de 1837 su célebre discurso sobre la "ley de disyunción".

Nuestro orador quiere demostrar que los reos de un mismo delito no pueden ser llevados ante dos tribunales diversos, que juzgarían quizá de un modo contrario, absolviendo el uno y condenando el otro. Reune, precipita sus argumentos, y los reasume en esta imagen final:

“ Qué! al mismo tiempo y en una misma ciudad se abrirán dos puertas! Por aquí irá lentamente la marcha de los condenados a muerte! Por allá se oirá la ovación clamorosa a los que han sido absueltos y a sus jueces! Vosotros queréis por vuestra ley, que el convoy fúnebre pase a través de los regocijos de los triunfadores de la justicia!! Esto es lo que vuestra ley habría producido.— Que se aplique ella una vez, dos veces en nuestro país, y ¡qué se habrían hecho el orden, la disciplina, la justicia que queréis conservar y proteger!”

XV

Berryer era discípulo de Bossuet, al que llamaba el primero de los oradores, y su palabra ha sobrepasado más de una vez las alturas de la tribuna política, llegando por la advertencia solemne o el presentimiento patriótico a la grandeza profética. Aparece en la Cámara de Diputados de la Restauración y dice en su primer discurso a los legitimistas, que preparaban con la “Adresse” de 1830 inconscientemente una revolución ya tan próxima:

“ Qué importa, por cierto, cuando los derechos del Rey son heridos, cuando su corona es ultrajada, que vuestra *adresse* esté llena de protestas de consagración, de respeto y de amor... Este triste contraste no hace sino conducir nuestro pensamiento a tiempos de

“ funesta memoria; y nos recuerda el camino
“ por el que un Rey desgraciado fué llevado, en
“ medio de los juramentos de obediencia y las
“ protestas de amor, hasta cambiar por la pal-
“ ma del martirio el cetro que dejó caer de sus
“ manos!! ”

No habían pasado dos meses, y la Cámara misma había desaparecido y Carlos X se hallaba en el destierro.

Veinte años transcurrieron. Imperaba la República después de otra revolución más profunda que la de 1830, y Berryer pertenecía a la Asamblea Legislativa, cuando se levantó de su asiento discutiendo un proyecto de ley electoral, para decirle también a la Asamblea:—“Tú morirás”.

“ Prestad, señores, atención a vuestros actos,
“ exclamó Berryer. No puedo penetrar en el
“ porvenir. Yo no sé quiénes serán vuestros su-
“ cesores. Ignoro hasta si los tendréis. Estos mu-
“ ros quedarán tal vez en pie, pero serán, de
“ cierto, habitados por legisladores mudos!! ”

El golpe de Estado del 2 de Diciembre sobrevino luego. ¡Qué intuición tan profunda y cuánta belleza en la forma de su expresión! porque no podemos separar al orador elocuente del político experimentado que tanto acierta en sus inquietudes patrióticas, que angustian sus sentimientos sin perturbar la claridad de su pensamiento. El uno sirve para transparentar al otro.

XVI

Ningún hombre político ha dejado en Francia un renombre más puro que el de Berryer, y era sin duda el más brillante mientras fué animado por la llama viva de su palabra.

¿Será imperecedero? Es aventurado, por cierto, anunciar la inmortalidad para una palabra de hombre, cuando no fué generadora de grandes acontecimientos y no ha alcanzado por otra parte las formas perfectas del arte antiguo.

Pectus facit oratorem—el corazón hace al orador—fué su divisa, y su elocuencia brotó a raudales expresando sus nobles sentimientos. Todos los contemporáneos han rendido homenaje a las calidades afectuosas de su alma, asociadas en él a la mayor elevación intelectual. Odilon Barrot le llama sin violencia “el príncipe de la palabra”, y recuerda su gracia personal y la benevolencia de su carácter. Guizot habla de su naturaleza abierta, franca y simpática, que no inspiró jamás un odio a los adversarios que más vivamente combatiera, siendo él mismo incapaz de experimentarlo. Filaretos Charles, después de haber gruñido a todos los contemporáneos, ha escrito estas palabras increíbles casi bajo su pluma:

“ Mr. Berryer es el primer hombre parlamentario de su país y de su tiempo. Lo honro, porque ha sabido mantenerse libre de cóleras. Nada subalterno hay en su vida, exenta de intrigas y de artificios, y se siente en él la pasión de la bondad ”.

XVII

Esta es la impresión dejada por Berryer entre sus contemporáneos, y podemos decir que fué orador tan incomparable porque supo mantener alta su mente, purísima su vida y siempre joven su noble corazón. Tales son las fuentes de las que baja su elocuencia; y el desinterés absoluto con que se vinculó por siempre a una causa

perdida, contribuyó tanto como aquella para dar a su nombre, dentro de su país mismo y de su época, un prestigio casi legendario. En 1855 era admitido en la Academia Francesa, y Salvandy lo recibía con las palabras siguientes:

“ Penetráis en este recinto después de cuarenta años de vida pública y os presentáis sin empleos, sin condecoraciones, sin honores y sin otra distinción que la palma académica que vamos a poner en vuestras manos y el rayo de luz que ilumina vuestra frente y que os viene de Dios !”

Concluamos.—Era una de aquellas sesiones borrascosas de 1850 que hacían ya presentir con la anarquía y el tumulto de las opiniones más diversas, la disolución de los partidos dominantes, la caída de la República y los golpes de Estado. Había una verdadera conjuración para impedir que hablara el gran orador *legitimista*, y sus afirmaciones eran contradichas por ásperas denegaciones, y su voz cubierta con murmullos de los republicanos de la hora presente que se aprestaban ya en su corazón a ser los imperialistas del día siguiente, hasta que pudo dominar el tumulto exclamando:

“ Eh, bien! señores. Soy ya viejo. Hemos pasado por gobiernos diversos que engañaron o que fueron engañados, y yo os pregunto: ¿cuál es la injusticia, cualesquiera que fuesen el régimen y la época en que se cometiese, que no haya encontrado en mí un adversario? ¿Cuál es la víctima que no tuviese en mí un defensor? Señores: esta conducta es el honor y la sola fortuna de mi vida”.

La Asamblea estalló en aclamaciones calurosas, y Odilon Barrot se puso de pie diciendo:—*¡Es la verdad!*



Volvamos ahora a las tres escritoras que nos han dado ocasión para escribir estas líneas; y saludándolas con agradecimiento, las dejemos al lado de la estatua del gran orador, erigida en el Palacio de Justicia, como aquellas figuras de mujeres, radiosas y brillantes, que los discípulos del Van-Dick pintaban inclinándose sobre los marcos y mirando con asombro los retratos de su maestro. Si no hay un nuevo rayo de luz, habrá a lo menos con sus libros un perfume más para la memoria gloriosa de Berryer.

Buenos Aires, 1883.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

LA AGONÍA DE LA COLONIA

Sonaban las campanas las oraciones en la ciudad de Córdoba del Tucumán, y en esta hora solemne de melancolía indefinible que se respira en la atmósfera y que va apagando lentamente los murmullos del día en las demás ciudades, parece que la ciudad monástica, — imagen viva de la dominación española, — entraba recién en el movimiento y en la vida, derramándose todos sus habitantes por sus calles, hasta entonces desiertas por el calor abrasador del día.

Sonaban lenta y pausadamente, vibrando en el aire las campanas de sus doce iglesias. Aquí anunciaban un sermón; más allá, una novena; en otro templo congregaban los hermanos de una cofradía para sus preces. Las puertas se abrían dando paso a hombres y mujeres que salían haciendo la señal de la cruz y recitando a media voz la salutación del *Angelus*.

Media hora después las campanas habían callado y la ciudad vuelto a su silencio. Era una hermosa noche de verano. Un leve viento caía de las vecinas sierras, disipando los ardores del día, y la luna deslizándose sobre un cielo sin nubes, plateaba con sus rayos las cúpulas de las torres, blanqueaba las aguas del río, sin encon-

Estas páginas fueron escritas por el doctor Avellaneda, siendo estudiante en Córdoba. — Nota del Editor.

trar en las calles de la ciudad un solo paseante que la contemplara tan poética y tan bella.

Córdoba realizaba con demasiada exactitud en el momento aquel, — que no era por cierto accidental en su existencia, siempre monótona y tranquila, — el pensamiento de Pascal: “Los templos son el hogar de los pueblos”.

En tal soledad, y en tal silencio, un hombre que paseara las calles no podía menos de hacerse notar; y principalmente si ese hombre vestía el traje clerical, puesto que sus funciones lo llamaban adonde estaban los fieles.

No extrañará, por lo tanto, el lector que hagamos fijar su atención en un clérigo con su largo hábito talar y con su sombrero de teja, que saliendo por una puerta excusada de la catedral, descendió gravemente los escalones del presbiterio, deteniéndose después como indeciso, mirando a todas partes, sin saber qué dirección tomar.

Resolvióse de pronto, y su andar fué ya precipitado. Apenas salió de la gigantesca sombra que arrojaba la inmensa catedral, la luna bañó su semblante, pudiendo reconocerse a su luz un hombre de estatura elevada que hacía todavía más resaltante la larga sotana ajustada a su talle. La rectitud con que llevaba su cuerpo y el desembarazo de su paso, demostraban su juventud.

Avanzando por la plaza, atravesó la Casa Consistorial que yacía en silencio. El soldado que hacía la guardia en la puerta principal, le rindió las armas, en señal de honor; pero el clérigo pasó adelante, sin que lo hubiere notado al parecer: tan absorto iba en sus inquietudes o en su pensamiento.

Anduvo así algunas cuadradas, hasta que al volver una esquina otro hombre que venía en dirección opuesta, se encontró con él.

—¡Gregorio!

—¡Ambrosio!, — respondió el clérigo, con voz anhelante. — Iba por tí a la catedral. Vengo del Palacio del Obispo, donde estaba también el Gobernador. Nada de nuevo; ninguna noticia ha llegado; pero ni aun siquiera el menor presentimiento agita a estos hombres.

¡Oh, cómo pesa esta noche sepulcral sobre mi alma!...

Y como para evitar el decir más, se cubrió el rostro con su manto, continuando ambos por el mismo camino.

Marchaban silenciosos. Salieron de las calles, atravesaron un puente que arrojaba su arco atrevido sobre las dos extremidades de una cañada; y dando algunos pasos más, se encontraban en una hermosísima explanada, circuida por verjas de hierro, sombreada a su alrededor por árboles seculares, que nacían reflejar sus copas, suavemente mecidas por la brisa, en un magnífico lago encuadrado allí como un inmenso espejo.

Estaban en el célebre paseo de Córdoba.



¡Dios sea lado! porque si puso en el seno del hombre el dolor, puso también la alegría; porque si la vejez viene a nublar sus ojos y a encorvar su frente, fué un día joven para vivir vida de ilusiones libada en la copa encantada de los amores. ¡Dios sea loado! porque nos dió memoria para recordar y bendecir los días de la embriaguez primera, del primer insomnio, del

primer amor, y consagrar el culto del alma, el culto de los recuerdos, a los lugares donde levantamos el primer altar para las adoraciones del corazón.

¡Salud, Córdoba! Nuestros padres nos envían a estudiar la ciencia de los doctores en tu gótica Universidad. ¡Pobres viejos que se engañan como niños! Tu ciencia pertenece al pasado, y la luz del siglo, y el viento del mundo, pronto borran tus huellas.

Mas aquí, todos dejamos prendido el corazón con un recuerdo. Mecida la cabellera blonda por la brisa, a la sombra de los sauces de tu poética alameda, allí meditamos dulcemente las primeras frases del amor; allí, soñando la mujer prometida, el corazón la presiente y la ve aparecer al pie de un árbol o al volver de una calle, y el viento suave sobre los sauces y los pinos, los pájaros que cantan en la tarde, el murmurio de las aguas del lago, que las sombras que caen hacen más bello y misterioso, forman su concierto para esta primera hora del amor.

Vivirás en la memoria, Córdoba, no por tu ciencia, que se olvida, sino porque os recuerda el corazón.



Esto es lo que para nosotros simboliza el paseo de Córdoba. Pero a su presencia parece que ninguna idea risueña de venturas pasadas o de felicidad presente viniera a la mente del clérigo. Separóse de su compañero algunos pasos, desprendió una canoa que se hallaba ligada a un árbol en una de las extremidades del lago, y con un ademán lo invitó a entrar en ella.

Tomaron los dos los remos y bogaron en dirección a un Cenador de formas griegas, que

bello y esbelto se levanta en la mitad del lago.

Una vez allí, fué el clérigo quien primero interrumpió el silencio.

—La inquietud me devora, Ambrosio, hermano mío. Necesito hablar, respirar libremente. La tranquilidad de esta ciudad que reza me sofoca el alma. ¡Cómo es terrible la noche sepulcral de la colonia española, en este pueblo modelado a su imagen! En todas partes los pueblos son como los individuos, y nunca llega para ellos una hora decisiva y solemne que no la anuncie siquiera el presentimiento, cualquier signo fatídico que cruce por el aire, cuando no la ha preparado la previsión.

Y aquí todos, esta noche, saldrán de los templos a recogerse tranquilos, pensando hacer mañana lo que han hecho hoy, lo que hicieron sus abuelos ahora un siglo; sin que se les ocurra siquiera el pensar que puede haber una variación que haga mejor esta vida de autómatas que llevan.

Y cuando la luz ilumine súbita como el rayo este abismo, ¡cuántos ciegos hará, cuántos ojos quedarán deslumbrados por su esplendor!

Tú sabes, hermano mío, cómo soy dueño de mis impresiones, cómo domino los movimientos de mi corazón, sin que jamás un músculo de mi fisonomía revele sus palpitaciones. Hace diez años que consagro mi vida a un pensamiento que me absorbe entero, que es mi preocupación en la vigilia, mi pesadilla en el insomnio, que ya me exalta, me enloquece de alegría, o cae como una ola de amargura sobre mi alma; y sin embargo, sólo tú eres el confidente de ese pensamiento, que nadie ha sospechado, misterio insondable para los demás, a pesar de que la emu-

lación, la envidia y la suspicacia de los mandones españoles espían mis pasos.

Pero hoy, Ambrosio, en estos momentos críticos, mis fuerzas se hallan vencidas, y si no salgo del recinto de la catedral, tal vez la fiebre interior estalle...

—Calma, Gregorio, calma. Lo que ayer era prudencia, hoy es necesidad suprema... Ayer exponías tu cabeza; hoy comprometes la libertad de la América. Tal vez la noticia demora, porque el movimiento revolucionario no estalló el 25. Una nube que pasa puede postergar la ejecución de los designios más grandes.

Pero, hora más, hora menos, la cuestión es de tiempo, Gregorio, y por más que Dios mida con mano avara nuestros días, no descenderemos a la tumba sin ver a nuestra Patria libre de cadenas, dueña de sus destinos.

Te repetiré tus palabras cuando volviste de Europa: *La fruta está madura, y caerá del árbol.*

Los dos hermanos continuaron todavía durante largo tiempo este diálogo, y el que hubiere llegado al paseo de Córdoba atraído por la noche y por el lugar habría visto hasta muy avanzada hora dos sombras que desprendiéndose del Cenador se dibujaban largamente en el lago, y percibido algo como el sonido confuso de dos voces humanas mezclándose al murmurio del viento y de las aguas.



Nuestros lectores se habrán apercibido que tenemos por delante al célebre deán de la catedral de Córdoba, el doctor don Gregorio Funes. Era la primera reputación literaria del tiempo,

y su fama, sobrepasando a la de Maciel, había llegado hasta los últimos confines del Virreinato. El orgullo americano se engrería y se dilataba al ver cómo los propios magnates españoles rendían acatamiento al talento y al saber del ilustre criollo.

En aquella inmovilidad de la Colonia, desde Buenos Aires hasta Lima, había profundamente excitado la atención la lucha sostenida en Córdoba, entre los padres de San Francisco y el clero secular de esta ciudad, sobre la dirección de su colegio y Real Universidad. Después de la expulsión de los jesuitas, se habían apoderado de ambos establecimientos los padres de San Francisco, para envolver todavía en sombras más profundas sus estudios, haciendo más escolástica la filosofía, más casuística la teología y venerando como los únicos dogmas de la inteligencia humana las sutilezas del más sutil de los ingenios formados por el silogismo y el peripato que haya producido la media edad: el beato Scoto.

Cien mil silogismos por año, diez conclusiones universitarias, grandes batallas campales contra los Tomistas, eran el culto que le rendían sus buenos hijos de América.

Y, sin embargo, existían varias Cédulas Reales que mandaban poner al clero en posesión de la Universidad; pero tan prepotente era la influencia de los franciscanos tan diestros se mostraron en el manejo de la intriga, que pasaron los años, y las Cédulas Reales quedaban sin ejecución. A pesar de las continuas quejas de los clérigos, la Corte española se mostraba indiferente a este asunto. Ella quería, sí, que sus colonias de la América progresaran en ganadería, en pastoreo y en teología; pero por teo-

logía, la de Santo Tomás o la de Scoto, ambas eran igualmente respetadas por el Rey Católica.

El clérigo Funes regresa de España y falto de otro medio para ocupar la actividad de su espíritu, y animado al mismo tiempo por el noble deseo de introducir saludables reformas en aquellos estudios momificados, hace suya la causa del clero, la abraza con pasión y desde entonces le consagra su inteligencia y su fortuna. Honda sensación produjo en los últimos años del siglo pasado el abultado Memorial que el canónigo Funes dirigiera al virrey, Marqués de Avilés, en sostén de los derechos del clero.

El virreinato entero dióle la razón al clérigo Funes, pero el virrey declaró que aún no había llegado el tiempo oportuno para que fuera confiada al clero la enseñanza.

Entonces el asunto debió tomar la forma a la que no podía escapar ningún negocio durante la Colonia y litigarse por vía de proceso, único molde conocido para la defensa de cualquiera causa. Funes sostuvo a sus expensas apoderados en España; llevó sus *litis* hasta el Consejo de Indias, habiendo por fin obtenido en pro de los derechos que defendía una Real Cédula, que no obstante sólo fué ejecutada siete años después, en 1807, por don Santiago Liniers. Funes había consagrado a este resultado más de doce años de su vida.

Pero no sólo este complicado debate lo había hecho expectable. En ocasiones muy solemnes Funes había subido al púlpito y hecho resonar algunos ecos perdidos de aquellas voces elocuentes con que Bossuet y Massillon habían llenado el gran siglo. Estas oraciones corrían impresas

y cimentaron sólidamente la reputación literaria del Deán Funes.



En 1809, aquel año de rumores sordos, de movimientos desusados y de agitación desconocida, Funes había estado en Buenos Aires y vinculado estrechamente sus relaciones con Belgrano, Castelli y con algunos otros de los promotores de la Revolución de Mayo. Esta avanzaba en el plan de sus iniciadores y comunicaciones frecuentes mantenían a Funes al corriente de todos sus secretos.

Funes había buscado a su alrededor un confidente con cuya cooperación pudiera contar llegado el momento oportuno, habiéndolo encontrado, seguro, inteligente y fiel, en su hermano don Ambrosio Funes.

La Revolución sofocada en Charcas había atraído la atención de los revolucionarios argentinos, haciéndoles, al mismo tiempo, sentir la necesidad de tener agentes en las provincias del Alto Perú...

Córdoba, 1854.

El cuaderno que ha llegado a nuestro poder, junto con otros trabajos estudiantiles, sólo contiene de este esbozo de novela histórica los fragmentos que reproducimos.
— N. del E.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

EL CONGRESO DE TUCUMAN

(FRAGMENTO)

I

¿Qué quedará de nuestras ruidosas asambleas, de tantos debates apasionados que inflaman la atmósfera política, y de todas estas cuestiones que se nos presentan tan decisivas e imponentes? Nosotros mismos estamos ya viendo como un olvido sepulcral suele suceder a emociones tan violentas, y que luchas parlamentarias, que al parecer debieran dejar huellas de fuego, apenas alcanzan a consignar de sí un vago recuerdo. Nuestros oradores mismos no fijarán sus miradas sin tristeza sobre los voluminosos Diarios de Sesiones, especie de necrópolis para sus discursos, que nadie recuerda, que nadie consulta, como si les hubieran dado vida otros hombres, otra época, otras pasiones.

Vivimos por otra parte en tiempos de transición, y sería muy aventurado juzgar sobre los resultados definitivos y permanentes de todas estas elucubraciones del pensamiento argentino, buscando constituir la República bajo formas

Al reproducir el doctor Avellaneda el presente estudio, en 1883, lo precedía de la siguiente nota: "Este fragmento pertenece a nuestros primeros escritos y se denuncia por sí mismo. Basta así su fecha (1864) para explicar su estilo, sus ideas y, en una palabra, su composición". — (N. del E.)

regulares, en el orden y en la libertad. En esta lucha permanente entre el hecho rebelde y la ley desconocida, cuando todo se presenta incierto y embrionario y mientras asistimos a la penosa elaboración de una sociedad naciente, se hace casi imposible discernir lo que será un germen fecundo, un movimiento creador, o una agitación estéril.

Pero siempre que la Patria argentina no haya desaparecido de la tierra, y mientras exista un pueblo noble y generoso que responda a este nombre, el Congreso de Tucumán atravesará los tiempos eternamente glorificado.

Ha dado nacimiento a un pueblo, y este pueblo que tiene su cuna en el *Acta de la Independencia* que aquél firmara, bendecirá por los siglos de los siglos su nombre venerando. Su nombre se halla inscripto al pie del monumento inmortal, y vencerá con él la indiferencia de los tiempos y el olvido de las gentes, que se agrupan y precipitan al través de las edades.

¡Y cómo es triste, y cómo es dramática su agitada y gloriosa historia! El Congreso aparece en medio de la conflagración general del país, y con el llanto en los ojos y el corazón conmovido arroja aquel largo sollozo que nos ha transmitido el alma elegíaca del Padre Rodríguez. ¿Quién puede leer todavía aquella página de *El Redactor* sin sentirla caer como una ola de amargura? Ella es torpe como el dolor en sus manifestaciones; las palabras que dejan entrever el caos se acumulan penosamente con sombrío y pesado colorido. Fáltale aliento al que las escribe, y el tormento de aquella trabajosa concepción se posesiona del lector... De pronto cruza un soplo de heroísmo, la expresión brilla como un rayo de sol sobre una armadura, y la página conclu-

ya flameando el estandarte de los libres y repitiendo su juramento: *La Libertad o la Muerte*.

Después, la vacilación, la duda, el desmayo. El Congreso ensaya tímidamente sus fuerzas, y las siente impotentes para dominar la anarquía. Pero llega el peligro, y el peligro supremo lo exalta. ¡Silencio! La epopeya de los combates, después de haber brillado con el valor de los héroes y el fulgor de los aceros, se ilumina súbitamente con el esplendor de la idea. La Colonia termina; la República empieza. Tres siglos caen al pie de los Andes, y la aurora de los nuevos siglos emblanquece sus cumbres, mientras resuena por todos los ámbitos del continente la voz fulminante que destierra a los reyes, la voz poderosa que convoca a los pueblos a fundar una nación...

¡La guerra interior se desata, desastrosa y terrible! Los ejércitos españoles avanzan amenazadores, sofocando la rebelión con la sangre, y el Congreso se levanta entonces en ademán sublime, dominando con su actitud las convulsiones internas, convirtiendo el peligro en triunfo y abatiendo las banderas españolas para proclamar sobre ellas: ¡paso al porvenir!

Y después de aquel esfuerzo sobrehumano, el gigante vuelve a convertirse en niño. Con el grito de la Independencia ha arrojado su alma sublime a los vientos, y vedlo ahí cómo se entretiene en cándidas fantasías, soñando el imperio de los Incas, después de haber proclamado el imperio de la libertad. Sus discusiones son pueriles. Desconoce la Revolución que él mismo ha declarado irrevocable como el destino; no comprende al pueblo que acaba de crear... hasta que un día se sorprende en sus juegos infantiles

y concluye él mismo burlándose con el verso festivo de un poeta.

El Congreso necesita retemplarse en otra atmósfera. El Director se lo dice, y él también lo comprende. Los hombres del 9 de Julio se trasladan al pueblo del 25 de Mayo. Un pensamiento grandioso lo invade. Es el primero de los Congresos que intenta constituir la República. La Constitución de 1819, monumento el más curioso de nuestra historia legislativa, sale de su seno, y la desorganización interior, estallando salvaje por todas partes, le contesta con los tumultos vertiginosos del Año Veinte.

El Congreso desaparece en el caos, y no se escucha siquiera su voz, subiendo desde el fondo del abismo. Su historia se cierra como los poemas indios en las tinieblas y en la sangre.

II

No nos proponemos narrar tan extensa historia, que apenas un volumen podría contener. Aunque para ello no nos faltasen preparación y fuerzas, *El Correo del Domingo* (1) no se mostraría muy bien avenido con tan pesado farrago; y por esto sólo escribiremos algunas páginas hasta poner al Congreso de Tucumán en presencia de aquel solemne día, en el que “lleno del santo amor de la justicia, e invocando al Eterno que preside el Universo”, proclamó la independencia de las Provincias de la Unión. Para mejor conocer su fisonomía, necesitamos, sin embargo, decir breves palabras sobre la gran Asamblea nacional que lo había precedido.

(1) Se publicaba en este periódico el presente escrito.

Forzoso es confesarlo. El Congreso de Tucumán, este Congreso de vida inmortal sobre la tierra argentina, no reunió en su seno ni los hombres más importantes del país, para brillar con el fulgor de su inteligencia, ni promulgó aquellas leyes que ya provocan las revoluciones sociales o las resumen, columnas miliarias que se destacan en la historia de los pueblos.

La Asamblea de 1813 le había arrebatado esta gloria. Ella fué la inteligencia revolucionaria de la América elevándose al solio del legislador. No bastaba la pasión por la libertad que incendiaba al Nuevo Mundo. Era necesario apoderarse de la ley; y sus leyes fueron los rayos de la Revolución, que abren la tierra, cavan la tumba en que sepultan el pasado, y que después de haber derribado a la Colonia, la reviven infundiéndole el alma de un pueblo nuevo (1).

Por esto apenas la Asamblea se instala, se apresura a borrar de la cabeza de la América los signos de la servidumbre secular. La unge con el nuevo óleo de los libres. Los reyes del derecho divino se van; la soberanía de los pueblos viene, y el juramento que ligaba con el vínculo vergonzoso del vasallaje se convierte en el voto del hombre libre que promete sostener "la libertad, la integridad y la prosperidad" de su Patria. Hay, sí, una Patria; y la Asamblea hace brotar de los labios del poeta inspirado el himno que la saluda, al mismo tiempo que permite desplegarse bajo el cielo argentino la bandera de Belgrano, que Dios por siempre conser-

(1) "Las pasiones violentas son desde luego el resorte poderoso de una empresa osada; pero ésta no puede sostenerse mientras el silencio de la ley no termine el estrépito de las convulsiones, conservando el influjo de la opinión y dándole la dirección que convenga al interés público." — "Redactor de la Asamblea", N.º 1.

ve inmaculada y brillante, como el sol que ostenta entre sus blancas y azuladas fajas (1).

Era necesario condenar las crueldades de la conquista española, y a la voz de la Asamblea el indio se levanta del polvo vil de su condición deprimida, libre y exento de los tributos que le hacían pagar al dominador español hasta el aire y el sol de su suelo natal. Era necesario presentar a los ojos del pueblo el espectáculo material del rompimiento con la barbarie del pasado; y la Asamblea suprime la inquisición, prohíbe el uso de los tormentos, y manda que sus instrumentos sean prontamente despedazados por la mano del verdugo "antes que alumbre el sol del 25 de Mayo".

No bastaba ésto. Debíase además crear un pueblo sobre los escombros de la Colonia derruíca, y la Asamblea arroja el plantel de la democracia naciente, aboliendo los mayorazgos y las vinculaciones, que hacen de la posesión de la tierra la base de aristocracias privilegiadas, prohibiendo la introducción de los esclavos, proclamando la libertad de todos los nacidos en el territorio de las Provincias Unidas, al mismo tiempo que echa los cimientos de la Nación *una* e indivisible, exigiendo implícitamente una nueva ciudadanía, y declarando la unidad de la Patria en el seno de la representación nacional (2).

El espíritu de Moreno, el revolucionario inmortal, presidía sus actos. El hablaba en el alma de sus discípulos, y para que la tradición de las ideas quedara consagrada con un homenaje rendido a la memoria del maestro, la Asam-

(1) Historia de Belgrano, pág. 123, tomo 2.º

(2) Decreto del 8 de Marzo de 1813. Los Diputados de las Provincias son Diputados de la Nación en general, sin perder por esto la denominación del pueblo al que deben su nombramiento.

blea se erige en protectora del desvalimiento de su viuda y de la orfandad de sus hijos.

Allí estaba Agrelo, espíritu inflexible y riguroso que perseguía con pasión sistemática la aplicación de los principios revolucionarios; allí Valentín Gómez, inteligencia serena y vagabunda, atraída siempre por el espectáculo del movimiento político del mundo, que estudiaba con curiosidad anhelante en los libros que la Francia había arrojado a la avidez del siglo diez y ocho; allí, por fin, Monteagudo... la revolución hecha hombre, ¡y qué hombre! llama y pasión, astro que se incendia en la confluencia con otro cometa, y que se lanza por el espacio derramando el fuego que lo devora. Él estaba en Charcas cuando la Revolución; como un volcán, hacía sentir su primer mugido y arrojaba allí sus primeras lavas. Ellas lo quemaron con su contacto, y desde entonces Monteagudo pasea por la América conmovida su furia sagrada.

¡Y cómo no nombrarte, nosotros que conocemos tus luchas interiores, desgarradoras y sangrientas, Padre Ignacio de Castro Barros, espíritu insomne, obscuro, tormentoso, fanático de la independencia y de la religión, soportando momento por momento el duelo terrible que daban en tu alma las dos pasiones que la disputaban poderosas! ¡Tú, el más humilde, eras uno de los más grandes en sacrificios y en abnegación, porque llevabas en holocausto al altar de la Patria tu propio corazón hecho pedazos.

Hay así existencias arrojadas en los confines de dos mundos. Son el pasado y son el presente; pero no penetran en la nueva era sino con el alma rota, y debatiéndose dolorosamente entre la luz y las sombras que a su vez los solicitan. Cuando un hombre tal abriga un fuerte corazón, su retrato se asemeja a aquel león in-

forme del poema de Milton, con el ojo inflamado, la crín al viento y el cuerpo de arcilla fatalmente pegado a la materia inanimada.

III

Tal era la Asamblea Constituyente de 1813, el concilio de la Revolución, el foco de sus ideas y la tribuna de su palabra que se inspiraba en la pasión democrática y en la filosofía política del siglo diez y ocho. Su rasgo prominente es el haber sido, más que un Congreso del pueblo argentino, la gran Asamblea del pensamiento americano, agregando aquella su virilidad en las concepciones y la audacia intrépida de sus leyes, que se suceden las unas a las otras, siempre graves, imponentes, decisivas. Hasta hoy no tenemos un año legislativo más fecundo que el de 1813; pero con él puede decirse, a la verdad, que desaparece la célebre Asamblea.

Después se la busca y no se la encuentra. En Enero de 1814 cierra la serie de sus inmortales trabajos, cuando concluye con la infausta tradición romana de los triunviratos, concentrando el Poder Ejecutivo en una sola mano; y desde entonces baja de la altura que la ponía en presencia de la América para entregarse al servicio de uno de los partidos internos de su país. Se arrastra por el sendero tortuoso de las intrigas, descende hasta la obscuridad de las sociedades secretas, y por fin, un día desapareció envuelta en la catástrofe que separó del poder al General Alvear, que había sido su primer Presidente en los días de su esplendor (1)

(1) 15 de Abril de 1815.

Apenas disuelta la Asamblea, los revolucionarios mismos proclamaron la necesidad de un nuevo Congreso nacional. Este Congreso fué el de Tucumán, habiéndose postergado un año su reunión por la descomposición que trabajaba la República, por las agitaciones incesantes de la Capital, y por la influencia de Artigas, que había extendido su protectorado *federal* sobre varias provincias. En la ausencia de toda autoridad nacional surgida del voto del país, las tendencias disolventes, instinto en las muchedumbres, instrumento político en los que se ponían a su frente, abríanse fácilmente paso, sin dique que las contuviera, combinándose con las ambiciones personales y con los odios provinciales.

La presencia sola del Congreso de Tucumán significaba el triunfo del principio centralista. Se presentaron a ser allí representadas las provincias que se habían mantenido fieles a los vínculos de la Unión; siendo, por lo tanto, muy aventurado afirmar que el célebre Congreso fuera *federal* por su composición, como alguna vez se ha dicho.

La Asamblea Constituyente había tallado en mármol la estatua. El Congreso de Tucumán debía darle nombre y vida; siendo las leyes de la Asamblea y el *Acta de la Independencia* de este Congreso lo único que nos queda de aquellos ensayos legislativos abortados, y lo sólo que se conserva y se conservará por los siglos, al través de los borrascosos vaivenes de nuestra vida política...: los derechos del hombre, la igualdad democrática, la unidad y la independencia de la Patria.

IV

La historia argentina no ha sido aún escrita.

Nuestros hombres de letras, entregados los unos por la pasión política o por el sentimiento del deber a las agitaciones de la vida pública, arrebatados los más, de su grado, por el torbellino, viajeros pacíficos en una nave que azotaban las tempestades, no han podido dedicar a su estudio sino días fugitivos, o las últimas horas de una existencia fatigada. En la imposibilidad de acometer la gran empresa, han escrito entonces *Biografías*, narrando los hechos históricos para mostrar en su desenvolvimiento la influencia decisiva de sus personajes, levantados a alturas fantásticas por la pasión siempre creciente del escritor.

Tal es el carácter esencial de la biografía: apasiona por su héroe. Este se engrandece, cobra proporciones en el ánimo de su escritor, ya sea por la simpatía ardiente del corazón, por la identidad de situación o de opiniones que han inspirado su trabajo mismo, o ya simplemente por aquel fenómeno fisiológico que nos muestra como tienden a enseñorearse, revistiéndose de formas colosales, la idea tenaz y la imagen fija que durante largo tiempo obedecían al pensamiento.

¡Paso al héroe cien veces acariciado en los sueños ardientes de la concepción literaria! Y el biógrafo, con mano febril y con el pensamiento inflamado, se apodera de los hechos históricos para formarle arcos de triunfo. Luego se trata de dejar la estatua que se ha cincelado, grandiosa, elevada a los ojos de la posteridad; y siendo necesario para ello un inmenso pedestal, se postea a sus pies al pueblo, apagando su corazón y dejando flotar su brazo, que tan gigantescas obras ha ejecutado, como un instrumento inerte y ciego.

Los antiguos eran más sinceros cuando llamaban a sus biografías panegíricos; y el joven Plinio, cuando quiso sobre todas las cosas rendir honores a Trajano, intituló su libro: *El Panegírico de Trajano*, creando un nuevo género de elocuencia.

Pero ya que la ocasión se presenta, queremos decirlo. Escapando a los peligros de este género de composición, las páginas de nuestros biógrafos se realzan a veces bajo el severo sello de la verdadera historia. Allá en los principios de este siglo un joven estudia, medita, anota sus pensamientos, y se mueve para buscar su realización en la limitadísima esfera de acción que la Metrópoli española dejaba a sus colonos de la América. De pronto la escena cambia. Un ruido inmenso sucede al silencio sepulcral. Es la América que se levanta, trozando sus cadenas. Aquel amor por la verdad, aquella avidez del progreso y del bien que se ahogaban estériles en el alma del joven, tienen ya por delante el teatro más vasto que pudo haber soñado para su aplicación.

El escritor se apresta a seguir a su héroe por tan nuevo como dilatado campo; pero antes necesita referir el día, el lugar y el actor de aquella prodigiosa transformación. Entonces olvida momentáneamente a su héroe; desciende a la plaza pública, se pierde en la corriente popular, aspira su hálito de fuego, y sintiendo sobre su alma el alma del pueblo, escribe el relato de la revolución en páginas que tendrán la altísima gloria de transmitirla a la posteridad. El biógrafo ha olvidado a su héroe en esta hora de inspiración.

La historia suplantada por la biografía, el detalle íntimo, la impresión individual subordi-

nando a su capricho los hechos históricos, el gran conjunto del movimiento social que desaparece, el individuo que abarca la escena: he ahí el origen de aquellas extrañas opiniones sobre las causas que han contribuído al desenvolvimiento gradual de la Revolución, haciendo desaparecer al pueblo para enaltecer a sus prohombres, y presentarlos como los únicos actores en el gran teatro de nuestra historia.

Nosotros creemos que tales opiniones no son sino verdaderas perturbaciones de juicio, porque jamás alcanzaremos a comprender cómo la historia de un pueblo con sus guerras externas y sus revoluciones sociales, pueda ir a perderse obscura en la vida de un grupo de hombres, y cómo este drama de la vida libre con sus cien mil voces, con su escenario abierto a todos los intereses, a todas las ideas, a todas las pasiones, vaya a abismarse en un monólogo!

¿Dónde está la fuerza motriz de nuestros acontecimientos históricos? ¿Quién impulsó la Revolución: el pueblo o sus hombres? Y después del hecho material de la cadena rota y de la independencia conquistada, ¿cuál es la fuerza que todavía nos conduce por este camino borrasco, al través del cual la antigua Colonia vase convirtiendo en República, y ésta encarnándose en la vida real, bajo formas regulares y permanentes?

V

Hemos hecho deliberadamente tan larga digresión para plantear esta pregunta, porque la luminosa historia del Congreso de Tucumán nos da su respuesta con evidencia incontrastable. Ella nos la enseña, cuando nos presenta al céle-

bre Congreso ejecutando sus actos de trascendencia infinita, o cayendo en la más radical impotencia, dominando con majestad los sucesos, o vencido por éstos, cuando se desatan con imperio irresistible para desbaratar su obra y dispersarla a todos los vientos. Veámoslo para concluir.

El Congreso de Tucumán es tres veces célebre. Lo es por su famosa declaración de la independencia, por sus opiniones abiertamente monárquicas al procurar establecer el régimen de gobierno para su país, y por haber sido el primer Congreso argentino que se mostró poseído por el audaz intento de darle una Constitución permanente, Constitución que efectivamente promulgó en 1819 después de dos años de laboriosa discusión. En estos tres grandes actos el Congreso de Tucumán ha representado a los prohombres de la República, y ha sido la más alta expresión de su iniciativa inteligente en el arduo empeño de fijar sus destinos.

Hoy, a los cuarenta años de distancia, podemos ya hablar en presencia de los resultados, y decir por lo tanto con seguridad completa hasta dónde fué estéril y hasta dónde se tradujo en hechos fecundos aquella iniciativa de los hombres de pensamiento, doblemente ocupados en la formidable tarea de imprimir fuerza invencible a la Revolución, y de desprender entre el caos y las sombras, dándola vida y forma, a la Patria naciente.

La declaración de la independencia, acto del más sublime y heroico patriotismo, contribuyó poderosamente en aquellos días infaustos de la Revolución a hacerla irrevocable e invencible, no dejando otra alternativa sino la libertad o la muerte. ¿Quién podrá desconocer que con aquella mágica palabra los pensadores argentinos

desataron las fuerzas sociales para ponerlas al servicio de la idea revolucionaria? “Hemos quedado, como Hernán Cortés, las naves, y no tenemos otra salvación sino la victoria”, decía la Comisión Gubernativa de Buenos Aires, respondiendo al pronunciamiento del Congreso.

He ahí cómo con resoluciones magnánimas, o con actos de profunda inteligencia, los políticos argentinos han impulsado la Revolución con fuerza poderosa, e influido en el desenvolvimiento próspero y fecundo de los acontecimientos que hoy pertenecen a la historia.

Pero se presenta también pronto, y a la primera mirada, el reverso del cuadro, de un modo tal vez más imponente y decisivo.

El Congreso de Tucumán era monarquista, y con él lo eran los primeros hombres que con su inteligencia o su espada marchaban al frente de la Revolución, en aquel tiempo de anarquía, de derrotas y desfallecimiento. El pueblo, sin embargo, no era monarquista por un instinto tan noble como poderoso. No lo era, por aquella fuerza innata de la libertad en sus desenvolvimientos, que una vez partida de su foco se dilata irresistible como la luz. No lo era, por el sentimiento de la igualdad profundamente arraigado en su corazón; y hoy, a Dios gracias, somos los que el pueblo quería en 1816 y en todas las épocas de la Revolución. La aspiración ingénita del pueblo hacia la libertad y la igualdad bajo sus formas más completas, ha prevalecido por hoy y por siempre sobre las combinaciones quiméricas de los políticos argentinos.

VI

Vamos adelante. El Congreso de Tucumán se

traslada a Buenos Aires, modifica su composición primitiva, admitiendo hombres más notables en su seno, y promulga por fin, tras de lenta elaboración, la Constitución tan discutida, tan anhelada, tan prometida. Todos sabemos lo que aquella Constitución significaba.

La Constitución de 1819 organiza el centralismo más formidable. La facultad de dar leyes en el Congreso no tiene límites; es tan vasta, tan compleja, como la vida misma del país. El poder del mando en el Ejecutivo no encuentra tampoco restricciones; y en esta Constitución, tan prolijamente minuciosa que describe hasta el ceremonial de las sesiones solemnes, no aparecen mencionadas una sola vez las provincias, y no se sanciona algún derecho invulnerable para aquella autonomía local, que, como lo ha dicho bella y profundamente Montley, es la sangre misma de la libertad.

Tal era la fórmula para la organización del país, dada en 1819 por los pensadores argentinos, preocupados en estudiar cómo debían vencer la "dictadura militar de Esparta, o evitar la demagogía de Atenas", en presencia de Artigas y de la tormenta social que no debía permitir una hora de vida a sus deleznales concepciones.

Siete años después la inteligencia argentina representada por sus grandes hombres volvía a escribir en un libro augusto: *República unitaria* (1). La República unitaria, trazada por el Congreso de 1826, se lanzaba de nuevo a provocar los desiertos, y los desiertos la ahogaron con la mano bárbara de sus hijos.

La República quedó destrozada en mil girones, hundiéndose en la descomposición y en el

(1) No rehusa confesar (decía la Comisión que redactó el proyecto de 1826) que no ha hecho más que perfeccionar la Constitución de 1819.

caos; y allí permaneciera si no hubieran venido las ligas *provinciales*, que renaciendo aquí para concluir más allá, y al través de peripecias infinitas, han conducido por fin a los pueblos argentinos a vivir por primera vez unidos en el orden y en la libertad, bajo una ley que en su primer artículo declara *adoptar para el gobierno de la Nación Argentina la forma representativa republicana federal*.

VII

Entraremos después en desenvolvimientos que tendrán colocación más oportuna en pasajes posteriores de este escrito. He ahí, entretanto, las grandes enseñanzas que se desprenden del estudio del Congreso de Tucumán, trayéndolo con su historia a ser juzgado en presencia de la situación actual. En ella vemos incontrovertible la iniciativa fecunda de los hombres colocados por los sucesos al frente de la Revolución, al mismo tiempo que al través de su impotencia para realizar sus concepciones se siente poderosa la opinión pública; como se vuelve nuevamente a aprender que las obras caprichosas de los hombres se quiebran como vidrio frágil, cuando chocan contra los elementos naturales que constituyen el organismo de un pueblo.

Rivadavia decía al Congreso de 1826, que no lo escuchó: "Fatal es la ilusión en que se cae cuando se pretende que el talento o la voluntad pueden mudar la naturaleza de las cosas, o suplir a ella sancionando y decretando creaciones" (1).

(1) Discurso del 8 de Febrero de 1826 al recibirse de la Presidencia.

El grito de la libertad que abre la nueva era, se levanta en la plaza pública. La asamblea se vale de las leyes escritas para encarnarlo en la vida política y social, y prepara el campo para que avanzando sobre él pueda un día el Congreso de Tucumán incorporar un nuevo pueblo a la familia de las naciones. Pero este pueblo sólo ha alcanzado días serenos adoptando para su régimen interior de gobierno las formas a las que lo subordinaban las condiciones naturales de su existencia; y es republicano y democrático por su voluntad soberana, sobreponiéndose a quiméricas concepciones, y por la voluntad de Dios, supremo legislador de las naciones.

Contemos ahora la instalación del Congreso.

INSTALACIÓN DEL CONGRESO

I

En los primeros meses del año diez y seis los diputados de los pueblos libres acudían a Tucumán, habiendo sido elegido este pueblo para la convocación del Congreso, como el punto más céntrico de lo que en el lenguaje oficial de la Colonia se había llamado "el virreinato de Buenos Aires". Dejamos ya dicho en la introducción que la revolución de Abril de 1815 al derribar al director, haciendo al mismo tiempo desaparecer a la asamblea, había impuesto a las nuevas autoridades por ella creadas la obligación de promover su reunión fuera de la Capital, con el designio de arrebatarse un nuevo pretexto de descontento a los celos que con mayor o menor vivacidad se habían despertado en las provincias.

Los que escriban la historia del movimiento revolucionario del 15 de Abril, estudiando su índole y sus tendencias reveladas principalmente por sus primeros actos en el ejercicio del poder, sabrán apreciar la sinceridad con que los revolucionarios de Abril alegaban esta causa para apartar al Congreso argentino de la antigua capital del virreinato, confinándolo por vez primera en uno de los pueblos del interior. Nosotros solamente agregaremos que el motivo invocado en sí era cierto, y que de él dan testimonio los hechos como los documentos contemporáneos, siendo estos celos provinciales uno de los elementos activos de convulsión en aquella época tormentosa (1).

La reunión de los diputados fué morosa. La derrota de Sipe-Sipe, entregando al poder del enemigo las provincias del Alto Perú, la influencia trastornadora de Artigas extendiéndose sobre las provincias litorales, y hasta en un momento dado sobre Córdoba mismo, el desquicio interior en que se hallaban las otras, a excepción de las de Cuyo, fueron otras tantas causas poderosas que naturalmente postergaron el envío de los diputados.

El mes de Marzo ya concluía, cuando encontrándose por fin en Tucumán los diputados de Buenos Aires, de Mendoza, San Juan, San Luis, Rioja y Catamarca, dos diputados de Charcas, uno de Mizque y otro de Tucumán, resolvieron entonces proceder a la apertura del Congreso, "con este personal incompleto, debido a los contrastes de una guerra obstinada y para así satisfacer los votos ardientes de las provincias de la Unión" (2).

(1) Memorias del general Paz, pág. 272.

(2) Palabras de "El Redactor del Congreso", N.º 1.

La expectativa a la verdad era grande, pero la necesidad era aún mayor.

II

El primer rayo de sol del día 24 de Marzo de 1816, al dorar las cumbres del Aconquija y antes de dilatarse iluminando los bosques y las llanuras, fué saludado con una salva de veintiún cañonazos. En este día el Congreso Soberano de las Provincias Unidas, “esperanza de los pueblos y objeto de la expectación común”, hacía por fin su instalación. Reunidos por primera vez los diputados a las nueve de la mañana en la sala de sus sesiones, determinaron la fórmula del juramento que debían prestar, eligiendo en seguida para su presidente provisorio al doctor don Pedro Medrano, diputado por Buenos Aires, y que debía ser uno de los miembros más activos e influyentes del Congreso.

El presidente prestó juramento en manos del más anciano, y los diputados, conteniendo con su actitud recogida las manifestaciones de la alegría popular, se dirigieron al templo para invocar las bendiciones de la Providencia sobre sus deliberaciones, con aquella fe sincera que santifica los actos humanos asociando la política a la religión. Así pasó el día 24, severo y religioso, aislándose el Congreso del pueblo y permaneciendo en la sala de sus sesiones.

Al día siguiente el Congreso determinó hacer pública su instalación. Un bando había convocado a las milicias de la ciudad y de la campaña, y la novedad del espectáculo atraído a los habitantes todos de la provincia que inundaban las calles. Entre las aclamaciones del pueblo, presidido por el gobernador intendente, y entre dos

mas compactas formadas por la multitud, el Congreso se trasladó desde el lugar de sus sesiones al templo de San Francisco. Allí se cantó una misa en acción de gracias al Dios de la patria soberano autor de tanto bien, entonando luego los diputados, por una inspiración espontánea, el cántico del supremo regocijo: *Te Deum laudamus*. El alma de aquellos hombres se elevaba sin esfuerzo hacia Dios.

Había subido entretanto a la cátedra el doctor don Manuel Antonio Acevedo, diputado por Catamarca, a quien encontraremos más tarde abriendo el debate sobre la forma de gobierno y proponiendo el primero la monarquía de los Incas, de los que se había constituido el más fervoroso apóstol por un movimiento generoso de su corazón y en odio a las crueldades de la conquista española. Hase perdido para siempre el discurso que en ocasión tan solemne dijo el orador sagrado; pero su recuerdo ha vivido unido a las escenas de aquel día en la memoria de los que lo escucharon.

Habían pasado treinta y tres años, sobreviniendo con ellos catástrofes inauditas; y un joven ávido de conocer la historia de los firmantes del acta de la independendia, preguntaba una vez al anciano doctor Corro (1): — Y este doctor Acevedo, ¿quién era? — ¡Ah! respondió con alegría el viejo, ¡qué sentida oración nos pronunció en el día de la instalación del Congreso!

En las populosas ciudades los murmullos de cada día sofocan los recuerdos lejanos; pero la tradición oral repite hasta hoy en Tucumán, con fidelidad completa, las ceremonias de aquellos dos días, tal como se hallan prolijamente des-

(1) Diputado al Congreso por Córdoba.

criptas en el número primero de *El Redactor del Congreso*. El viajero es llevado a la sala de las sesiones. Se le muestra sobre un estrado el lugar desde donde se leyó el decreto de la instalación del Congreso, y más tarde el acta de la independencia... y entretanto, ha atravesado la plaza donde hasta ahora poco se levantaba la pirámide de Oribe, sin encontrar quien le explique lo que simboliza aquel bárbaro monumento.

¡Pobres y santos pueblos! Se sienten felices, porque han visto un rayo de luz entre dos tormentas.

III

El Congreso iniciaba sus sesiones en un tiempo dos veces triste; y he ahí cómo lo describía el Congreso mismo, volviendo sus miradas tres años después a los primeros días de su instalación:

“Sopla la España entre nosotros el fuego de las disensiones... Manda ejércitos exterminadores. Ellos extienden por todas partes la desolación y sus crímenes; y los sucesos de la guerra nos son ya adversos...”

“¡Ah! en qué estado tan deplorable se hallaba la República cuando se instaló el Congreso Nacional... Los gobiernos se suceden tumultuariamente como las olas de un mar agitado. Se instala una asamblea que desaparece como el humo; una lucha escandalosa entre el Gobierno Supremo y muchos pueblos; el espíritu de partido ocupado en combatir una facción contra otra; ciudadanos inquietos por todas partes, siempre prontos a sembrar la desconfianza; el erario público agotado; el Estado sin agricultura, sin comercio y sin industria; en fin: todo el Estado caminando de

“ error en error y de calamidad en calamidad
“ a su disolución política. He ahí, ciudadanos,
“ lo que consternó nuestras almas...” (1).

.

Buenos Aires, 1864.

(1) Manifiesto del Congreso, en 22 de Abril de 1819.

LA DEMOLICION DE LA PIRAMIDE

NOTA AL PRESIDENTE DEL CONCEJO DELIBERANTE
DE LA MUNICIPALIDAD

No es a la verdad obra ligera aplicar la baretta de la demolición a la pirámide de Mayo, y comprendo la vacilación que se ha apoderado del Concejo Deliberante al tratar de asunto tan grave.

Esta Pirámide, por la veneración general con que se la rodea, por su origen, por los sentimientos que despierta en todo argentino, no pertenece verdaderamente al patrimonio de una ciudad, y la primera cuestión a examinar sería si puede admitirse que su existencia o su desaparición dependen únicamente de una Ordenanza Municipal. La Municipalidad de París, con sus tradiciones de centralismo y orgullo, como sólo las tuvo la Roma antigua, no pretende este derecho sobre los monumentos que en el recinto de la gran ciudad conmemoran las glorias de la Francia. Los tiene bajo su guarda para conservarlos, pero no es su dueña.

Todo cuanto se ha dicho para desacreditar nuestra Pirámide, en su carácter histórico, es inexacto. No es cierto que tenga una procedencia subalterna, puesto que fué autorizada su construcción por la autoridad más alta que en estos o en aquellos tiempos pueda invocarse, por la Junta Gubernativa, en la que se hallaban sen-

tados los diputados de todos los pueblos argentinos.

Es menos exacto que sea incierto su origen, puesto que fué erigida para conmemorar en 1811 el primer aniversario de la Revolución, resultando así que no puede haber ningún otro monumento patrio que la supere en antigüedad.

Los decretos del 12 y 13 de Mayo de 1812, que suprimiendo el paseo del Estandarte real como un signo de vasallaje determinaron las festividades para el próximo "25 de Mayo", ordenan la "iluminación de la Pirámide". Desde aquellos lejanos días no se pudo ya reverenciar a Mayo, como decía el poeta, sin nombrarla. El verso de Chano y Contreras, recitado todavía en el fogón del gaucho; el canto elegíaco de Juan Cruz Varela, que fué el clamor del patriotismo herido; los himnos entonados por tres generaciones de niños al columbrar la primera luz del día de Mayo; es decir, lo que hay de más popular, de más íntimo y de casi legendario en la vida argentina, han contribuído a identificar la memoria de la Revolución de Mayo y sus aniversarios con la Pirámide que la conmemora por el voto soberano de la "Junta Gubernativa", que constituyó nuestro primer gobierno nacional.

Pienso que el Concejo Deliberante ha tenido sobrada razón para detenerse antes de decretar la demolición de un monumento que, a pesar de sus formas, más o menos grotescas, tiene raíz tan honda en el sentimiento patrio y en nuestra historia, y que procede al mismo tiempo de una autoridad, que un Concejo Municipal no puede subrogar en sus funciones. Háblase de la Ley de 12 de Junio de 1926. Pero esta ley ordena que se reemplace la Pirámide por una *magnífica fuente de bronce*, lo que no entra en

los proyectos actuales, y no es dado invocar una ley cuando se trata precisamente de no cumplirla.

La ley de 1826 fué promulgada por Rivadavia, pero no se conformaba a su pensamiento y cayó bajo el *veto* del sentimiento público. En 1826, la Pirámide era casi de ayer; no habían pasado sino quince años desde su erección y no podía aún revestir el carácter augusto y tradicional bajo el que hoy se nos presenta.

*
* * *

Debo entrar en otra faz del asunto. ¿Por qué sería demolida la Pirámide? Busco una razón y no la encuentro. ¿Quiérese hacer ostentación de los recursos propios o extraños que hoy poseemos para erigir obras de arte? ¿Trátase de exhibir como un testimonio de cultura la elevación de nuestro gusto? No hay inconveniente en asociarse al intento, y no sería por cierto pueril, desde que lo legitimamos y engrandecemos dedicándolo al cultivo de las glorias patrias en la memoria de nuestros pueblos.

Pero para hacer lo nuevo, por ostentoso que se proyecte, no se necesita demoler lo viejo, a lo que se adhieren tantos recuerdos, por deforme que sea. Déjese de pie la vieja Pirámide, despójese de sus extraños adornos restaurando sus formas primitivas; y habrá siempre espacio sobrado para la construcción del nuevo y grandioso monumento dentro del vasto perímetro de las dos plazas que se reúnen, y que se agrandan todavía en las perspectivas con las riberas del río.

El monumento histórico difiere en mucho del monumento artístico, que sólo merece vivir en

cuanto haya realizado las formas plásticas de la belleza. Es el primero el reflejo de una época, y se le mantiene y se le conserva en este carácter, tratando tan sólo de establecer fielmente su autenticidad. Que nuestra vieja Pirámide sea en hora buena la obra de una aldea, y puede suscribirse sin dificultad este juicio, porque no defendemos su mantenimiento bajo los aspectos del arte. Pero ella servirá para mostrar lo que éramos cuando se inició con débiles medios y con esfuerzo portentoso el colosal intento de la emancipación política.

No hay objeto en desfigurar o suprimir nuestra historia, y el pensamiento y los actos de los hombres de Mayo, reaparecen, por el contrario, en su verdadera grandeza histórica, cuando se los coloca naturalmente dentro del estrecho teatro en el que se veían obligados a obrar. Nuevos y grandiosos monumentos darán con justicia espléndido testimonio de nuestra gratitud para con ellos, ya que podemos, para expresarla, disponer de los adelantos de nuestra época. La vieja y rústica Pirámide seguirá, sin embargo, siendo el verdadero monumento de su gloria. ¡Guardémosla como una reliquia preciosa bajo este título venerable!

Debo decir al señor Presidente que en otra ocasión solemne he manifestado ya las mismas opiniones, creyendo siempre que es necesario fortalecer por todos los medios nuestras tradiciones nacionales y no debilitarlas.

La Nación había adquirido en Tucumán la casa dentro de la que se encuentra el Salón en el que fué leída y jurada el "Acta de nuestra Independencia"; y desatendiendo proyectos de construcciones fastuosas, dispuse como Presidente, que fuera aquél religiosamente conservado.

Uno o dos años después, nos hallábamos en Tucumán centenares de viajeros para asistir a la inauguración del Ferrocarril, y recuerdo todavía cómo penetrábamos todos, con la cabeza descubierta y el semblante recogido, dentro del recinto del viejo Salón, con sus paredes macizas de barro, y sus rústicos tirantes doblados y ennegrecidos por el tiempo.

Las bóvedas artesonadas de un palacio construido a nuestra vista no habrían inspirado el mismo respeto. Teníamos así una representación real de las dificultades y de los tiempos, en medio de los que se reunió el famoso Congreso. El humilde Salón de sus sesiones no revestía formas arquitectónicas y su presencia nos ayudaba a recordar que el Congreso mismo se hallaba tan exento de recursos que necesitó demorar por días la salida de un Comisionado, hasta tener en su Secretaría algunos fondos que adelantaba un vecino, lo que no le impidió declarar la Independencia de las Provincias Unidas, a la faz de los ejércitos españoles que avanzaban victoriosos desde el Alto Perú!!



Quedan expresadas las opiniones que me pide el señor Presidente, y sólo me resta resumirlas para responder categóricamente a las preguntas que su nota contiene.

Opino por la conservación de la Pirámide que fué inaugurada el 25 de Mayo de 1811, despojándola de adornos apócrifos y restableciéndola con sus formas primitivas, en cuanto sea posible. La estatua de la Libertad que la corona no le pertenece y debiera ser suprimida. Pienso sobre todo que la demolición de la Pirámide no puede en caso alguno ser decretada por una Ordenanza

Municipal. El acto de la Junta de 1811 necesitará ser revocado por una ley de la Nación.

La presencia del monumento histórico no impide que se erija dentro del amplio recinto de las dos plazas el monumento artístico que se proyecta. Para que éste revista, sin embargo, el alto carácter nacional que quiere dársele, para que sea la expresión de la gratitud y la voluntad del pueblo argentino, es indispensable darle por origen una ley del Congreso.

La ley que fué sancionada últimamente consignando una cantidad de dinero, para el embellecimiento de la plaza de la Victoria, no tiene esta significación. Actos como el que se trata de producir no son por su naturaleza implícitos, no se hallan contenidos en otros y deben ser clara y solemnemente formulados. Los monumentos de la gratitud nacional no se decretan bajo formas más o menos subrepticias.

Noviembre 13 de 1883.

EL LIBRO Y SU LECTURA

San Juan Crisóstomo, el apóstol de la beneficencia, ha escrito, para expresarla, su más bella y completa definición. La caridad es el don de sí mismo, y el hombre tiene mucho que dar. Puede darse en tanto que es inteligencia, en tanto que es sentimiento y en cuanto posee los bienes exteriores que satisfacen las necesidades físicas de la vida.

Será siempre un acto grato y santo cubrir la desnudez y aliviar el hambre con el lienzo y con el pan de la limosna; pero el don de nosotros mismos por la inteligencia y por el sentimiento, es el atributo de la caridad por excelencia. Los apóstoles recibieron como misión suprema la de la enseñanza.

La sociedad moderna ha inventado la Biblioteca popular; y estamos desde entonces todos llamados a tomar participación en el apostolado sublime. El que da un libro para el uso del pueblo hace el pequeño don de su valor pecuniario y enciende una antorcha perenne, y abre una fuente de elevados sentimientos, para ilustrar y regenerar la existencia moral e intelectual de centenares de hombres.

Dar un libro es casi nada; pero el libro dado realiza la parábola de la semilla que los vientos arrastraron, que los pájaros del aire no comieron y que cayendo en tierras extrañas fructificó bajo la bendición de Dios en fértiles cosechas.

El don sin precio puede revestir un valor infinito, porque fué un libro encontrado a la casualidad el que infundió la perseverancia en el trabajo a Franklin y a Lincoln.

Cincuenta bibliotecas, desde Quilmes hasta Humahuaca, han nacido ya bajo los auspicios de la "Ley Nacional", demostrando que no es perdida entre nosotros la invocación que se hace a los sentimientos generosos.

Difundamos su conocimiento, hagámonos sus ejecutores y sus agentes; y el llamamiento permanente consignado en la ley, y la cooperación ofrecida a los que quieran promover el adelanto intelectual de su país por la difusión de buenos libros, determinarán una nueva dirección a la caridad pública, haciendo brotar ese raudal de la beneficencia y del patriotismo, que en la Unión Americana dota los establecimientos de enseñanza, funda bibliotecas populares y derrama a millones páginas impresas, para que se dispersen por su pueblo y por el mundo, como nuncios de la verdad que pertenece a todos los hombres!

¿Por qué no se suscitarán también entre nosotros esas asociaciones, que apellidándose con el nombre glorioso de Franklin, han creado las librerías de distrito en los Estados Unidos, y que hoy se propagan rápidamente por la Francia?



Cuando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy predispuesto a pensar bien de él. Leer es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándonos por alimento nuevas emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos. Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior.

Leer es sobre todo asociarse a la existencia de sus semejantes, hacer acto de unión y de fraternidad con los hombres. El que lee, aunque se halle confinado en una aldea, vive del movimiento universal y puede decir como el hombre de Terencio: que nada humano le es indiferente.

La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos.

Los egoístas no practican por lo general la lectura, porque pasan absortos en la árida contemplación de sus intereses personales. No sienten la necesidad de salir de sí mismos y estrecharse con los demás.

Las personas indolentes no leen; pero ¿qué son el ocio y la indolencia sino las formas plásticas del egoísmo?

La naturaleza es pródiga en sorprendentes escenas, en maravillosos espectáculos, que el hombre sedentario apenas conoce, y que los viajeros contemplan con extática admiración. Los placeres sociales encantan al hombre; pero no siempre vienen a su encuentro ni dependen de su voluntad. Entretanto, los placeres que proporciona la lectura son de todo tiempo y de cualquier lugar, y son los únicos que puede renovar a su albedrío.

Rioja ha podido decir así, con simplicidad tocante:

“Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño leve
Que no perturben deudas ni pesares.”

La lectura es poderosa para curar los dolores del alma; y Montesquieu ha escrito en sus *Pen-*

samientos que jamás tuvo un pesar que no olvidara después de una hora de lectura.

He ahí un hombre al que la inteligencia ha hecho grande entre los hombres de su época o de su siglo. ¿Qué ha pensado sobre Dios, sobre la naturaleza, sobre el hombre, eternos problemas que yo no puedo sondear, porque mi espíritu se halla inculto y mis horas pertenecen al trabajo material? La Biblioteca de la aldea contiene sus libros; y no habrán pasado las veladas largas de este invierno sin que yo sepa lo que San Agustín meditó sobre Dios, lo que Pascal discurrió sobre el hombre y lo que Humboldt enseña sobre las leyes que rigen el universo visible.

El libro es enseñanza y ejemplo. Es luz y revelación. Fortalece las esperanzas que ya se disipaban; sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscan su camino al través de las sombras del espíritu o de las dificultades de la vida. El joven obscuro puede ascender hasta el renombre imperecedero, conducido como Franklin por la lectura solitaria.

El libro da a cada uno testimonio de su vida íntima. Es el confidente de las emociones inefables, de aquellas que el hombre ha acariciado en la soledad del pensamiento y más cerca de su corazón. Así la lectura del libro que nos ayudó a pensar, a querer, a soñar en los días felices, es el conjuro de sus bellas visiones desvanecidas por siempre en el pasado.

Cuando puedo sustraerme a lo que me rodea, y releo mis antiguos libros, parece que se renueva mi ser. Vuelvo a ser joven. Lo que pasó está presente; y creo por un momento que puedo envolverme de nuevo en la suave corriente de los sueños desvanecidos, cuando repitiendo con acen-

to enternecido el verso de Lamartine o de Virgilio, los llamo y los nombro con las voces de mi antiguo cariño.

Enseñemos a leer y leamos. El alfabeto que deletrea el niño es el vínculo viviente en la tradición del espíritu humano, puesto que le da la clave del libro que lo asocia a la vida universal. Leamos para ser mejores, cultivando los nobles sentimientos, ilustrando la ignorancia y corrigiendo nuestros errores, antes que vayan con perjuicio nuestro y de los otros a convertirse en nuevos actos.

Buenos Aires, 1870.

GUTIERREZ Y LOS ANALES DE LA UNIVERSIDAD

Señor doctor don Juan M. Gutiérrez.

Mi siempre estimado amigo:

Acabo de leer su libro, me hallo aún bajo su influencia y quiero darle las gracias por su trabajo, que honra las letras argentinas, y por el envío que me ha hecho de uno de sus ejemplares.

Lo guardaré como un recuerdo precioso de su amistad, y como un testimonio de honor para mí mismo, puesto que ha querido usted consignar con la inserción del documento que lleva mi firma la pequeña participación que he tenido en la publicación de esta obra.

Usted nos ha recordado que tenemos un pasado literario; que ha habido, antes de la Revolución, una enseñanza para formar hombres: que puede ser ella útilmente consultada para explicarnos luego la acción de éstos en la vida pública; y que después de la emancipación hemos seguido, aunque de tan lejos y débilmente, el movimiento de las ideas que se operaba en Europa. Hay, pues, una historia de la inteligencia argentina, y usted la ha descripto bajo uno de sus aspectos más notables.

La escolástica, el silogismo, aquel argumento permanente, desentrañando fuerzas de sí mismo y encadenándose en consecuencias interminables, ¿no explica la raza formidable de nuestros dis-

cutidores y ergotistas en los primeros congresos? Abro los Diarios de sus Sesiones, y encuentro a cada momento sus extensos discursos, que llenan páginas enteras. ¿De dónde sacaban sus autores pensamientos administrativos o políticos que se prestaran a tantos desenvolvimientos?

Nosotros tenemos hoy, para tratar cualquiera cuestión de las que se ofrecen a los debates de una asamblea, el conocimiento de la historia que nos sugiere hechos y ejemplos, la posesión de los idiomas que nos da la clave para encontrarlos, la comunicación con el movimiento político y literario que nos presenta, hasta formuladas, las consideraciones que necesitamos hacer valer en sostén de nuestras opiniones. Pero nada de esto tenían los diputados de la asamblea en 1812, y aun del Congreso en 1825; y no acertaríamos a explicarnos sus producciones sin el hábito de la dialéctica profundamente desenvuelto en las escuelas, y sin aquella gimnástica del silogismo, que sin dotarlos tal vez con nuevas ideas, había impreso a sus espíritus una rara sutileza, elasticidad y vigor.

¿De cuántos gérmenes de ingenio sofocados en su origen, de cuántas promesas de talento arrojadas al viento, nos presenta el penoso espectáculo su paciente libro!

Usted ha sufrido impaciencias y tristezas de espíritu que, a pesar de no haberlas expresado, su relato contenido y sobrio comunica al lector. La pluma del que ha escrito y el ojo del que lee quisieran todavía continuar, cuando el retrato de Lafinur o la biografía de Alcorta ya concluyen. No son más que una sombra escurridiza y vaga, pero nacidos en época mejor o en otros países, ellos habrían desenvuelto las fuerzas que llevaban consigo para esculpir fuertemente sus fi-

guras en la historia de los filósofos o de los innovadores.

Gracias, mi querido amigo, por habernos hecho asistir a esta revista útil, aunque melancólica, del pasado. Nuestros predecesores, todos aquellos de quienes venimos por la idea transmitida, por la institución creada, por el ejemplo de la vida o del patriotismo, tienen cabida en su libro, y es consolador y dulce volverlos a encontrar encendiendo esta antorcha de la inteligencia que, a través de tantas borrascas, ha llegado hasta nosotros. Son así doblemente nuestros padres, y debemos a usted haber hallado estos títulos de una nueva filiación que estaban olvidados o perdidos.

Las condiciones sociales de estos países principian apenas a modificarse, y podemos estudiar todavía a los muertos en los vivos. La historia literaria del presente, la historia de la enseñanza, ¿no se compone hoy de los mismos elementos fluctuantes y embrionarios, de los mismos esfuerzos tan pronto iniciados como interrumpidos, que usted acaba de devolver tan pacientemente a la vida, interrogando la tradición y los viejos archivos?

Pero los nuevos tiempos se aproximan, y esperamos para saludarlos la aparición de su segundo volumen.

Después de la América de la Colonia, a la que le bastaban, según el ministro Caballero, la teología como estudio y la ganadería como ocupación, y que reproduce en Charcas, Cuzco, Lima y Córdoba los estudios de la Edad Media, que Alcalá de Henares y Salamanca continúan dictándoles con su doble autoridad metropolitana y científica; después de la América de los tiempos intermedios, incierta para encontrar su verdade-

ra ruta, porque no acierta a desprenderse de las ligaduras informes con que la envolvieron en su cuna, tendremos la América que investiga, que enseña y aprende, promoviendo la prosecución de sus destinos, que son dar a sus hombres y a sus pueblos, por la ciencia y por el arte, por la industria y por las instituciones, con el más alto nivel intelectual, la riqueza y la libertad.

Queda usted, mi amigo, con la pluma en la mano para trazar el programa de los nuevos estudios, *nova verba*.

Esta es una de las obras más arduas y fecundas que se haya intentado en América. Se halla usted actualmente colocado en medio de los vastísimos materiales que le designa su tarea, examinando las instituciones docentes de Francia, de Alemania, de Inglaterra y de la América del Norte, y buscando en unas lo que reclaman el comercio y la industria, en otras lo que prescribe la libertad, y en todas, las ciencias y sus métodos, que conducen de un modo más seguro y rápido a dar al hombre la plena posesión de sus facultades, si es que en esto consiste la educación, como la definía Kant.

Cuando haya usted recorrido el gran circuito y dominado el conjunto, su pensamiento estará completo. Dios le dará fuerza y tiempo para trazarlo, puesto que le ha dado luz para concebirlo.

Perdone, mi buen amigo, que haya dejado escapar delante de usted, escritor tan correcto y puro, estas frases desaliñadas, cediendo a la primera impresión de la lectura de su libro, sin que me atreva siquiera a repetirle para mi excusa lo que Licinnius decía al filósofo de los diálogos de Luciano: "También amásteis un día a la musa de los cabellos sueltos, la divina Negligencia".

Repitiéndole nuevamente mis agradecimientos y felicitaciones, soy de usted su siempre y afectuoso amigo.

Enero de 1873.

El doctor Gutiérrez no dió cima a su empresa, y el segundo volumen anunciado no vió la luz pública, a pesar de que solía el autor mostrar a sus amigos algunos de sus materiales sueltos, encerrados dentro de una voluminosa cartera.

Pero podemos decir que el plan del doctor Gutiérrez concluyó con lo escrito y publicado. Su designio era ocuparse más del pasado que de lo venidero, y bajo este aspecto su voluminoso libro ha prestado servicios inestimables, restituyendo a nuestra historia una página aun no escrita, ignorada por muchos, y que sólo nuestro autor había podido trazar con tanta diversidad de datos.

El doctor Gutiérrez tenía, con el gusto de lo antiguo, el amor de la tradición, y una curiosidad incesante lo llevaba cada día a acrecentar el caudal de sus noticias sobre los argentinos que lo habían precedido en la tarea de cultivar las letras o las ciencias, y a muchos de los que había él mismo apercibido en su infancia o en su primera juventud rodeados por el prestigio de su renombre.

Esta era su tendencia natural, y se había hecho con el tiempo y su alejamiento de la escena pública la ocupación más persistente de su vida. Ahí estaba siempre en su pequeño cuarto del Rectorado, donde los visitábamos, escudriñando papeles viejos, leyendo correspondencias

inéditas, y promoviendo conversaciones para completar los retratos o las biografías de sus personajes. Vivía con ellos.

La obra del doctor Gutiérrez se compone así de dos elementos: de los papeles que encontró como Rector en el Archivo de nuestra Universidad, y cuya publicación por extractos, y a veces íntegra, basta para justificar el título de *Anales* dado a su libro, y de los datos biográficos que supo reunir con paciencia constante y que se refieren a los maestros y a los discípulos, a los que enseñaron y aprendieron para enseñar a su vez. El que es hoy alumno, al volver la página aparecerá indefectiblemente como maestro. Nunca se habrá aplicado con mayor verdad el conocido verso:

Et tanquam cursores, vitæ lampada tradunt!

La Universidad de Buenos Aires sólo fué fundada en 1822, y su vida ha pasado, por decirlo así, a la vista de los contemporáneos.

Nada nuevo puede por lo tanto referirse, y su historia es además breve, porque deben suprimirse los veinte años de la tiranía de Rosas, en los que todo el relato se reduce a santificar las memorias de aquellos dos o tres viejos catedráticos como el doctor Casagemas o el doctor Baneegas, que sin emolumentos y hasta provocando persecuciones, mantuvieron abiertas las puertas de la Universidad, para mostrar que la tradición de la cultura intelectual no estaba de todo punto rota, puesto que había un maestro que enseñaba, un niño que aprendía, sirviéndoles como intermediario un libro abierto donde no se leía si quiera el letrero sangriento con que se encabezaban las publicaciones de la época!

Así la parte verdaderamente notable de la obra es la que se contrae a la historia de los estudios en Buenos Aires, anterior al establecimiento de la Universidad. Muchos podrían creer que no habían existido siquiera, por no haberlos oído mencionar, siendo tradicional que sólo se estudiaba en Córdoba o Chuquisaca dentro de la extensión del virreinato. Donde no existía el brillo del grado académico, o el ruido de las famosas *Conclusiones pro Universitate*, la enseñanza pasaba desapercibida.

Ha sido publicada por los cuidados del mismo doctor Gutiérrez la *Oración latina* con que el doctor don Carlos José Montero inauguró el primer curso de filosofía en el año 1773, bajo los claustros del Colegio Carolino. ¡Cuántos elogios y cuántas admiraciones las del disertante, por la Universidad de Córdoba, por el Colegio de Monserrat, por el Seminario de Loreto, por los varones ilustres que han producido en las letras, en las ciencias y como preparadores de la fe cristiana!

Entretanto, podemos afirmar, los estudios del Colegio de San Carlos en Buenos Aires no eran inferiores a los de Córdoba.

Allí la tradición del régimen escolar era más fuerte, mayor sin duda la aplicación de los alumnos y más empeñosas las controversias en sus frecuentes funciones literarias. Pero había en el Colegio de Buenos Aires un espíritu más exento de compresiones, la filosofía estaba más desprendida de los moldes en que la tenía aprisionada el escolasticismo bárbaro, y la *física* preludiaba sus demostraciones con algunas figuras gráficas, saliendo de aquellas eternas disputas sobre la substancia, sobre la materia, sobre la cohabitación del alma con el cuerpo, o sobre la naturaleza del fuego o del aire.

Podemos felizmente salir de la conjetura y hacer sobre este punto comparaciones exactas. Se ha conservado el texto manuscrito de las "lecciones de física" que el doctor don Estanislao Zavaleta dictó en 1795 para los alumnos de San Carlos, con tres tablas de figuras; y tenemos en nuestro poder el *Tratado de física* que se enseñó en Córdoba durante el último tercio del siglo pasado y que lleva en su primera página el célebre nombre del Deán Funes, para demostrar su autenticidad.

Pero no nos internemos en otra materia. Los *Anales* del doctor Gutiérrez sólo tienen en la literatura sudamericana otro libro semejante, con el que puedan ser comparados, y son los *Anales Universitarios* del Perú, escritos por el doctor Gregorio Paz Soldán. Abundan las dos obras en hechos curiosos, son el producto de una gran labor personal, siendo la del escritor argentino superior por la claridad elegante del relato. Fáltales a ambas aquel orden superior marcado por el desarrollo gradual de las ideas, *lucidus ordo*, como lo llama bellamente Horacio, porque es la luz misma de un libro, y que no puede ser reemplazado por las divisiones mecánicas en párrafos y capítulos.

Un juicio severo podría agregar algo más, y es que les falta el sentido crítico. Es indispensable reproducir la nomenclatura de las enseñanzas, pero conviene entrar un poco dentro de ellas para explicarlas siquiera en sus relaciones con el maestro y con los alumnos.

Tratándose de los estudios coloniales, es inevitable hablar del silogismo, o de los métodos escolásticos aplicados igualmente a la filosofía aristotélica y a la teología tomística. Pero ¿cómo no describirnos siquiera la formación del si-

logismo, la estructura de aquellos métodos, las facultades que afinaban o dejaban inertes en el espíritu, para hacernos a lo menos presentir sus resultados en la enseñanza de la juventud y en la formación de lo que Buckle llama la "mente nacional"!

Iguales elogios y la misma crítica pueden discernirse al curioso y útil libro que el doctor Garro ha escrito sobre la Universidad de Córdoba, y sobre el que hablaré detenidamente en la primera ocasión. No basta describir la fachada universitaria. Es necesario penetrar dentro del recinto, del aula, prestar oído atento a la voz del maestro y recoger la respuesta del discípulo.

Hemos querido adicionar con estas breves líneas las sucintas indicaciones de la carta anterior, porque nos complacía sobre todo traer una vez más a la memoria el distinguido nombre del doctor don Juan María Gutiérrez. Con la sucesión de los tiempos y por las vicisitudes de la vida, nos ha cabido ser uno de sus sucesores en el Rectorado de esta Universidad; y apenas buscamos en el Archivo un antecedente cualquiera, nos encontramos con las huellas de su larga y paciente labor.

No sólo debe la Universidad de Buenos Aires al doctor Gutiérrez ser el historiógrafo de sus Anales. La Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas nació y fué acrecentándose, hasta completar sus enseñanzas, bajo la promoción de su celo incesante. El Reglamento Universitario lleva también su nombre.

Tocóme, siendo aún muy joven, ponerlo en posesión del Rectorado, cuando vino tras de las agitaciones políticas y abandonándolas para siempre, a encerrarse en este apacible recinto que

había ya servido de refugio a otros hombres ilustres. Era yo catedrático y servía el vicerrectorado por turno. El doctor Gutiérrez había sido amigo de mi padre, y fué para mí muy grato presentarle públicamente en esta ocasión mis cordiales respetos.

Don Juan María Gutiérrez pasó quince años en la Universidad. Había por fin hallado el cuadro que correspondía mejor a su figura.

Era realmente un personaje *universitario* por sus cualidades y por sus defectos. Lo era por esa adhesión viva a la juventud, que realza y ennoblece al verdadero universitario y que le sirve de amuleto para rescatar sus faltas. Lo era por el amor de las cuestiones nimias, por el cuchicheo sutil e ingenioso, por el gusto de excitar los pequeños celos profesionales y por la sonrisa fina con que descubría los abismos de amor propio que se velaban tenuemente a través de una versión griega o latina: *Genus irritabile vatum*.

Faltábale al doctor Gutiérrez para ser un universitario completo poseer un poco más su latín, manejar directamente los textos, saber de memoria las divisiones y definiciones y paralizar de pronto el efecto de una cita con otra aun más oportuna. El doctor Gutiérrez sentía en sí mismo este vacío, y procuraba suplirlo con sus curiosas investigaciones por el pasado intelectual de la Nación.

Por los servicios prestados, por el brillo que dió al Rectorado con sus escritos literarios, la memoria del doctor Gutiérrez debe ser consagrada en el recinto universitario bajo las formas del mármol o del bronce. Es justo que su estatua sea uno de los ornamentos de la nueva Universidad.

Junio 2 de 1883.

INDICE

	Págs.
Nicolás Avellaneda	4
Avellaneda escritor, por Alvaro Melián Lafinur	7
ESCRITOS LITERARIOS	
Bernardino Rivadavia	35
Dalmacio Vélez Sársfield (Reminiscencias)	59
Domingo F. Sarmiento.—Carta al doctor Vallejo	79
Mamerto Esquiú	91
Julián Segundo de Agüero	117
Juan Chassaing	123
Hermann Burmeister	129
Estudio sobre "El Gran Chaco" de Luis J. Fontana	133
Estudio sobre la "Memoria histórica y descriptiva de la provincia de Tucumán" de Paul Groussac	153
Estudio sobre Mr. Berryer	189
La agonía de la Colonia	213
El Congreso de Tucumán (Fragmento)	223
La demolición de la pirámide.—Nota al presidente del Concejo Deliberante de la Municipalidad	245
El libro y su lectura	251
Gutiérrez y los Anales de la Universidad	257

L. J. Rosso y Cia. - IMPRESORES
BELGRANO 475 - BUENOS AIRES



